

# Fátima



ICILIO FELICI

*Fátima*

VERSIÓN DEL P. LORENZO DE EL PINEL., O. M. C.



# Índice

HISTORIA Y LEYENDA .....	8
LOS PASTORES .....	10
TRES NIÑOS CUALESQUIERA .....	12
EL CANTO DE LA INOCENCIA.....	16
PRELUDIO ANGÉLICO .....	19
LA CUENCA DE IRÍA .....	25
EL DESPERTAR .....	30
EL CORAZÓN CORONADO DE ESPINAS.....	35
RUMORES EN EL CAMPO.....	40
UNA NUBE BLANCA .....	43
HACIA LA CUMBRE.....	48
LA OFENSIVA INFERNAL .....	52
EN LA CÁRCEL .....	56
EL PERFUME DE LA VIRGEN .....	65
CEÑIDOS LOS LOMOS.....	69
LLUVIA DE FLORES .....	73
EL VIZCONDE DE MONTELO.....	77
LA DANZA DEL SOL.....	83
FIN Y PRINCIPIO .....	88
LÁMPARAS ENCENDIDAS .....	91
LA LUZ SOBRE LA PUERTA .....	97
EL CALVARIO DE JACINTA.....	103
PERFUME DE SANTIDAD .....	112
TÚ TE QUEDARÁS.....	116
LA INÚTIL RABIA .....	124

<b>«FÁTIMA FELIX» .....</b>	<b>129</b>
<b>FÁTIMA Y EL PAPA .....</b>	<b>132</b>
<b>FÁTIMA Y NOSOTROS .....</b>	<b>137</b>
<b>ORACIONES DE LOS VIDENTES DE FATIMA.....</b>	<b>139</b>

#### **APÉNDICE**

<b>HOMILÍA DE BEATIFICACIÓN DE FRANCISCO Y JACINTA .....</b>	<b>143</b>
<b>LAS TRES PARTES DEL «SECRETO» DE FÁTIMA.....</b>	<b>147</b>
<b>RESUMEN DEL MENSAJE DE FÁTIMA .....</b>	<b>156</b>

## **DEDICATORIA**

Cuando mi madre me ve ocupado en la redacción de algún libro, quiere siempre saber qué es lo que escribo; «de quién escribo»; y luego me advierte: «Hijo, no trabajes tanto, vas a ponerte enfermo...»

Cuando le dije que estaba escribiendo un hermoso libro sobre la Virgen, me dijo solamente; «¡Muy bien!; a ver si lo terminas pronto, también yo quiero leerlo...»

Mi querida viejecita, que te pasas casi todo el santo día con el Rosario en la mano, y que «cuanto más te miro, más hermosa me pareces», para que lo leas a gusto, a ti lo dedico.

Icilio Felici

## EXORDIO

Los libros acerca de «Nuestra Señora de Fátima», incluso entre nosotros, van aumentando por momentos.

Prueba que el tema es atrayente tanto para quien lo lee como para quien lo escribe.

En las publicaciones aparecidas, la del P. L. Gonzaga de Fonseca, S. J., es, sin ningún género de dudas, una de las más completas, ya sea por la abundante documentación, ya por los detalles sobre personas, lugares y circunstancias, ya por su brillante forma.

De suerte que quien, como el que esto escribe, haya de tratar el mismo tema, no podrá por menos de beber de esta abundante fuente. Esto es lo que yo he hecho; y esto es lo que sinceramente declaro para que no pueda acusárseme de haberme embellecido con las plumas de pavo real, seguro, por otra parte, de que al egregio Autor no le disgustará que también yo, siguiendo sus huellas, haya rendido homenaje al Inmaculado Corazón de María, consuelo y salvación nuestra.

Icilio Felici

## Historia y Leyenda

Tan solo desde el año 1917 que se habla y se oye hablar de *Fátima*. Antes nadie lo conocía; hasta los autores de geografía e historia ignoraban su existencia, no porque realmente no existiese, sino porque siendo un pueblo de apenas dos mil quinientas almas, no podía aspirar al honor de constar en los mapas geográficos, y en cuanto a historia — historia, digna de ser contada— no poseía ninguna.

¿Qué historia puede tener un villorrio perdido entre las montañas, formado por hombres que trabajan duramente en el monte y en el campo, de niños hechos a pacer el rebaño y de pobres mujeres condenadas a pasar el día hilando y tejiendo en sus estrechas casuchas? En vez de historia, Fátima poseía, y posee todavía, el honor de una leyenda, según la cual su romántico nombre, de inconfundible marca árabe, derivaría nada menos que de una nobilísima dama de la corte.

Cuenta, en efecto, la tal leyenda que en los tiempos en que Portugal, del Tajo para abajo, estaba todavía bajo el yugo musulmán, una mañana de junio —exactamente el día 24 del año 1185— una brillante cabalgata de damas y caballeros árabes salía del castillo de «Alcácer do Sol» y se encaminaba a la orilla del río Sado para celebrar allí la fiesta de San Juan Bautista.

Galopaban alegremente, cuando de repente sale de su escondrijo y se lanza con la rapidez del rayo sobre los musulmanes, un tropel de caballeros portugueses capitaneados por Don Gonzalo Hermigues, apodado el «Comemoros»; y bástenos este sobrenombre para decirnos quién era el tal señor.

Atacado por sorpresa se dispersó el cortejo; la mayor parte de los caballeros cayó durante la breve y desesperada resistencia; los supervivientes, con algunas damas, fueron hechos prisioneros y conducidos a Santarén, a la presencia de Don Alfonso Enriques, fundador de la monarquía portuguesa, que estaba en guerra con la Media Luna.

El rey alabó las proezas de los suyos —como se estilaba entonces y como se estila siempre en las leyendas— y preguntó a «Comemoros», jefe de la expedición, qué recompensa deseaba.

— El honor de baberos servido, señor —respondió Gonzalo—. Mas como recuerdo de este glorioso día, desearía pedirnos la mano de Fátima.



Fátima era, naturalmente, la más bella y la más noble de las damas capturadas, hija del Valí de Alcácer. El rey se la concedió, pero —a fuer de gentilhombre— con la condición de que la dama consintiese ser su esposa y se convirtiese a verdadera Fe.

Fátima accedió, se dejó catequizar, recibió el santo Bautismo, mudando su nombre con el de Oureana, y se desposó con *Comemoros*, a quien el rey dio, como regalo de bodas, la villa de Abdegas, rebautizaba también ésta, en homenaje a la esposa, con el nombre de *Oureana*, hoy *Ourem*.

*Oureana*, —continúa la leyenda— murió en la flor de la edad y Don Gonzalo, que a juzgar por el mote parece haber sido un guerrero más bien despreocupado, sintió tan profunda aflicción, que sólo en la fe pudo encontrar consuelo; e ingresando en la orden de San Bernardo, se retiró al monasterio de Alcobaca, erigido hacía poco por el mismo rey Alfonso a unos treinta kilómetros de Ourem para celebrar la victoria alcanzada sobre los infieles.

Algunos años después, el Abad del Monasterio, que en una aldehuela distante unos seis kilómetros de Ourem había hecho levantar en honor de Nuestra Señora una iglesia y un conventito, hizo trasladar allí los despojos mortales de Oureana; y desde entonces el pueblo comenzó a llamarse *Fátima*.

Verdadera o no, la leyenda es hermosa y merecía la pena ser contada.

La historia de Fátima, ignorada incluso de los geógrafos, desde 1158 hasta 1917 —historia de ocho siglos— más o menos está toda relatada aquí.

Pero del 1917 en adelante saben todos que Fátima es un pueblo perteneciente a la Diócesis de Leiría, situado en uno de los contrafuertes de la Sierra de Aire, a 130 kilómetros al norte de Lisboa y a unos 15 de la estación ferroviaria que conduce a Coimbra, casi en el centro geográfico de Portugal.

Saben, sobre todo, que en 1917 ha comenzado *su historia*, una historia tejida de prodigios y no ya de leyendas, por la cual su nombre —inseparablemente unido al Nombre con el cual ningún otro nombre de persona mortal puede compararse— está destinado a ser famoso y radiante a través de los siglos, como el nombre que testifica y testificará siempre delante de los hombres el nuevo *Mensaje de salvación* enviado por la Toda Santa, a la que los pueblos aclaman y veneran ya como a Nuestra Señora de Fátima.



## Los pastores

Diríase que la Virgen siente singular preferencia por los humildes en general y por los pastores en particular, pues dondequiera que se ha aparecido —y se ha aparecido y se aparecerá en infinidad de lugares y circunstancias, piadosamente maternal, mientras los hijos a ella confiados por la divina benignidad continúen extraviándose—, los pastores, pequeños o grandes, han jugado siempre un papel importante.

Y no nos debe causar extrañeza.

En Belén, durante la noche santa, vio la Virgen llegar, para rendir homenaje al Rey de reyes apenas nacido y reclinado en un pesebre, a los pastores los primeros y sintió en aquella miseria extrema, más cálido que el resuello del buey y del asno, el hálito de su fe tierna e ingenua. Es verosímil que la Señora no haya jamás olvidado aquellas primicias amorosas, ofrecidas para consolarla de tantas negativas y tanta pobreza y haya, por decirlo así, conservado un perpetuo sentimiento de gratitud para con sus legítimos descendientes.

Téngase en cuenta que al hablar así razonamos a la manera humana; nadie quiera, por tanto, atribuirnos la intención de rebajar el alto concepto que cada uno de nosotros debe tener de la celestial Señora, atribuyendo un sentimiento que, después de todo, establece la más lógica de las relaciones entre la criatura y el Creador, entre la tierra y el cielo.

A más de esto, los pastores —entendámonos, los pastores auténticos, tradicionales, no los civilizados que han sustituido la zampoña por el cancionero de la radio— son sencillos, y en los sencillos reconocía Jesús el privilegio a ellos concedido por el Padre y Señor de cielos y tierra, privilegio de recibir las más altas revelaciones, escondidas en cambio a los doctos y sabios.

Más todavía: el mismo Divino Maestro nos advertía que para entrar en el Reino de los Cielos, hay que hacerse pequeños como niños; y los niños pastores son dos veces niños.

He aquí, pues, una de las probables razones por las que la Virgen —Aquella que mejor que ninguna otra criatura ha conservado en su corazón las enseñanzas de su Divino Hijo— en Fátima, como en Lourdes y en tantas otras partes, cuando ha querido hacer sentir el latido y admonición

de su Maternidad ultrajada y desconocida a esta familia de hijos olvidadizos, inquietos, rebeldes, que andan a tientas por los caminos del mundo, se ha servido de pobres pastorcillos iletrados e ingenuos...

Algún *sabio*, de estos habituados a interrogar a los astros, y a consultar los tomos del humano saber, quedará tal vez perplejo y confuso; ¡no importa! Si obra de buena fe, siga interrogando y preguntando; los libros y los astros terminarán por conducirlo también a él allí donde los pastores han sido conducidos, casi diría llevados de la mano por los ángeles. Y se arrodillará y adorará como los Reyes Magos en la cueva de Belén —ante Jesús, María y José—, donde antes se habían postrado los pastores, que a ningún astro habían interrogado.

Y si le cuesta sacrificio pronunciar el acto de fe que obliga a doblegar la mente y las rodillas, no alegue como excusa su sabiduría y sus investigaciones; comprenda y sienta la necesidad de renacer, de hacerse pequeño como un niño, sencillo como un pastor. No le queda otro remedio.

Los decretos divinos son inmutables.

**La Virgen siente singular preferencia  
por los humildes en general y por los  
pastores en particular**



## Tres niños cualesquiera

Quien buscase en los protagonistas de Fátima dotes o señales especiales que dejasen entrever su predestinación a *grandes cosas*, sufriría una desilusión.

Eran tres «niños», en el verdadero sentido de la palabra, y nada más.

Tres *niños* buscaba la Virgen; no tres *portentos*; ¡en portentos iba a pensar!...

Y tres niños encontró en Aljustrel, minúsculo arrabal de Fátima, algo apartado del grueso de la población, donde la vida de los pocos habitantes transcurría en un ambiente patriarcal y en serena alegría.

Dos niñas y un muchachito, tres almas completamente identificadas.



Lucía de Jesús, de 10 años; Francisco Marto, su primo, de 9; Jacinta, hermana de Francisco, de apenas 7. Los tres, sanos y robustos, modelados según el tipo de un niño montañés, más bien tímidos, como todos los rapaces que no tienen contacto con gente extraña, de rostro curtido y tostado por la acción conjunta del sol y del viento. Naturalmente, ninguno de los tres sabía leer y escribir.

Lucía, última de los hijos de Antonio y María Rosa Dos Santos, mujer de una sola pieza, enérgica y cristianamente sabia, era una niña inteligente, apacible, avisada, tanto, que las vecinas, al tener que

alejarse de casa para sus quehaceres, solían confiarle a sus pequeñines. A los diez años había hecho ya la primera Comuni3n, cosa no muy frecuente en aquellos tiempos, pero el Párroco de Fátima la había encontrado convenientemente instruida y preparada.

Su ordinaria ocupaci3n consistía en apacentar el rebaño.

Francisco —penúltimo de los once hijos de Pedro Marto y Olimpia de Jesús— era más bien tranquilo —¡un hombrecito!—, de carácter suave, pero animoso. Jugaba con los lagartos y culebras que encontraba, enrollándolas en su bast3n y dándoles a beber leche de oveja en los huecos de las piedras, se divertía desandando liebres, topos, zorras, erizos y otros bichos... y no tenía inconveniente en andar solo a oscuras por las habitaciones. Tenía, empero, un alma fina de poeta que le llevaba a entretenerse preferentemente con los pajarillos, a hacerles participantes de su merienda, a rivalizar con ellos, cantando y silbando, cuando, vueltos a sus ramas reanudaban sus gorjeos. Era tal amigo de estas inocentes cantoras criaturas de Dios, que no podía sufrir que nadie tocase sus nidos. Una vez se encontró con un muchacho que llevaba en la mano una cardelina, la rescató pagando por ella cuatro cuartos —toda su fortuna— y la puso inmediatamente en libertad mientras le gritaba: «Procura estar alerta para no dejarte coger otra vez...»

Quien no quiere bien a los animalitos, tampoco quiere bien a los prójimos, y esta predilecci3n, del pastorcito por los pájaros nos lo hace particularmente simpático, pues no muestra su corazón generoso; por lo cual, cuando leemos que, encontrándose a menudo con una viejecita medio inválida, la cual a duras penas podía reunir su dispersado rebaño, Francisco corría como una ardilla en su ayuda y no quería ni siquiera que se le dieran las gracias, sentimos complacencia, pero no extrañezza.

Jacinta, su hermanita, última de la familia, era, en cambio, una muchachita de carácter más complicado. Buena también, cándida, obediente, ávida de aprender de los labios maternos las enseñanzas de la fe, y acaso porque era la pitusa de casa, donde todos, al llegar la noche, la colmaban de caricias y besos, se mostraba a veces alegre y vivaracha, a veces susceptible y obstinada. Quería todo a su modo, y al más mínimo desacuerdo que surgiese entre las amiguitas, se retiraba a un lado enfurruñada. Por esto, Lucía, de carácter tan equilibrado, en un principio no le decía gran cosa. Se mostraba también un poco interesadilla, pues como cuenta la misma Lucía, después de haber invitado una vez insistentemente a la primita a jugar

a botones y luego de habérselos ganado, incluso los del vestido, no mostraba intención alguna de devolverlos, ni siquiera aquellos que, recosidos de prisa, le habrían ahorrado gritos y zurras de su madre, mujer que —como veremos— disponía de muy poco o ningún dinero.

Tenía, en fin —aun tan pequeña—, una marcada tendencia, una verdadera pasión por el baile. La bastaba oír cualquier instrumento pastoril para ponerse a bailar, aunque estuviera sola; y con frecuencia, aun sin el incentivo del instrumento, bailaba sola o con las amigas al compás de alguna tonada oída y aprendida de memoria.

En ciertas niñas —y muchos de nosotros pueden dar de ello testimonio por experiencia propia o ajena— la inclinación al baile es instintiva; y para que se manifieste basta que vean bailar.

Jacinta veía... El baile era, por lo menos en aquel tiempo, también en Fátima, el pasatiempo especialmente preferido de la juventud. Se bailaba, en familia, en las casas y en los patios. Es lógico que una niña viva y despejada se dejase seducir por la afición general.

¿Nos vamos a escandalizar por esto?

¡De ninguna manera!...: *Omnia munda mundis*. Todo es limpio para una niña de siete años de alma diáfana y pura como el agua de las fuentes de sus montañas, todo es limpio hasta el baile, que para muchísimos es perdición. ¡Y así era Jacinta!

Dotada de un corazón sensible y de un temperamento dulce y suave que, pese a sus pequeños e inocentes caprichos la hacían amable y graciosa, amaba las flores y los blancos corderillos del rebaño, sirviéndose gustosa de aquéllas para rendir homenaje a las personas que amaba; y estrechando amorosamente a los corderillos cuando al atardecer, de vuelta de los pastos, los llevaba en brazos para que no se cansasen demasiado. Era, en fin, cándida como una paloma y, en su candor, no sentía ninguna otra preocupación que la de «agradar a Jesús».

Habiendo visto una vez, en la fiesta del Corpus, a su primita Lucía que, revestida de ángel, iba en la procesión delante del dosel arrojando flores a Jesús Sacramentado, no paró hasta que se le concedió también a ella «arrojar flores a Jesús». Pero mientras Lucía durante la procesión no hacía más que tomar flores del canastillo dorado y, después de besadas devotamente, arrojarlas al oculto Señor, Jacinta permanecía inactiva y confusa.

Después le preguntaron: «¿Por qué no has arrojado las flores a Jesús?»

Y respondió toda avergonzada: «Porque no le he visto».

Mas luego quiso saber de boca de su primita cosas muy importantes: ¿El niño Jesús la había visto verdaderamente a ella?... ¿En la Sagrada Comunión hablaba con El mismo?... ¿Por qué estaba escondido?... ¿Cómo podía ser que tanta gente le recibiese al mismo tiempo?...

Una vez recibidas todas las explicaciones en la medida que Lucía podía dárselas, exclamó con todo el entusiasmo de su alma inocente: «Quiero recibir también yo la primera Comunión. Quiero recibir a Jesús oculto. También yo quiero hablar con El...»

Le habían regalado una estampita que representaba al Buen Pastor. Una tarde, volviendo Jacinta del pastoreo, dejó atrás a sus compañeros y fue a colocarse en medio del rebaño con un corderito en los brazos.

Lucía le preguntó: «¿Qué haces, Jacinta, en medio de las ovejas?»

Y ella respondió cándidamente: «Hago como Jesús; en aquella estampita que me han regalado, camina entre las ovejas con una de ellas en los brazos».

Y eso es todo. Es decir, nada extraordinario. Solamente una gran sencillez, un gran candor, una gran pureza de corazón... o sea, los requisitos indispensables para «ver al Señor» y merecer su predilección.



## El canto de la inocencia

En un principio Lucía, como hemos indicado, no se sentía atraída hacia sus primitos a causa de su carácter, especialmente por Jacinta, tan susceptible y quisquillosa. Jacinta y Francisco, en cambio, abrigaban por la primita, ya desde los primeros años, una marcada simpatía que les llevaba a buscarla, a invitarla a sus juegos y a preferirla a cualquier otro.

Anejo a la casa de Lucía existía un huerto, o si se quiere, un jardín, y en el fondo, oculto entre almendros, olivos y castaños, que le rodeaban por todas partes, un pozo recubierto de grandes losas. Aquel pozo representaba para los dos pequeños una especie de anhelado oasis; y rogaban insistentemente a Lucía que les acompañase allí; y en aquel delicioso rincón, juntos reían, jugaban y se referían mutuamente las «historietas» que la noche antes les había contado la madre en el hogar, y las horas transcurrían felices...

Uno de los juegos preferidos, y muy en uso incluso entre las personas mayores en el apartado arrabal de Aljustrel, era el juego de prendas. El vencedor tenía derecho a imponer una orden cualquiera al que perdía, y éste tenía que ejecutarla a modo de penitencia. Jacinta solía de ordinario mandar a los otros correr tras las mariposas y coger algunas flores. Un día que había vencido Lucía, Jacinta recibió de ella como penitencia la orden de llegarse a una estancia de la casa donde un hermano suyo estaba sentado a la mesa escribiendo, y darle un beso. La caprichosita y amable criatura contestó al acto señalando un Crucifijo pendiente de la pared: «¿Por qué no me mandas que bese al Señor?»

Lucía consintió de buen grado en cambiarle la penitencia.

— Muy bien; súbete a una silla: descuélgalo, tráelo aquí y luego, de rodillas, le darás tres besos: uno por Francisco, otro por mí y otro por ti.

— Al Señor —exclama la niña en un arranque de espontánea ternura— le doy todos los besos que quieras.

Y descolgando de la pared el Crucifijo, se puso a besarlo y a estrecharlo contra su corazón con tanta devoción, que Lucía, declarará luego no haber podido jamás olvidar aquella conmovedora escena.

Después de haber desahogado su impulso incontenible, Jacinta se puso a mirar fijamente la sagrada imagen en silencio y su semblante se quedó serio; luego, dirigiéndose a su prima le preguntó con voz dolorida:

— ¿Por qué el Señor está de esta suerte clavado?



— Porque ha muerto por nosotros —respondió con gravedad Lucía.

Y Jacinta con energía:

— Cuéntame cómo sucedió esto.

María Rosa Dos Santos acostumbraba, especialmente en las largas veladas de invierno, a reunir a sus hijos junto al hogar y contarles los pasajes más sobresalientes del Antiguo y Nuevo Testamento —sin descuidar, naturalmente, la Pasión y Muerte del Redentor—, tal como siendo niña se los habían contado a ella sus padres o el Párroco en la iglesia, con aquel calor y color que sabe dar a los admirables sucesos de nuestra Religión únicamente quien de verdad los siente y vive. Y porque Lucía se había acostumbrado a escuchar con atención aquellas conmovedoras historias y tenía, por otra parte, una memoria tan feliz que la hacía capaz de retenerlas casi al pie de la letra, no le fue difícil satisfacer a su primita.

...Y Jacinta escuchó fascinada y conmovida la dolorosa narración, llorando de compasión... Y fue tal la impresión que recibió, que quería de vez en cuando oírla de nuevo, renovando cada vez las lágrimas y exclamando: «¡Pobre Jesús!... Jamás cometeré ningún pecado; no quiero hacer sufrir a Nuestro Señor».

Los tres graciosos rapazuelos se divertían también mucho contemplando las doradas puestas del sol y contando, a porfía, las estrellas del cielo. El centelleo de las estrellas y el resplandor de la luna los llenaba de entusiasmo y los dejaba como extasiados. Era la hermosa inocencia, capaz sólo ella de admirar el prodigioso espectáculo bajo el cual pasa el común de los hombres distraído y sin darse cuenta.

¿Qué podían ser las estrellas? Y después de pensar mucho, habían terminado por encontrar la respuesta (siempre encuentra quien busca con candor): las estrellas eran las lámparas encendidas por los ángeles en las ventanas del cielo para anunciar a las criaturas la gran fiesta que todas las noches se celebra allá arriba en el reino de los bienaventurados.

El sol, tan luminoso que no se le puede contemplar cara a cara, era la lámpara del Señor. La luna, tan tranquila y pura, la lámpara de la Virgen. Francisco prefería el sol, la deslumbradora lámpara de Dios, y se gozaba contemplando al atardecer los últimos rayos dorados que se reflejan en los cristales de las ventanas y observaba por la mañana sus plateados reflejos en las gotas de rocío que cubrían de perlas los árboles y las hierbas.

Jacinta sentía preferencia por la luna, la lámpara de la Virgen, «porque no abrasa y no deslumbra». Y cuando no se encendía porque —según ella— faltaba el aceite, sentía tristeza y mal humor.

Entre tanto Lucía, cumplidos los ocho años, debía, según las costumbres del lugar, comenzar a trabajar como todos los niños de su edad, tomando a su cuidado el rebaño. Y así lo comunicó a sus pequeños amigos:

— Queridos míos, han terminado nuestros bonitos juegos; mamá quiere que comience a apacentar ovejas... Jacinta y Francisco quedaron tan consternados al pensar en aquella forzosa separación, que corrieron a suplicar a su madre que les dejase ir con la prima al monte tras del rebaño.

Ni por sueños se le ocurrió a Olimpia Marto condescender al deseo de sus niños; tan pequeños y tener que andar todo el día por el monte, teniendo que responder de ellos otra niña de ocho años; ¡gracias a Dios que no se había vuelto loca! Pero tanto insistieron ellos y rogaron y suplicaron, que al fin, confiando en la cordura de Lucía, no le quedó más remedio que consentir en que se juntasen con su prima, guardando algunas ovejas que poseía.

¡Aquella condescendencia les había hecho felices!

Todas las mañanas se levantaban temprano, bajaban al aprisco, recitaban juntos el Padrenuestro y el Ángel de Dios, siguiendo las inspiraciones maternas, reunían el minúsculo rebaño y, contentos como unas pascuas, se dirigían hacia la ancha campiña, iluminada por primeros rayos del sol.

Con el nuevo género de vida variaron también los juegos. Jacinta un día, voceaba a Lucía desde lo alto de una roca en que se había encaramado: oyó con sorpresa como su grito se repetía claramente en el fondo del valle. Llamó de nuevo y el eco —un eco fiel y sonoro— lo repitió otra vez allá abajo, cómo si otra Jacinta estuviese allí haciendo lo mismo que ella. La divirtió esto tanto, que el juego del eco vino a ser el nuevo entretenimiento favorito de ella y de sus compañeros.

Así comenzaron los tres —mientras las ovejas pastaban tranquilas— a buscar las cumbres más elevadas, subirse a ellas y desde allí repetir por turno nombres, muchos nombres... el del padre, el de la madre; el de cada uno de los hermanos y hermanas, el de los conocidos... todos los nombres que sabían, por el gusto de oír cómo aquella Jacinta, aquel Francisco y aquella, Lucía, invisibles, escondidos en el fondo del valle, los repetían con tanta claridad...

A fuerza de renovar ininidad de veces el experimento, Jacinta advirtió que el nombre de «María» resonaba mejor que todos los demás; y entonces comenzó a gritar casi cantando: «¡María!... ¡María!... ¡Maríaaa!...» Y luego a recitar a voz en grito el Avemaría toda entera, frase por frase, pero a intervalos, a fin de que el eco pudiese repetirla toda, palabra por palabra, cómodamente...

De esta manera todos los días el himno de alabanza a la Virgen Madre arrancaba el vuelo en los labios inocentes, se difundía alegre por el «aire quieto», bajaba al valle y llenaba el divino silencio de la verde llanura...

## Preludio angélico

Así transcurría la infancia de los tres pastorcillos, libre como el aire, llena de fragancia como las flores y hierbas del prado, límpida como el azul del cielo.

En casa, al llegar la noche, aprendían el catecismo de labios de sus madres; durante el día, bajo la bóveda celeste del más grandioso templo de Dios, recitaban el Rosario.

El rezo diario del santo Rosario era un deber inculcado por la madre: por eso cada día puntualmente, después de la merienda, lo rezaban juntos de rodillas en el interior de alguna gruta, o a la sombra de una roca, o sobre el verde césped cerca del rebaño que sesteaba.

Solamente que... eran niños y a veces el deseo de divertirse podía más que su devoción; ¿y entonces? ¿Omitirlo? ¡No, esto sería pecado! ¿Qué hacer, pues? Y piensa que pensarás, por fin encontraron un camino de arreglo: el rosario en la mano, una buena señal de la cruz, y a la primera cuenta uno de ellos dice; «Dios te salve, María». «Santa María», responden los otros; y basta. Y así hasta llegar a la cuenta, grande, donde todos juntos dicen: «Padre nuestro», y también aquí basta con empezarlo. A este paso se llega muy pronto al final; y queda el deber cumplido, la conciencia tranquila, y la diversión puede emprenderse en santa paz.

¡Dichosa inocencia, delante de la cual el mismo Dios no puede menos de sonreír!...



... y durante el día, bajo la bóveda celeste del más grandioso templo de Dios, recitaban el Rosario.

En 1915 la conflagración europea ardía en todo su furor. Lucía tenía entonces ocho años; Francisco, siete; Jacinta solamente cinco. En casa, seguramente oirían hablar de la guerra, pero, ¿qué impresión causarla en su espíritu esta terrible palabra? ¡Había tanta paz en la campaña soleada que constituía su reino!

Mas se debe precisamente a la guerra que la mirada divina se posara en los tres niños de Fátima para transformarlos en videntes y en mensajeros de salvación.

Lucía refiere que en 1915 (no precisa la fecha exacta porque en aquel tiempo no sabia ni siquiera contar los días de la semana), encontrándose con otras pastorcitas en un cerro llamado «Cabeço», en las cercanías de Aljustrel, habiéndose puesto, después del acostumbrado almuerzo, a rezar el Rosario, de pronto vieron suspendida en el aire, sobre el arbolado del valle que se extendía a sus pies, una extraña figura blanca que parecía vestida de nieve y que los rayos del sol —era medio día aproximadamente— iluminaban de lleno dándole singular transparencia.

Una exclamación de estupor salió de todos los pechos: «¡Oh, mira! ¿Qué será?»

Un sentimiento de miedo les invadió a todos; así es que acercándose más una a la otra, continuaron rezando maquinalmente, con los ojos fijos en el blanco y reluciente fantasma, espiondo todos sus movimientos. Así que hubieron terminado su oración, desapareció la extraña visión.

No sabemos cuántas de aquellas niñas, atraídas por la curiosidad, que al fin y al cabo es mujer, volvieron con Lucía a ver si el fantasma comparecía otra vez; sabemos, en cambio, por indicación de la misma Lucía, que al cabo de algunas semanas la aparición se repitió otras dos veces.

Lucía, venciendo su natural impulso y obedeciendo probablemente a una interior inspiración, se guardó bien de manifestar aquello a nadie; las otras, en cambio... ¿cómo iban a callar suceso tan extraordinario?... Así es que la cosa luego se divulgó y llegó a oídos de Doña María Rosa, la cual, acostumbrada como estaba a ver claro todo lo que se refería a sus hijos, llamó a su pequeña y, sin más preámbulos, le dijo:

— Se oye decir por ahí que si has tenido visiones o yo qué sé; a ver, ¿de qué se trata? ¡Vamos, habla!

— Ni yo misma lo sé, madre, —respondió cándidamente Lucía—. Estábamos rezando el Rosario cuando vimos encima del arbolado una cosa blanca que... que... que parecía un hombre envuelto en una sábana. Mas luego, terminado el Rosario, desapareció...

La madre meneó la cabeza con un gesto de compasión como diciendo: ¡Pobre tonta!

No valía la pena preocuparse por tan poca cosa.

En efecto, pasaron los meses y ya no se habló más del fenómeno, a no ser alguna que otra vez para burlarse de Lucía con «el hombre de la sábana».

Entre tanto, había llegado la primavera del año 1916; la guerra se hacía más devastadora que nunca; en Portugal se dejaban sentir aún más terroríficas y ruinosas sus consecuencias a causa de la despiadada persecución religiosa que, de unos años a esta parte, se esforzaba por descristianizar y transformar la Nación del Santo Rosario en guarida del Anticristo. Nubes cada vez más densas se cernían sobre el horizonte.

Lucía y sus primitos Francisco y Jacinta, quienes desde que habían obtenido el permiso de ir con ella a pacer el rebaño habían venido a ser sus preferidos e inseparables amigos, se encontraban en las laderas del «Cabeço».

Había comenzado a lloviznar, por lo cual tuvieron que buscar refugio y lo encontraron en una pequeña gruta, debajo de una roca oculta entre los árboles, con la entrada hacia la parte del levante. Estaban tan bien allí, que, aunque el cielo a media mañana se había despejado, aprovecharon el sitio para comer su frugal almuerzo, rezar el Rosado y jugar al *tatetí*.

Mientras jugaban, una fuerte ráfaga de viento les hizo levantar la cabeza... y encima del arbolado que se extiende al pie del cerro, vieran dibujarse en el aire la estatua blanca. Pero esta vez ya no estaba quieta; se movía, avanzaba como llevada por el viento, hacia ellos, y a medida que se acercaba se iban distinguiendo cada vez mejor sus facciones, que eran las de un jovencito de unos 15 años, de sobrehumana belleza.

Naturalmente, temblaban llenos de estupor; mas él llegando junto a la gruta, los tranquilizó diciendo con una sonrisa celestial en los labios:

— No tengáis miedo, soy el Ángel de la Paz; orad conmigo.

Y arrodillándose dobló la frente hasta tocar con ella el suelo, repitiendo, tres veces con devoción profunda:

— Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo. Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman.

Instintivamente los tres pastorcillos se habían arrodillado e iban repitiendo cada una de las palabras de la angélica invocación.

Inmediatamente después, el Ángel se levantó y añadió:

— Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Dicho esto, desapareció; pero sus palabras, como afirmará más tarde la misma Lucía, no las olvidarán jamás; al contrario, desde entonces con frecuencia se postraban en tierra tal como les había enseñado el Ángel, y

las repetían, a veces, hasta caerse de fatiga, como subyugados por una desconocida fuerza.

Dios mío, creo, adoro,  
espero y Te amo.

Te pido perdón por  
aquellos que no creen, no  
adoran, no esperan y no  
Te aman.

*( 1ª Aparición del Ángel )*



En verano, allá por junio o agosto, mientras los tres niños se hallaban juntos jugando en el huerto de Lucía, vieron de pronto surgir junto al pozo, muy cerca de ellos, el misterioso personaje, el cual les dijo:

— ¿Qué estáis haciendo...? ¡Rezad!, ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. ¡Ofreced continuamente oraciones y sacrificios al Altísimo!

— ¿Cómo hemos de sacrificarnos?

— De todo lo que pudierais ofreced un sacrificio como un acto de reparación por los cuales El es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra patria la paz. Yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe.



*( 2ª Aparición del Ángel )*

Rezad!, ¡Rezad mucho!  
¡Ofreced continuamente oraciones y  
sacrificios al Altísimo!

De todo lo que pudierais ofreced un  
sacrificio como un acto de  
reparación por los cuales El es  
ofendido, y de súplica por la  
conversión de los pecadores. Atraed  
así sobre vuestra patria la paz.

Sobre todo, aceptad y soportad con  
sumisión el sufrimiento que el Señor  
os envíe.

Era una anunciación en toda regla y no cabía duda acerca de su procedencia.

Aunque pequeños e ignorantes, los tres niños echaron de ver que se trataba de algo importante, y si bien por el momento eran incapaces de interpretar y practicar en toda su plenitud la invitación al *sacrificio* comenzaron no obstante a entender su valor y *a ofrecer al Señor todo lo que les pudiese mortificar*.

La gracia de ordinario procede por grados; el Ángel les había ayudado a subir el primer escalón que une la tierra con el cielo, y ellos pisaban con pie firme, obedientes y dispuestos, sin saberlo, a escalar alturas más que celestiales...

Pasados dos o tres meses, habiendo subido de nuevo con el rebaño al «Cabeço» y retirados a la gruta de la aparición para rezar el Rosario y la oración enseñada por el Ángel, que ya por nada del mundo habrían sabido dejar, el mensajero celeste volvió...

Estaba extraordinariamente resplandeciente, como vestido de luz, más blanco que la nieve; en la mano llevaba un cáliz con una Hostia encima, de la cual destilaban en aquél gotas de sangre...

Cáliz y Hostia permanecieron prodigiosamente suspendidos en el aire en medio de una aureola deslumbrante, mientras el Ángel se arrodillaba con los niños y les invitaba a repetir por tres veces:



*( 3ª Aparición del Ángel )*

**Santísima Trinidad, Padre, Hijo y  
Espíritu Santo: yo os adoro  
profundamente y os ofrezco el  
preciosísimo Cuerpo y Sangre, Alma y  
Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo,  
presente en todos los Tabernáculos  
del mundo, en reparación de los  
ultrajes con que continuamente es  
ofendido; y por los méritos infinitos  
de su Corazón. Santísimo y por la  
intercesión del Corazón Inmaculado  
de María, os pido la conversión de los  
pobres pecadores.**

Terminada la triple plegaria, se levanta, toma la Hostia prodigiosa y la presenta a Lucía, que la coge en sus castos labios pálidos, fuera de sí de emoción; luego toma el Cáliz y lo ofrece a Jacinta y Francisco, diciendo:

— Tomad el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad los delitos de éstos y consolad a vuestro Dios.

El misterioso líquido rojo baña las bocas inocentes y las restaura con su arcana fragancia...

El Ángel se postra de nuevo; otras tres veces repite la ardiente plegaria; luego se aleja y la fulgurante luz se apaga. ¡Ya no volverá!

No volverá porque su misión ha terminado.

Debía *anunciar* y ha anunciado.

*Debía preparar* los ánimos para celestiales visiones y los ha preparado.

Debía hacerles entender para qué misión de misericordia estaban destinados y se lo ha hecho ver con suma claridad.

Debía hacerles dignos de ver «abrirse el cielo» y tratar con la Reina del Cielo, y lo ha hecho mediante aquella comunión paradisiaca, por la cual en adelante todo su ser —alma y sentidos— se estremecerá en el Dios vivo...

¡Se va!... Para decir a quien le ha enviado: «¡Están prontos!»

Entre tanto, los afortunados elegidos, caídos en tierra, estupefactos y anonadados, repiten al pie de la letra la plegaria que el Ángel ha esculpido palabra por palabra en sus mentes y en sus corazones.

El Sol ha traspuesto ya las altas montañas y ellos siguen rezando, olvidados de todo y de todos. Hasta que Francisco levanta los ojos, advierte las primeras sombras de la noche, llama a la realidad a su hermana y a su prima, y juntos, apresuradamente, se encaminan hacia su casa con el alma todavía extasiada por la visión y embriagada con el prodigio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Tomad el Cuerpo y la Sangre de  
Jesucristo, horriblemente ultrajado  
por los hombres ingratos.

Reparad los delitos de éstos y  
consolad a vuestro Dios.

*( 3ª Aparición del Ángel )*





## La Cuenca de Iría

En el camino, Lucía, sin saber con precisión por qué, pero obedeciendo a una inspiración clara y perentoria, había insistentemente recomendado a sus primitos —como las veces anteriores— que a nadie dijiesen una palabra de lo sucedido, ni siquiera a su madre. Por lo cual, llegados a casa y justificado el insólito retraso con algún verosímil pretexto, pudieron cenar en paz y acostarse quizás un poco antes que los otros días, porque en su proceder había algo desacostumbrado que podía parecer cansancio.

Mas durante los días siguientes, sus familiares no pudieron menos de notar en los niños un extraño cambio de humor.

Efectivamente, cuenta la misma Lucía que a continuación de estas apariciones, especialmente después de la última, quedaron como subyugados por aquel no sé qué sobrenatural que irradiaba el Ángel, y durante unos días permanecieron como atontados, aturdidos, fuera de sí; tanto que Jacinta decía ingenuamente:

— No sé lo que me pasa. No puedo ya hablar, ni cantar, ni jugar; no me siento con fuerzas para hacer nada.

Y Francisco corroboraba:

— Exactamente me ocurre a mí.

Menos mal que en medio de este gris entorpecimiento, la imagen del Ángel se erguía tan luminosa y fascinadora, que hacía exclamar al muchacho:

— ¿Qué importa? El Ángel es más bello que todo esto. Más bello que las carreras, que los juegos, que los cantos... Más bello que todo.

Luego, poco a poco, recobraban su estado normal y, con el sublime secreto en el corazón, reanudaban sus cantos y sus juegos con la acostumbrada agilidad y viveza. Y así debía ser, puesto que el Ángel había venido a esforzarlos, no a deprimirlos.

Transcurrió el invierno sin, que novedad alguna viniese a turbar la monotonía de su vida; los tres niños se habían vuelto más taciturnos y dóciles; la ofrenda de oraciones y pequeños sacrificios al Señor era ejecutada en la más estrecha intimidad y nadie podía barruntar lo que en ellos sucedía.

Así llegó la primavera de 1917, cuarto año de guerra. El conflicto parecía, ahora sí, entrar en su fase decisiva; pero en Rusia triunfaba el bolchevismo y el mismo Portugal, dominado por fuerzas disolventes, era presa de tremendas convulsiones que hacían temer seriamente por su edificio espiritual.

Quien hubiese afirmado que en aquella desierta campiña de Fátima se estaba preparando la victoriosa ofensiva del Cielo contra el infierno, con tres pastores de siete a diez años como protagonistas, hubiese sido tachado de pobre loco.

Y sin embargo, así era.

Entre los sitios indicados a nuestros niños por sus familias para llevar a pacer el rebaño, uno de los preferidos era la *Cuenca de Iría* (en portugués, *Cova da Iría*), pequeño valle bastante fértil, de unos quinientos metros de diámetro, distante de Fátima tres kilómetros; en aquel paraje los padres de Lucía poseían una pequeña granja con unas carrascas y algún olivo.

Era el día 13 de Mayo, domingo antes de la Ascensión. Lucía, Francisco y Jacinta, después de oír muy de mañanita la Santa Misa con sus respectivos familiares, según la costumbre escrupulosamente observada en las casas temerosas de Dios, hacia las diez reunieron en uno sus rebañitos, como hacían con frecuencia, y decidieron tomar el camino de la «Cuenca», donde los prados estaban floridos y las ovejas podrían abundantemente, saciarse con la hierba de los barbechos. El sol brillaba límpido y la campiña exhalaba mil variados perfumes.

Llegados allí hacia el mediodía —hora oficial— se rezagaron un tanto detrás del ganado, hasta que llegado el mediodía verdadero, que todo pastor aprende muy pronto a distinguir en la faz del sol, su reloj infalible, se aprestaron a rezar el acostumbrado Rosario y a tomar la colación que como siempre, habían llevado consigo, para entregarse después a los juegos de costumbre... Aquel día el juego era más atrayente, pues se trataba de construir nada menos que una casa con piedras que Francisco se daba prisa a extraer del terreno o de en medio de los setos.

Habían puesto mano a la obra con ahincó y pasión, cuando de repente fueron deslumbrados por un rayo que parecía haber surcado el horizonte. Asustados, miraron al cielo; continuaba serenísimo; no había ni siquiera una nube del tamaño de una hilacha de algodón, y el sol era más resplandeciente que nunca.

Se miraron uno al otro sin saber qué decir:

— Pero... ¿de dónde habrá venido?...

Lucía reflexiona; no es la primera vez que una tormenta se condensa detrás de la montaña para luego subir y desencadenarse.

— Será mejor volver a casa —dice.

Los primitos, más impresionados que ella, aprueban sin reservas; dejan sin amparo la construcción, reúnen el rebaño y, ¡abajo! por la pendiente, empujando delante las ovejas. Llegados a media bajada, al pasar junta a una robusta encina (que todavía existe), viene a deslumbrarles otro rayo más fulgurante que el primero.

Esta vez tiemblan de verdad, de arriba abajo, y se ponen a espolear al rebaño para que no se retrase.

Pero he aquí que, al llegar al fondo de la Cuenca, se ven obligados a detenerse mudos y atónitos. Delante de ellos, a dos pasos de distancia, sobre una mata de carrasca verde de poco más de un metro de alta, está una juvenil Señora, sublimemente hermosa, más resplandeciente que el sol, la cual, con ademán lleno de gracia y voz sobremanera cariñosa, les dice:

— No tengáis miedo: no quiero haceros daño alguno.

Los niños la contemplan extáticos, arrebatados.

¡Miran!... Manifiesta tener de 15 a 18 años. El vestido, blanco como la nieve, sujeto al cuello con cordón de oro, le baja hasta los pies, que rozan apenas las hojas de la carrasca. Un manto, todo bordado de oro, le cubre la cabeza y todo el cuerpo. Tiene las manos juntas delante del pecho en actitud de orar, y de ellas cuelga un rosario de cuentas blancas como perlas, terminando en una pequeña cruz de plata bruñida. El rostro, de rayos purísimos e indeciblemente delicados, está rodeado por una aureola de sol, pero parece velado por una sombra de tristeza.

Jacinta y Francisco están inmóviles, sin pestañear; Lucía cobra ánimos y se decide a preguntar.

— ¿De qué país es usted?

Hay en la pregunta toda la confusión y toda la sencillez de la pastorcilla fascinada.

— Mi país es el cielo —responde la dulce Señora.

— ¿Y qué quiere usted de mí?

— He venido a pedirlos que vengáis aquí a esta misma hora el día 13 de cada mes, durante seis veces consecutivas, hasta octubre. En octubre os diré quién soy y qué es lo que quiero de vosotros.

Durante unos momentos, Lucía calló; acaso le vinieron a su mente las palabras del Ángel: «Los santísimos Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia...», o es que aquella invitación acabó de desorientarla del todo...

Al cabo de unos instantes, prosiguió animosamente:

— ¿Viene usted del Cielo? Y yo, ¿iré al Cielo?

— Sí —respondió la Señora.

Lucía, ingenuamente, se sintió atrevida:

— ¿Y Jacinta?

— También.

— ¿Y Francisco? (Quiere tanto a sus inseparables primitos, que no sabe imaginar un Paraíso donde no estén los tres juntos, como allí en el campo, todos los días...)

A esta última pregunta los ojos de la celestial Aparición se vuelven hacia el niño y lo miran maternalmente pensativos.

— También él —responde la Señora—. Pero antes tendrá que rezar muchos rosarios...

Viéndola tan condescendiente, la pastorcilla, como suelen hacer todos los sencillos, vencida su primera timidez, se familiariza con Ella.

Poco tiempo antes han muerto dos jovencitas conocidas suyas. Puesto que la patria de la Señora es el Cielo, sabrá cuál ha sido su suerte... Y le responde que una está en el Cielo y la otra en el Purgatorio.

Luego prosigue:

— ¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros como reparación de los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

La invitación, en conjunto, no añade nada nuevo a la invitación del Ángel.

Pero Jacinta y Francisco continúan extáticos y mudos; solamente Lucía responde por todos con vivo entusiasmo: — ¡Sí, lo queremos!



**¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros como reparación de los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?**

**Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os fortalecerá.**

**( 13 de mayo )**

La Aparición da muestras de complacencia, añadiendo luego que muy pronto tendrán que sufrir mucho, pero que la gracia de Dios les asistirá y confortará siempre. Y al decir esto, extiende las manos... De sus manos abiertas se derrama sobre los videntes un haz de luz misteriosa... Una luz tan intensa y tan íntima que (son palabras de Lucía), «penetrándoles en el pecho hasta lo más íntimo del alma, les hizo ver a sí mismos en Dios, con más claridad de lo que nos vemos en el más terso espejo...» Es una especie de confirmación después de la cual la luz divina los llena a todos y se apodera de ellos.

Entonces caen los tres de rodillas, misteriosamente impulsados y exclaman:

— ¡Santísima Trinidad, yo te adoro! ¡Dios mío, Dios mío, yo te amo en el Santísimo Sacramento!

Una última recomendación tiene que darles aún la Señora.

Que todos los días, como han hecho poco antes, recen el Rosario con devoción, para obtener la paz del mundo.

	<p><b>Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.</b></p> <p><b>( 13 de mayo )</b></p>
--	--

Después de lo cual comienza a elevarse ligera como una pluma... derecha... sin mover los pies... hasta que desaparece en la radiante luz del sol.

¡Dentro de un mes! ¿Volverán los pastorcillos? ¿Y Ella, acudirá?...

## El despertar

Contrariamente a toda lógica suposición, el prodigio no causó en el ánimo de los niños sensación alguna de espanto; vueltos en sí de su éxtasis, se miraron uno a otro como para reconocerse; estaban radiantes.

Los tres habían visto perfectamente a la hermosa Señora; sólo que Francisco no había oído otra voz que la de Lucía; Jacinta lo había oído todo, pero no había dicho una palabra; Lucía, en cambio, había hablado con Ella y largo rato: casi diez minutos.

De todos modos, había sido para ellos una visión inolvidable. Pero... ¿y las ovejas dónde habían ido a parar? Francisco las descubrió el primero, allá en el valle, paciendo tan frescas en un terreno de garbanzos...

¡Qué de estragos habrían causado! y ¡qué paliza cuando se enterara aquel hombre de tan mal genio como era el padre da Lucía.

Corrieron a echarlas fuera, y podemos figurarnos su alegría al comprobar que «no veían garbanzos comidos...»

Las dejaron en el prado, y luego... ¿Y luego cómo iban a transcurrir las horas que faltaban para que llegase la noche?

¿Jugando? Ya no sentían de ello el más mínimo deseo, ni siquiera de hablar tenían ganas.

Su alma había sido puesta en contacto con el Misterio; cuanto habían visto y oído continuaba subyugándoles, y en lo más íntimo de su alma experimentaban una indecible felicidad... Una felicidad de aquellas que con sólo nombrarla se desvanece o se aja. Como los sueños bellos.

Solamente Jacinta rompía un poco el encanto, porque el corazón le rebosaba de dicha, y exclamaba:

— ¡Oh, qué hermosa Señora! ¡Oh qué hermosa Señora!

Lucía comprendía que su prima, al llegar a casa no podría contener estas explosiones de júbilo; sin embargo, según ella, convenía guardar el más absoluto secreto para evitar discusiones, molestias y reproches; por lo cual recomendó vivamente a la pequeña y a

Francisco que no dijese nada, absolutamente nada, y ellos se lo prometieron. Al atardecer volvieron a Aljustrel. Antes separarse, una última recomendación: «¿Entendido?», y una promesa: «Entendido. ¡Muy bien!»

Pero apenas llegados a casa, a Jacinta le pareció que el secreto tomaba en su interior proporciones de un torrente que se crecía cada vez más hasta romper los diques. Buena voluntad para callar no le faltaba, pero su fuerza disminuía por momentos. Finalmente corrió hacia su madre y echándole los brazos al cuello, exclamó:

— Mamaíta, hoy en la «Cova da Iría» he visto a la Virgen.

Doña Olimpia acogió la noticia con una solemne carcajada:

— Pero, ¿habéis oído con qué historias me sale esta noche la tontuela?... ¡Bah, bah, no digas majaderías!...

— Mamá, la he visto —insistió la niña inclinando la cabeza, humillada. Y al cabo de unos segundos añadió:

— Mamá, Francisco y yo vamos a rezar el Rosario. La Virgen nos lo ha encomendado. Hay que rezar el Rosario todos los días: lo quiere la Virgen...

Probablemente este detalle del Rosario recomendado y la escrupulosidad con que los dos niños se habían puesto de repente a cumplir lo que creían un deber, indujo a doña Olimpia a dudar si se trataría de algo más que de una simple tontería infantil. El caso es que después, durante la cena, preguntó de nuevo á Jacinta y ésta, delante de toda la familia, refirió en detalle todo lo acaecido en la Cuenca de Iría, mientras su hermanito, decidido a permanecer fiel a la promesa de no decir nada, pero no pudiendo negar por otra parte que cuanto decía su hermana era verdad, hacía continuos signos de conformidad y aprobación.

Y por aquella noche la cosa no pasó de ahí.

Pero podemos figurarnos la presteza con que a la mañana siguiente, apenas levantada, corrió Olimpia a casa de María Rosa a informarse de si Lucía, la noche antes, le había contado algo...

No; Lucía, fiel a la consigna, no había dicho palabras; y solamente ahora, puesta entre la espada y la pared, y viendo que era inútil negar lo sucedido, confirmó y completó la narración de sus primitos.

De carácter más bien resuelto e impulsivo, doña María Rosa estuvo a punto de coger a su hija por los cabellos y arrancarle esas patrañas del cerebro a fuerza de pescozones: pero supo contenerse y se limitó a decirle:

— Luego ajustaremos cuentas.

Entretanto, como todos los días, los tres videntes se encaminaron con el rebaño al monte.

Llegados al lugar señalado, Jacinta, que siempre era la primera en principiar los juegos, subió a una roca y se sentó sola.

Francisco, extrañado, la llamó:

— Jacinta, ¿no vienes a jugar?

— Hoy no tengo ganas —respondió ella.

— ¿Y por qué?

— Porque pienso que aquella Señora nos ha recomendado que rezásemos el Rosario e hiciésemos sacrificios por la conversión de los pecadores. Ahora, cuando recemos el Rosario, habrá que decir toda el Avemaría y todo el Padrenuestro enteros; pero los sacrificios, ¿cómo nos los arreglaremos para hacerlos?

Problema grave, cuya solución parecía insoluble para los tres.

Fue Francisco quien, después de reflexionar un ratito, lo resolvió a su manera, es decir, a la manera de los pastores de ocho años.

— ¡Ya lo tengo! —dijo—. Demos nuestra merienda a las ovejas y así haremos el sacrificio de no comer.

La propuesta fue aprobada unánimemente y aquél fue el primer día de ayuno.

Era el primer efecto, claro e inconfundible, de la Aparición: la intuición del valor del sacrificio. Hasta ayer podían entender el deber y la importancia que tiene la oración porque eran tres niños bien enseñados, castos y devotos; pero más allá, difícilmente habrían llegado, pues eran tres rapaces cualesquiera a quienes un personaje misterioso se había complacido en anunciar que «Los Corazones Santísimos de Jesús y de María tenían sobre ellos designios de misericordia». Hoy comienzan a no serlo, porque sus personas son como el bloque que el artista no sólo ha elegido, sino que ha comenzado ya a descargar sobre él los golpes de buril para llevar a cabo la obra concebida.

Llegada la noche, con el estómago vacío pero con el corazón satisfecho, volvieron a casa, bien ajenos al murmullo general que en Aljustrel se había suscitado por causa de ellos.

La *novedad asombrosa*, salida no se sabe cómo de la intimidad de sus familias, en un abrir y cerrar de ojos, había dado la vuelta al barrio y quien sabe si a estas horas no había llegado ya a Fátima...



— ¡Qué historias!... Pero oye qué cosas han inventado aquellos impostores... ¿O es que se puede permitir una burla de tan mal gusto? No hay que hacer chacota de los santos, y éstos la hacen nada menos que de la Virgen... ¿Pero es que no tienen padre y madre capaces de hacerlos entrar en razón?...

Estos eran, más o menos, los comentarios, un tanto sarcásticos y un tanto desdeñosos de la gente, y en especial de las mujeres, que, como es sabido, en parecidos casos están siempre en primera línea. Y probablemente el eco de tales habladurías llegó a oídos de los... acusados mientras atravesaban el caserío. Insignificante anticipo de lo que tendrían que soportar más tarde...

Afortunadamente, en casa de Jacinta y Francisco todo parecía normal. En casa de Lucía en cambio, había síntomas de una inminente tormenta; ésta descargó un día o dos después, cuando doña María Rosa, apremiada por los chismes de los vecinos, por los comentarios malévolos y tendenciosos y por el triste papel que le parecía desempeñar, como si la culpa de aquellas patrañas fuese también suya, después de haberse desahogado en vano con el Párroco, se desahogó con Lucía, azotándola y... no podemos añadir «con razón».

Debía a toda costa confesar que había mentido y pedir públicamente perdón de haber engañado a la gente.

¡Pobre Lucía! ¿Cómo podía mentir confesando haber mentido?

Pero, si *la había visto*, ¿por qué tenía que decir que había engañado a la gente?... Jamás en su vida había pensado engañar a nadie...

— Así es que —dijo su madre para abreviar, completamente fuera de sus casillas— te doy un día de tiempo para pensarlo. Vete a pacer las ovejas y entre tanto reflexiona; esta noche, al volver, vas a confesar tu embuste delante de todos aquellos a quienes has engañado, o si no...

No terminó la frase, pero la coronó con un gesto que lo mismo podía significar: «si no, te rompo la cabeza».

Lucía, sollozando, abrió el aprisco, hizo salir a las ovejuelas amigas, que si hubiesen podido hablar habrían salido en defensa de su pastora, y se encaminó al monte.

Los primitos estaban ya allá arriba esperándola; cuando la vieron llegar tan sofocada y con los ojos llenos de lágrimas le preguntaron en seguida qué le pasaba.

— Mi madre —respondió— quiere a toda costa que yo diga que he mentado; pero, ¿cómo puedo decirlo?

Francisco debió de sentirse particularmente impresionado por aquella aflicción pues dirigiéndose a Jacinta, se puso a recriminada:

— ¿Lo ves? La culpa es tuya; si tú no hubieses hablado...

Entonces Jacinta comenzó también a llorar y arrodillándose, pidió perdón y prometió que en adelante no diría nada a nadie.

Aquel día Lucía debía volver del pasto de muy mala gana martilleándole todavía la mente el eco de aquel amenazador dilema materno: «O confiesas haber mentado, o si no...»

Sino, ¿qué le haría?

Mejor hubiera sido que aquella bendita Jacinta hubiese mantenido la promesa; así se habrían ahorrado todos aquellos temores; pero ya que las cosas habían sucedido así, ella no mentaría por nada de este mundo.

Su madre se jactaba de no haber perdonado jamás una mentira a sus hijos; entonces, ¿por qué pretendía ahora que ella dijese una, y de tal magnitud?

No; no la diría; y todo lo que por esto le sucediese —castigos, burlas, calumnias, palizas— lo ofrecería a Dios en reparación de tantos pecados, conforme le había pedido la Señora y ella había formalmente prometido...

El artista invisible continuaba trabajando «el bloque elegido»...

Mas ni aquella noche ni los días siguientes sucedió nada trágico. La amenaza de doña María Rosa quedó por el momento, en suspenso.

Puede ser que alguna persona de buen sentido (acaso el mismo Párroco de Fátima) le hubiese aconsejado obrar con cautela; porque... o los niños habían sido víctimas de una ilusión, y la cosa se desvanecería por sí misma, o habían verdaderamente visto, y entonces...

De todos modos, para «darle una paliza» siempre tendría tiempo.

## El corazón coronado de espinas

«He venido a pedirlos que vengáis aquí el 13 de cada mes...». Así había dicho la luminosa Señora.

A medida que pasaban los días, y mayo y junio pasaban acercándose más y más la fecha fatídica, los pastorcillos se sentían dominados por una siempre creciente dulce inquietud y por un ansia gozosa.

¿Iremos, no iremos?... ¿Nos lo permitirán, nos lo prohibirán?... ¿Vendrá la Señora, no vendrá?...

Por lo que a ellos respectaba, estaban decididos a ir, costara lo que costase; y ni por asomo dudaron un momento que la Señora acudiese a la cita; por esto en sus cotidianas conversaciones se confirmaban mutuamente en su propósito, contaban los días y saboreaban de antemano la emoción deliciosa de aquella hora feliz, pese al runrún que la gente seguía levantando en torno a las pobres criaturas con provocaciones, bromas, sonrisas maliciosas, reproches y otras lindezas.

Así las cosas, llegó el día 12, o sea la víspera. Por la tarde Jacinta, llevada de su entusiasmo, se acercó a su madre y con gran ternura le dijo:

— ¡Mamá, mañana vendrás con nosotros a la «Cova da Iría» a ver a la Virgen!

No hay que olvidar que el 13 de junio se celebra la fiesta de San Antonio de Padua; que, si el gran Santo vivió y murió en Padua, nació en Portugal; que allí su fiesta es muy popular, y que muchas parroquias, entre ellas la de Fátima, lo tienen por Patrón.

Era, pues, la fiesta mayor de la parroquia; y era muy natural que doña Olimpia se gozase en tomar parte y llevar a ella a sus hijos.

Jacinta, en cambio, insistía:

— No vayas a la fiesta de San Antonio; ven con nosotros a la «Cova da Iría».

— Entonces —repuso la madre, más bien contrariada por aquella insistencia—, ¿no te interesa ir a la fiesta de San Antonio?

Y Jacinta sin tantos circunloquios:

— ¡San Antonio no es hermoso!

— ¿Por qué?

— Porque la Virgen es más, mucho más hermosa... yo voy con Lucía y Francisco a la «Cova da Iría»; si luego la Virgen nos dice que vayamos a San Antonio, iremos.

— Pero, ¿dónde vas, boba, con esas fantasías? Es inútil; la Virgen no se aparecerá.

Y Jacinta más resuelta que nunca:

— ¡Que sí! La Virgen ha dicho que volvería y volverá sin falta.

Pero esta certidumbre de la hija no bastó para persuadir a la madre, la cual a la mañana siguiente partió con su marido para Fátima y de aquí a Pedreiras, donde había feria, limitándose a dejar a sus hijos libres de hacer lo que quisieran. Esta solución permite suponer que alguien habría aconsejado: «Disimulad y dad tiempo al tiempo; lo que sea sonará».

Pero a los interesados les bastaba esto: que les dejaran en libertad.

En efecto, a eso de las once se dirigieron los tres hacia la Cuenca de Iría, precedidos y seguidos —como refiere la crónica— de una cincuentena de personas entre las cuales como fácilmente se adivina, habría incrédulos y curiosos, benévulos y escépticos; sabido es que, en semejantes casos, tanto quien cree, como quien no cree, quien duda como quien niega, se deja picar de la curiosidad.., hasta el punto de renunciar (como en el caso presente) a los festejos en honor del Santo Patrón.

Lucía, Francisco y Jacinta, llegados al sitio (es uno de los presentes quien lo cuenta), se dirigieron a la carrasca grande —aquella cerca de la cual un mes antes habían sido deslumbrados por el segundo rayo — y arrodillándose, comenzaron a rezar una parte del Rosario.

Una vez terminado, Lucía se levantó la primera. Llevaba una mantilla en los hombros y un pañuelo blanco en la cabeza, según la costumbre del lugar; se los ajustó, se compuso como suelen hacerlo las mujeres del pueblo antes de entrar en la iglesia y se volvió hacia levante en actitud de espera.

Los presentes cuchicheaban entre sí. Alguno preguntó irónicamente en voz alta:

— ¿Habrás que esperar mucho rato?

Ella hizo un signo negativo, mientras Francisco y Jacinta aseguraban que había tiempo de recitar otra parte de Rosario. De repente exclamó Lucía:

— Ya se ha visto el rayo; ahora viene la Señora.

Y a carrera tendida se dirigió a la carrasca pequeña, seguida de sus primos.

La blanca Señora estaba allí sobre el arbolito, exactamente igual que el mes anterior. Como la otra vez, los videntes presentaban el aspecto de quien está arrebatado por una sobrehumana visión. Lucía, más que nunca segura de aquella realidad, habló:

— ¿Qué queréis?

Respondió la aparición:

— Que volváis aquí el 13 del próximo mes y recéis todos los días el santo Rosario.

Y añadió:

— Quiero también que aprendáis a leer; luego os diré qué es lo que deseo.

Una piadosa mujer de aquellas que no tienen dificultad en creer que el espíritu sopla donde quiere y que a los pequeños están reservadas las más sublimes visiones, había dicho a Lucía:

— Tú que ves a la Virgen y le hablas, dile que cure a mi marido enfermo.

Lucía había rezado mucho por esta intención.

La Señora, refiriéndose evidentemente a dichas oraciones, dijo:

— Conviértase y curará dentro de este año.

Después confió a los tres un primer secreto que Francisco, como la vez anterior no pudo oír y que Lucía y Jacinta, por mucho que les preguntaron, no quisieron jamás revelar, limitándose a declarar que era por el bien de los tres, pero no para llegar a ser ricos y felices en este mundo..

Por esto fueron muchas las conjeturas que, andando el tiempo, se hicieron acerca del secreto; entre ellas la de que éste se refería al porvenir de los tres videntes; y no precisamente a su eterna salvación, ya que esto lo había prometido la vez anterior, sino más bien a esto otro: para Lucía la invitación para dejar el mundo y hacerse religiosa; para los otros dos, su próximo fin.

Y que así era realmente se supo con certeza en 1927 cuando, invitada Sor Lucía por su padre espiritual a hablar claramente —o mejor, a escribir— y autorizada para hacerlo por el mismo Jesús Sacramentado en uno de aquellos coloquios otorgados solamente a las almas privilegiadas para fines particularísimos, reveló que, habiendo pedido a la Virgen que la llevase consigo al Paraíso, Ella le respondió:

— Sí; a Jacinta y a Francisco los llevaré pronto. Pero tú debes permanecer aquí abajo largo tiempo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrazare prometo la salvación y serán

queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí a adornar su Trono.

La niña, afligida, repuso:

— Entonces, ¿voy a quedarme sola?

Y la Virgen:

— No, hija mía. Yo no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te llevará a Dios.



Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrace prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí a adornar su Trono.

( 13 de junio )

El secreto confiado a los videntes de Fátima no terminó aquí, sino que «en cuanto a lo demás —dijo Jesús Sacramentado a Lucía aquel 17 de diciembre de 1927—, continúa guardando secreto». Y no nos queda más que esperar la hora oportuna, es decir, la hora de Dios.

Al pronunciar las últimas palabras —siempre según la narración de Lucía, a la cual se podrían aplicar las palabras de San Juan Evangelista: «Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito, y estamos ciertos de que su testimonio es verdadero» —, la Virgen abrió las manos y por segunda vez reverberó sobre los pastores aquella luz misteriosa en la cual se veían como sumergidos en Dios.

Un haz de luz subía de aquellas manos radiantes hacia el cielo; otra se esparcía por la tierra. Francisco y Jacinta quedaban envueltos en el primero, Lucía en el segundo. Delante de la mano derecha de la Aparición había un corazón rodeado de espinas que lo estrujaban y punzaban por todas partes.

Los videntes comprendieron que era el Corazón Inmaculado de María afligido por los muchos pecados del mundo y pidiendo penitencia y reparación.

Lo comprendieron en virtud de aquella inmensa luz reveladora que los circundaba.

Entre tanto la Visión se disipaba...

«Desaparecida la Visión —dice el historiador con una sobriedad que nos recuerda el estilo de los Evangelistas—, los niños retornaron a sus casas y los curiosos se dieron prisa a divulgar cuanto habían visto y oído».

Pero, ¿qué es, lo que habían visto y oído los curiosos?

Habían oído las preguntas de Lucía y todo lo que ella decía hablando con la Visión; pero no habían oído las respuestas ni habían visto nada. Habían notado únicamente algo que a todos parecía extraordinario. Era en junio; la carrasca estaba vestida de hojas tiernas y largas. Cuando Lucía dijo que la Señora se alejaba hacia oriente, todas las hojas del árbol se habían inclinado en aquella dirección como si la orla de un manto invisible las hubiese rozado al pasar.

Todos observaron esto. Pero debieron observar también en el semblante de los videntes el reflejo arcano de aquella luz que los había envuelto transfigurándolos.

Y esto, sobre todo, no pudieron menos de divulgarlo mientras se dirigían de prisa hacia Fátima para participar por lo menos en el final de la Misa solemne en honor del santo Patrón.



## Rumores en el campo

Se podrá imaginar con cuántas personas podían hablar de lo sucedido cada uno de los que el 13 de junio habían acudido a la Cuenca de Iría, para calcular el tiempo que tardó en difundir la noticia de que la Virgen se había aparecido de nuevo a los pastores de Aljustrel.

En efecto, al cabo de pocos días, la Aparición era el tema preferido e inagotable de todas las conversaciones no solamente en Fátima, sino también en sus contornos. Quién hablaba de fantasías, quién de sugerencias, quién de truco, quién de especulaciones... Muy pocos eran los que conociendo a fondo a los videntes y creyéndolos incapaces de mentir, admitían que la cosa pudiese ser verdadera. Los curas estaban entre los escépticos, y el más irreductible entre todos ellos era el Párroco de Fátima, el cual queriendo estar, sin embargo, minuciosamente informado de todo lo que pudiera ser, no ocultaba su incredulidad y decía a todo el mundo:

— ¡Fantasías de cerebros exaltados; no prestéis oídos a semejantes historias!...

Sin embargo, no faltaba quien se llegaba todos los días al sitio misterioso a curiosear, a discutir, a hacer conjeturas sobre la carrasca grande y sobre la pequeña, o a rezar, sin respetos humanos, el Rosario.

Las familias Marto y Dos Santos no podían ya desinteresarse de los hechos ni de las hablillas que tan de cerca les tocaban y que les obligaban, cuando menos por motivos de decoro, a adoptar una posición clara.

A este objeto, doña Olimpia se decidió a llamar a sus hijos y, con rostro ceñudo, los reprendió de esta suerte:

— Estáis engañando a la gente. Por culpa vuestra muchos van a la «Cova da Iría».

Los niños, sin embargo, se defendieron con sorprendente energía y resolución.

— Nosotros —respondieron— no obligamos a nadie a ir. Quien quiera, que vaya; quien no quiera, que se quede; nosotros sí vamos. Quien, en fin, no quiera creer, debe esperar el castigo de Dios. También tú, mamá, serás castigada si no crees.

Estas últimas palabras, pronunciadas con tanta firmeza por dos niños dóciles y amorosos, desconcertaron a la señora Marto. No es fácil que



palabras semejantes pueda pronunciadas de suyo un niño y echarlas en cara así, a secas, a su madre...

La señora Dos Santos, en cambio, fastidiada por tanto rumor en que andaba mezclado su nombre y el de su casa, creyó llegado el momento de las palizas y, cada vez más persuadida de que su hija era la principal responsable del embuste, le dio por azotarla todos los días por cualquier bagatela y bajo cualquier pretexto.

A últimos de junio recibió aviso de que el señor Párroco quería verlas a ella y a su hija.

Dio un suspiro de aliento:

— Gracias, Señor; por fin habrá quien me saque las castañas del fuego.

Y lo hizo saber, con acento no muy tranquilizador a su hija:

— Mañana iremos a oír Misa; luego irás a ver al señor Párroco. Que te castigue... o que haga lo que quiera; con tal que te obligue a confesar que tú has mentado, ya estoy contenta...

Las hermanas presentes aumentaron todavía más los temores de la pequeña:

El Cura es poco amigo de bromas, ya verás qué reprimenda; te sentará el juicio a fuerza de palos...

Lucía calló y, apenas pudo, corrió a advertir a los primos.

— También nosotros iremos —respondieron—. El señor Cura ha mandado decir a nuestra madre que nos lleve allí; pero nuestra madre no nos ha dicho que nos preparemos a recibir un castigo —. Y añadieron:

— Si nos pegan, ¡paciencia! Sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores.

A la mañana siguiente, doña María Rosa se encaminó a Fátima con su hija. En todo el camino no dijo palabra; así solía hacer cuando estaba de mal humor.

Oyeron la Santa Misa —durante la cual, afirma Lucía, «ofrecí al Señor mis penas»— y después entraron en la casa parroquial. Al subir la escalera, doña María Rosa rompió por fin su obstinado silencio, pero solamente para desahogar su mal humor.

— No me fastidies ya más —dijo—. Di al párroco que has mentado, a fin de que el domingo próximo pueda desengañar al pueblo y terminar de una vez con toda esa historia. ¿Habrás visto que ya va todo el mundo a la «Cova da Iría» a rezar delante de una carrasca?

Dicho esto, llamó a la puerta.

El buen sacerdote no se mostró a la pequeña... culpable (¡) con aquel ceño de cancerbero que su madre y hermanas habían querido darle a entender; al contrario, fue afable y paternal con ella.

— Ven aquí, hija. Cuéntame detalladamente, con toda libertad, sin ningún miedo, y sin decir mentiras, qué es lo que has visto y oído allá arriba en la «Cova da Iría».

Lucía se lo contó. Aquél le hizo algunas preguntas, le pidió algunas aclaraciones, y ella respondió con toda franqueza, pero sin revelar el secreto a ella confiado. Al final, el Párroco sacó esta conclusión:

— No me parece cosa venida del cielo. Por lo general, Nuestro Señor, cuando se comunica a las almas, les manda dar cuenta de todo al párroco; esta niña, en cambio, se encierra en un raro silencio. Puede muy bien ser engaño del diablo. Y si no, el tiempo será testigo.

Era una opinión razonable, razonablemente expresada y, por ende, respetable.

Pero lo que turbó y disgustó sobre manera a la vidente fue aquella frase: «Puede ser muy bien un engaño del diablo».

¿Y si esto fuese verdad?... ¿Si el demonio quisiese perderla sirviéndose de un medio tan atrayente?...

No sabiendo a quién manifestar sus dudas, se confió a sus compañeros de visión.

— ¡No! —respondió con su acostumbrada energía Jacinta—. ¡No es obra del demonio! ¡No lo es! El demonio, según dicen, es muy feo y está bajo tierra, en el infierno. Aquella Señora en cambio es muy hermosa y nosotros la hemos visto subir al cielo.

El argumento era convincente; y aunque salido de labios de una niña menor que ella, Lucía se sintió más tranquila. Mas luego, a causa de la sorda hostilidad de familiares y conocidos, le asaltaron de nuevo los temores, de suerte que interiormente determinó no volver más a la «Cova da Iría». Así terminaría todo y ella recobraría la tranquilidad. Para ella representaba un sacrificio enorme renunciar a ver aquel rostro celestial; pero... ¿podía ser —¡otra vez aquello!— engaño del demonio?...

El día 12 por la tarde, el pacífico barrio de Aljustrel estaba insólitamente animado. Incluso había llegado gente de lejos para asistir a los sucesos del día siguiente. En las casas, en las calles, en los corrillos no se hablaba de otra cosa. Lucía trató de reanimarse; fue a casa de sus primos y, con lágrimas en los ojos, les dijo:

— Id vosotros, yo no voy. Si la Señora pregunta por mí, decidle que no he ido porque tengo miedo de que sea el diablo.

## Una nube blanca

Más de dos mil personas (según algunos, más de cuatro mil), acudían el día 13 de julio por la mañana desde diversas direcciones a la Cuenca de Iría para ver a la Virgen.

Lucía, que se había quedado en casa decidida a no moverse, hacia la hora en que era necesario ponerse en camino para llegar a tiempo, se sintió de repente impelida por una fuerza irresistible. Como arrastrada por una mano misteriosa, salió de casa y se llegó a la de sus primos.

Jacinta y Francisco estaban en su cuchitril arrodillados rezando y llorando.

— Pero, ¿cómo es que no habéis ido? Ya es hora.

— Sin ti no hemos tenido valor.

— Yo ya estoy en camino...

Era la mano desconocida que la arrastraba... Y los tres se decidieron con valor, seguidos del señor Marto, el cual; al ver toda aquella multitud, creyó poco prudente dejarlos ir solos.

Recibidos, al llegar a la Cuenca, con gran alboroto, a duras penas pudieron abrirse paso entre tanta gente y se dirigieron a la carrasca.

Al mediodía, precedido por el acostumbrado rayo, apareció la Señora.

Lucía, dominada por la tremenda impresión de que pudiese tratarse de un engaño diabólico, miraba sin hablar. Jacinta le agarró el brazo y se lo sacudió fuertemente.

— Pero, Lucía, habla... ¿no ves que está aquí y quiere hablar contigo?

Lucía cobró ánimos y formuló la acostumbrada pregunta:

— ¿Qué quieres de mí?

— Quiero — respondió poco más o menos la Aparición — que no faltes el día 13 del mes que viene y que reces todos los días el Rosario en honor de la Virgen, a fin de alcanzar el tan anhelado fin de la guerra, porque solamente la Virgen puede venir en vuestro auxilio.

La pastorcilla, que continuaba presa de terribles dudas y estaba impresionada por aquella aglomeración y agitación del público, en su mayor parte desconfiado y mal dispuesto, repuso:

— Decidme vuestro nombre y haced un milagro: a fin de que todos crean en la realidad de estas apariciones.

Tuvo buena presencia de ánimo y una rara audacia... La señora respondió.

— Continúa viniendo todos los meses; en octubre diré quién soy y haré un gran milagro para que todos crean.

Lucía no se sentía todavía del todo satisfecha; le habían pedido que impetrara la curación de un pobre lisiado, la conversión de una familia de Fátima, la santa muerte de un enfermo de Atouguia, desahuciado de los médicos, y se atrevió a pedir todo esto.

La Aparición respondió que el lisiado no curaría; que recitase en cambio, el Santo Rosario todos los días en familia —que el enfermo no tuviese prisa, porque ella sabía mejor que nadie cuándo convenía venir a llevárselo—, que las otras personas alcanzarían las gracias deseadas dentro del próximo año, pero que era preciso rezar el Rosario.

Respuesta saturada, a pesar de su condición, de enseñanzas saludables, de sabor exquisitamente evangélico, que sin esfuerzo podemos traducir con los siguientes términos: Mejor es ir al Cielo sin piernas que al infierno con todo el cuerpo y con buena salud.

Dios es dueño de la vida y de la muerte; dejad obrar a El abandonándoos enteramente en sus brazos.

Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.

Cosas que el demonio no puede decir ni... en broma. Y prosiguió la Señora:

— Sacrificios por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: «Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».



**Sacrificios por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio:**  
**«Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».**

**( 13 de julio )**

El diálogo no había terminado todavía; continuaba en presencia de una multitud toda ojos y oídos, la cual en un momento dado vio a los tres niños palidecer y temblar, y oyó de los labios de Lucía un ahogado grito: «¡Ay!»

Después de una breve pausa, ésta, fija siempre la mirada en la cima del arbolito, como encantada decía:

— ¿No queréis más de mí?

La respuesta, que la multitud no oyó, fue la siguiente:

— No, no quiero nada más.

— Yo tampoco —exclamó Lucía, con la expresión propia de quien está satisfecho.

En efecto, como contará ella misma después, al contacto con aquella luz celestial se desvanecieron en su alma toda duda y toda inquietud.

Ligera como una pluma llevada por el aire de la mañana la Aparición se alejaba elevándose hacia el sol.

El público presente no había visto ni oído otra cosa que las palabras proferidas por la vidente; pero todos habían podido observar, primeramente una nubecilla blanca sobre la carrasca acompañada de una notable disminución de la luz solar, y que luego desaparecía mientras el sol adquiría de nuevo su fulgor.

En suma, habían visto una señal del cielo y esto les había emocionado.

No es de extrañar, pues, que cesado el encanto de la visión, se precipitaran sobre los tres pastorcillos formando a su alrededor una tal muralla de gente que el señor Marto, para evitar que la pequeña Jacinta quedase ahogada, la tomó en brazos y, abriendo paso a codazo limpio, se la llevó a casa.

Entre la multitud quedaron Francisco y Lucía; y ésta, que figuraba como la principal protagonista, tuvo que encargarse de satisfacer las preguntas de los curiosos.

— ¿Por qué estabas tan triste?... Por qué has lanzado aquel grito como si alguien te hubiese hecho daño?...

— Es un secreto.

— ¿Bueno o malo?

— Es por el bien de nosotros tres.

— Y para el pueblo, ¿qué tal es?

— Para unos, bueno; para otros, malo.

A pesar de las insistencias, no se consiguió sacarle nada más. Y durante veinticinco años, el secreto que la Virgen había confiado a los

niños con la expresa, prohibición de no revelarlo a nadie, permaneció oculto para todos.

Únicamente en 1941 Lucía, por santa obediencia y obtenido el permiso del cielo, del modo antes dicho, se decidió a manifestarlo todo por escrito, y es por esto que ahora le mundo lo conoce; no todo, sino en los dos puntos que más el interesan —la salvación de las almas y la devoción al Inmaculado Corazón de María— debiendo el tercero, al menos por ahora, continuar envuelto en el misterio, por disposición divina.

Y he aquí de qué se trataba:

Mientras la Virgen exhortaba a los videntes a sacrificarse por los pecadores, había abierto las manos como en las anteriores apariciones. El haz de luces que de ellas brotaba, parecía penetrar la tierra, y los niños «vieron como un gran mar de fuego y, sumergidos en él negros y achicharrados demonios y almas en figura humana, que arrastrados en alto por las llamas volvían a caer como las pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían temblar de espanto».

La horrible visión había durado un instante (más rato no habrían podido resistirla) y era la que había arrancado a Lucía aquel grito ahogado de angustia. Era la visión terrible del infierno.

Los videntes habían instintivamente levantado los ojos hacia la Virgen como buscando refugio y pidiendo socorro; y Ella les había dicho entonces con triste amabilidad:

«Habéis visto el infierno, donde van a las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si los hombres hacen lo que yo os diré, muchas almas se salvarán y habrá paz. Pero si no lo cumplen, si no cesan de ofender al Señor, la divina Justicia se dejará sentir con nuevos y más graves castigos.



**Habéis visto el infierno,  
donde van a las almas de los  
pobres pecadores. Para  
salvarlas Dios quiere  
establecer en el mundo la  
devoción a mi Inmaculado  
Corazón.**

**( 13 de julio )**

»Una propaganda impía difundirá en el mundo gravísimos errores, suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia, muchos buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas...

»La guerra (1914-1918) está para terminar; pero si no cesan de ofender al Señor, no pasará mucho tiempo, y bajo el próximo Pontificado, comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que aquello es la señal que os envía Dios. Está próximo el castigo del mundo por sus muchos delitos, mediante la guerra, el hambre y las demás persecuciones contra la Iglesia y contra el Santo Padre... He venido a pedir la consagración del mundo a mi Corazón Inmaculado y Comunción reparadora los primeros sábados de cada mes. Si se da oídos a mi demanda, el azote será alejado y mitigado... De lo contrario... Finalmente triunfará mi Corazón Inmaculado...»

Después de haber advertido que no dijeran esto a nadie, excepto a Francisco, había concluido:

— Cuando recéis el Rosario, decid después de cada misterio: «Jesús mío perdona nuestros pecados; líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas.

Desde aquel día, la triple invocación floreció ferviente y temblorosa en los labios de las tres inocentes criaturas a fin de alcanzar piedad por los pecadores y acelerar el triunfo del Corazón Inmaculado que es nuestro refugio y nuestra salvación.



**Quando recéis el Rosario, decid después de cada misterio:**  
**«Jesús mío perdona nuestros pecados; líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.**

**( 13 de julio )**

## Hacia la cumbre

Desde que el Ángel primero y la Virgen después habían exhortado a los tres niños a rogar por los pobres pecadores que tanto amargan al Divino Corazón y merecen por ello tremendos castigos, se habían vuelto pensativos y ya no gozaban de paz.

Jacinta pensaba: «Van al infierno». Y preguntaba a Lucía:

— ¿Qué es el infierno?

— El infierno es un foso profundo, muy profundo, lleno de fieras, con un fuego muy grande, donde son arrojados los que pecan y no se confiesan; y allí se abrasarán por siempre.

Al pensar en aquel *siempre*, Jacinta se horrorizaba.

— Pero, ¡cómo!... ¿No saldrán jamás, ni siquiera dentro de muchos años?

— No —respondía Lucía—. No saldrán jamás, porque su condenación es eterna.

¡*Eterna!*, repetía Jacinta, como queriendo imprimir bien en su mente aquella palabra descomunal. Y terminaba por esconder el rostro entre las manos, acaso para no «verla», o para «verla» mejor.

Por el momento no preguntaba más; pero luego a la primera ocasión, volvía a la carga, como suele hacer quien tiene una idea fija en la mente:

— ¿Así, el infierno no terminará ni después de miles y miles de años?

Y Lucía:

— No, no terminará.

Y ella:

— ¿Y si nosotros rogamos mucho por los pecadores, si hacemos sacrificios por ellos?... Entonces el Señor no les mandará al infierno, ¿verdad?...

Y cerraba el diálogo:

— ¡Qué buena es aquella Señora que nos ha prometido llevarnos al Paraíso!



Y se ponía a jugar; mas sin muchas ganas y para volver al cabo de unos momentos a exclamar con el estupor pintado en el rostro: «¡Pobrecitos! Debemos rogar y hacer muchos sacrificios por ellos...»

Francisco, en cambio, aparentemente más frío que su hermanita, desde que aquella misteriosa luz salida de las manos de la aparición le había envuelto, estaba enteramente dominado por la idea de Dios, y de un modo particular por la idea de Dios ofendido, y por ende triste. Los pecadores sólo le preocupaban en cuanto que disgustaban al Señor. Y este pensamiento le atormentaba.

Un día, llegados a los pastos, también él había sentido la necesidad de retirarse a un lugar solitario y no había querido salir ni para merendar.

Habiéndole preguntado qué hacía allí durante tanto rato, respondió:

— Estoy pensando en el Señor, que está muy triste por causa de tantos pecados... ¡Ah, si yo fuese capaz de darle contento...!

Para consolar a su Dios había pasado el día ayunando y en continua oración.

Con frecuencia, conversando con Lucía y Jacinta, repetía:

— Me gustó mucho ver al ángel; más aún a la Virgen; pero lo que me gustó sobremanera fue ver a Dios en aquella gran luz. ¡Me complace sobremanera ver al Señor! Pero está muy triste a causa de tantos pecados... Nosotros no cometeremos jamás ningún pecado.

Y a la pregunta de si le gustaba consolar a Nuestro Señor o convertir pecadores a fin de que no vayan más almas al infierno, respondía:

— Yo quisiera consolar al Señor y después convertir a los pecadores.

Se diría que la Virgen había querido repartir entre los tres videntes la comprensión de la gravedad del pecado, compenetrando a las pequeñas del daño irreparable que acarrea a quien lo comete y haciendo ver al niño el dolor que causa al Señor, de suerte que de los dos diversos estados de espíritu brotaban, más sentidos y más perfectos, los anhelos y la obra de reparación.

Como vimos anteriormente, había sido Francisco el primero en inventar y proponer el primer sacrificio, renunciando a la merienda en provecho... de las ovejas; pero luego, bien pronto y de común acuerdo, se le dio un destino más digno.

A menudo se encontraban con los niños de dos familias pobrísimas que vivían de limosna:

— ¿Vamos a dar la merienda a aquellos pobrecitos? Y así lo hicieron siempre que los encontraban, con una explícita intención: «la conversión de los pecadores».

Pero no estaban todavía satisfechos. Siempre a este objeto acallaban las protestas del estómago con raíces, hierbas amargas y bellotas de carrasca, renunciando a toda fruta o bebida buena que les fuese ofrecida y los tres andaban a porfía por ver quién inventaba y proponía nuevas mortificaciones.

Un día que la madrina de Lucía los había invitado a saborear la exquisita aguamiel por ella preparada, Francisco supo abstenerse de aquello con suma habilidad; y a Lucía que, advirtiéndolo le preguntaba más tarde por qué se había «eclipsado», le respondió sinceramente:

— He querido hacer un pequeño sacrificio para consolar a Nuestro Señor.

«Convertir a los pecadores; y «consolar al Señor afligido» venía a ser para ellos algo que un profano llamaría obsesión. Ahora que la Virgen les había mostrado el Infierno preparado para los pecadores impenitentes, el deseo de librar de aquel horrendo suplicio a todas las almas posibles, les consumía.

Jacinta ya no parecía una niña. Con frecuencia se sentaba e iba repitiendo para sí: «¡El infierno!... ¡El infierno!... ¡Qué lástima me dan las almas que van al infierno!...» Y se arrodillaba temblorosa, con las manos juntas, y oraba: «¡Oh Jesús mío, perdónanos nuestras culpas!...»

A veces como si la terrorífica visión se le presentase delante, gritaba:

— Lucía, Francisco, rogad, rogad conmigo. Es necesario rogar mucho para librar a las almas del infierno. ¡Caen tantas en él?... ¿Por qué la Virgen no muestra el infierno a los pecadores? Si lo viesen, no cometerían más pecados y no irían a aquel horrible lugar... Debes decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente, (que se reunía en la «Cova da Iría») verás cómo se convierten...

Y toda absorta repetía:

— ¡Cuánta gente cae en el infierno! ¡Cuánta gente!... Lucía la alentaba:

— No temas, tú irás al cielo.

Y ella:

— Ya lo sé; pero quisiera que también viniese toda aquella gente.

Francisco era preso de idéntico temblor y deseo. Lucía, por quien se han sabido todas estas cosas, nada dice de sí misma, pero no es difícil imaginarlo.

Un día de verano habían salido de madrugada con el rebaño en dirección a un paraje bastante alejado, donde debían permanecer hasta la noche.

En el camino encontraron a «sus pequeños amigos» y toda la provisión fue a parar a las manos de éstos. Hacia el mediodía el sol quemaba de verdad y el lugar, árido y pedregoso, estaba convertido en un horno. Tenían hambre; y más aún sed. Por el momento supieron abstenerse, ofreciéndolo al Señor por la conversión de los pecadores; pero hacia las dos de la tarde ya no podían más; así que, Lucía —la mayor y la más avispada— decidió llegarse hasta el pueblo cercano a pedir un poco de agua. Al cabo de un rato volvió con un botijo de agua y un pedazo de pan que le había regalado una buena viejecita movida a compasión por el aspecto fatigado de la niña.

Partieron en tres partes el pedazo de pan que apenas habría bastado para calmar el hambre de la más pequeña; pero cuando se trató de beber, Francisco dijo con varonil energía.

— ¡No quiero beber!

— ¿Por qué? — le preguntó Lucía.

— Porque quiero sufrir por la conversión de los pecadores y para consolar a Jesús afligido.

Jacinta, que a causa de la sed apenas podía abrir la boca, aguijoneada por aquel ejemplo, exclamó:

— Yo también quiero hacer el sacrificio por los pecadores.

Lucía, que tenía más sed que ellos porque había dado un largo paseo bajo los rayos abrasadores del sol, no dijo «beberé yo»; tomó el botijo, derramó toda el agua en el cuenco de una piedra para que la bebiesen las ovejas, y luego se puso de nuevo en camino para devolver el botijo a la caritativa viejecita...

Mientras tanto el calor no disminuía; cantaban los grillos y las cigarras, haciéndoles coro las ranas de un pantano, produciendo entre todos una sinfonía monótona y ensordecedora.

Jacinta, extenuada, comenzó a sentirse mal; y con aquella simpática simplicidad infantil que conservó hasta la muerte, dijo a su prima:

— Me duele mucho la cabeza. ¡No puedo más! Di a esas ranas, a esas cigarras y a esos grillos que se callen un poco...

Francisco, tenaz, intervino:

— ¿No quieres sufrir esto por los pecadores?

Con voz muy débil, pero con voluntad férrea, respondió la pastorcilla:

— Sí... lo quiero..., dejadlas cantar...

Puede decirse que del bloque informe, trabajado por la mano experta del invisible Artista, comenzaba a salir ya, maravillosa, una obra maestra.

## La ofensiva infernal

Los videntes se preparaban de esta suerte con la oración, la mortificación y el ayuno para recibir la cuarta visita de la Señora. Una multitud, esperaba este momento con una impaciencia y una agitación que por momentos iba tomando caracteres de epidemia.

Hasta la Prensa católica había comenzado a ocuparse de los sucesos de *Fátima*, para aconsejar prudencia y discreción; la otra —la liberalmasónica—, para inyectar veneno, no sólo en los protagonistas y sus pretendidos cómplices, sino en las cosas más santas.

Tres o cuatro mil personas —todas las reunidas en la Cuenca de Iría el 13 de julio con motivo de un supuesto fenómeno sobrenatural— eran demasiadas personas para no suscitar alarmas. Y se hablaba descaradamente de que todo era obra de artimañas clericales destinadas a azuzar al pueblo contra las instituciones republicanas... Incluso se llegó a insinuar que, habiéndose descubierto poco antes en aquellos parajes una fuente de agua mineral, se intentaba echar mano de aquel medio... publicitario, con objeto de hacer una buena especulación financiera... —«como en Lourdes»—, hubo quien tuvo el descaro de añadir.

Se quería, en una palabra, ahogar el asunto en lo ridículo, dado que contra una pacífica multitud que ora y... una nubecilla blanca que va y viene a su gusto, poco o nada puede la fuerza.

Pero en Villanueva de Ourem, para bien del anticlericalismo y de la masonería portuguesa, velada por el orden público y las instituciones republicanas tan seriamente amenazadas, un intransigente administrador, el alcalde D. Arturo d'Oliveira Santos, custodio celoso de las leyes y no menos fidelísimo hermano de la secta, el cual, poseído de su derecho de impedir cualquier manifestación religiosa fuera del cerrado recinto de las iglesias y, firmemente convencido de que se trataba de una ingeniosa comedia preparada por los curas, intervino, decidido a... inmortalizarse con una medida radical.

Con este decidido propósito, el día 11 de agosto —casi la víspera de la celestial cita— dio orden de que Lucía, Francisco y Jacinta se presentasen en su despacho para comunicarles un asunto urgente.

El señor Marto, que al momento comprendió la trampa, se presentó él en persona, en casa del alcalde, para enterarse de aquello tan importante, pero dejó a los niños en casa.

¡Qué diantre!... ¡De dos niños de siete y ocho años, puede muy bien responder su legítimo padre!... El padre de Lucía, en cambio, juzgó más oportuno llevar a su hija, por más que en Aljustrel, de buena o mala fe, se murmuraba que aquel hombre (el alcalde) era capaz de todo y Dios sabe a qué medios recurriría con tal de obtener lo que pretendía.

Antes de partir, Lucía fue a despedirse de sus primitos. Si era verdad cuanto decían, podía ser que ya no se viesen más; pero Jacinta, más decidida que nunca, le dijo abrazándola:

— Si quieren asesinate, diles que yo y Francisco somos como tú y queremos morir contigo... Ahora iremos a tu huerto a rogar por ti.

Palabras dignas de un atleta de Cristo; las que más de una vez hicieron que a los tiranos se les cayera el arma de las manos y que la Iglesia ha registrado con caracteres de oro en su glorioso martirologio.

Una vez en presencia del alcalde, el señor Marto recibió una solemne bronca por no haber ejecutado al pie de la letra la orden de conducir allí a sus hijos; Lucía fue sometida a un interrogatorio minucioso, apremiante y severo.

Lo que más parecía intrigar al defensor de la ley era el famoso secreto que había oído mencionar en las habladurías populares: pero Lucía no se doblegó. Tenía orden de no revelarlo y... no lo revelaba. De suerte que, por el momento, lo único que pudo hacer aquél fue levantar acta no sin amenazar con voz terrible que, de no aclararse el asunto, haría ejecutar a los tres.

Al atardecer, la «pequeña rebelde» pudo volver a casa y corrió en busca de sus primitos. Los encontró en un rincón del huerto, arrodillados junto al pozo, con la cabecita entre las manos y llorando amargamente. Al verla, quedaron sorprendidos; y entre sonrientes y llorosos, exclamaron:

— ¡Oh! ¿eres tú?... Tu hermana ha venido a sacar agua y nos ha dicho que te habían ya asesinado. Pero nosotros hemos rogado y llorado mucho por ti...

Estaban tan plenamente convencidos de que, si había vuelto, se debía en gran parte a sus lágrimas y oraciones, que con mucho gusto hubieran permanecido aún largo rato apoyados sobre el brocal del pozo, como delante de un altar alabando y dando gracias al buen Dios

y a la Virgen. Pero la noche se echaba encima y se vieron obligados, bien contra su voluntad, a volver a casa.

Al día siguiente (12 de agosto) Aljustrel se fue llenando de curiosos y devotos, y en casa de Marto y Dos Santos el nerviosismo crecía a la par que la afluencia de la multitud.

— ¿Pero has visto qué trastorno por causa de estos tres benditos críos?... ¿Será posible que esto termine bien?...

Entre tanto, de Villanueva llega rumor de tormenta y era de suponer que tarde o temprano descargaría y a lo mejor sobre quien no tenía culpa.

La madre de Lucía era la que más nerviosa estaba de todos y hubiera dado cualquier cosa para desenredar la madeja con una solución draconiana; pero no la encontraba. Y se le antojó que el único remedio sería meter a su hija bajo llave, pero no faltó quien la disuadió de este propósito, haciéndole entender que de una turba fanatizada podía esperarse cualquier desagradable sorpresa. Bien calculado todo, decidió dejar que las cosas siguieran su curso y... «lo que sea, sonará».

En cambio, los niños estaban muy tranquilos; no les preocupaba ni la presencia del público ni las inquietudes de sus familiares. Estaban tan dominados por lo sobrenatural y tan reconcentrados en su mundo interior, que las vicisitudes externas no hacían mella en su corazón.

Y llegó el 13 de agosto.

Nadie había podido imaginar que en tan breve tiempo el eco de las apariciones de Fátima hubiese podido llegar tan lejos y suscitar tanta agitación.

— De todas las direcciones —escribe un testigo ocular— afluía una ingente multitud. Todos los caminos rebosaban de gente, a pie, a caballo, en bicicleta, en coche o en carreta. El zumbido de los automóviles era ensordecedor. Parecía el aglomeramiento de una metrópoli. Hacia el mediodía, toda la Cuenca de Iría aparecía atestada, transformada en un hormiguero humano; calcúlese que allí había de quince a veinte mil personas. El alboroto era atronador; y no era únicamente alboroto vano de curiosidad y espera, sino que había un número considerable de creyentes y devotos que, apiñados alrededor de la carrasca bendita, completamente despojada de hojas y ramas arrancadas por devoción, entretenían su larga espera rezando el Rosario y cantando alabanzas a María, impávidos bajo los ardientes rayos del sol.

Pero los videntes faltaban. Era ya casi el mediodía y no se les veía.

Fácil es imaginar la ansiedad, la impaciencia, la agitación, el chasco y los comentarios más opuestos. Se habla de truco indigno, de burla sangrienta, de... inocentada en pleno agosto.

Los relojes marcan el mediodía en punto; la multitud se agita, bulle, ruge..., de repente una voz circula de boca en boca «¡Los han encarcelado!» La impaciencia se transforma en indignación; se oyen gritos de protesta, se habla de ir en busca del alcalde... cuando de improviso se oye el rumor profundo de un trueno... Como por encanto, la multitud guarda silencio, el valle queda quieto como si estuviera desierto; el oleaje de cabezas se ha vuelto hacia arriba, fijos los ojos en la pequeña y deshojada carrasca. Y allí, cerca de la carrasca, se ve el fulgor de un rayo, seguido de la aparición de una blanca nube, luminosa...

Explota un grito interminable, irresistible: «¡La Virgen!... ¡La Virgen!...» Luego se hace otra vez silencio y las lágrimas brillan en miles de ojos atónitos... Unos instantes más y la nube desaparece. Ninguna otra señal; absolutamente ninguna; pero todos han visto y todos están convencidos de que la Virgen no ha faltado a la cita...

## En la cárcel

¿Era cierto el rumor que se había corrido sobre encarcelamiento de los videntes?

Era todo verdad.

Entre los coches que aquella mañana tomaban el camino de Fátima, estaba también el del alcalde, el cual, así que hubo llegado, se dirigió a casa del Párroco y dio orden de que fuesen presentados los tres niños. El Párroco que nada tenía que ver en el asunto, no queriendo aparecer como cómplice ni trabar batalla con una autoridad cuyo humor conocía demasiado, mandó llamarlos y se los presentó.

Estaban tranquilos y el alcalde no quiso turbar esta tranquilidad; antes se mostró afable, conversó con ellos en el balcón de la casa parroquial que mira a la plaza, luego los invitó a subir a su automóvil para llevarlos a la Cuenca de Iría.

Los pastorcillos jamás habían montado en un automóvil y quién sabe cuántas veces habrían soñado en una carrera dentro de aquellos monstruos relucientes que devoran kilómetros y kilómetros... No es de extrañar, pues, que aceptaran con mucho gusto.

Mas al llegar allí donde la carretera se bifurca en dos ramales que conducen, el primero a la Cuenca y el otro a Villanueva de Ourem, el coche enfiló decidido en esta última dirección.

Los niños exclamaron a una voz:

— ¡No, por la otra carretera!

Y el alcalde:

— Ya lo sé; pero antes es preciso ir a casa del Párroco de Ourem que os quiere ver, luego volveremos a la Cuenca, en coche; no nos llevará apenas tiempo; no tengáis miedo, que llegaréis a tiempo.

¿Qué iban a responder a un personaje que representaba la autoridad y que, por añadidura, se mostraba tan gentil?

Llegados a Ourem, no fueron llevados a casa del Párroco sino al Ayuntamiento, con el pretexto de que primero tenían que comer; el Párroco les recibiría más tarde...



Les fue, pues, ofrecido qué comer. Pero no sabemos si comieron. Habitados como estaban a ayunar días enteros por la conversión de los pecadores y para consolar al Señor afligido, podemos suponer que rechazarían los manjares y, en circunstancias tan especiales, con renovado fervor.

La Virgen —de eso estaban ciertos— les esperaba; en aquella hora estaba allí, sobre la pequeña carrasca, para ellos... Y ellos no estaban... por culpa de aquel hombre sospechoso que —quién sabe con qué perversos fines— los había engañado... Es muy probable que no comieran nada; no sólo para hacer una cosa grata al Señor, sino también porque el pensamiento de que la Virgen hubiese bajado del cielo inútilmente por ellos, debía de producirles una pena de aquellas que... quitan el apetito.

Sea como fuere, había que poner buena cara al mal tiempo y esperar.

Al llegar el mediodía, cuando pensaba volver a casa, compareció de nuevo el alcalde. No parecía el mismo de antes. Se mostraba ceñudo e insistía en que le revelasen el secreto que les había confiado la supuesta Aparición. Probó de arrancarlo a Lucía, a Francisco, a Jacinta, a los tres juntos... hasta que, resultando vana toda tentativa, pues los tres mostraban tal obstinación que daban al apurado alcalde ganas de estrangularlos, los hizo encerrar en una habitación con esta consoladora amenaza:

— Si queréis ser puestos en libertad, decidíos a hablar; si no, peor para vosotros.

Tres niños que «no hubiesen visto en Dios como en un reluciente espejo» y no hubiesen recibido de lo Alto el aviso de estar prontos a sufrir mucho, se hubieran ciertamente desesperado y puesto a gritar como corderitos degollados; ellos no, no se desesperaron. Pero el espanto de la puerta obstinadamente cerrada y de las paredes extrañas, casi enemigas; de las horas interminables y de las primeras sombras de la noche; de la madre lejana y de la suerte incierta que les esperaba, no hay duda que lo sintieron hasta el espasmo, por no decir hasta el terror.

Nos parece estarlos viendo acurrucados en un rincón, apretados el uno contra el otro para formar una sola fuerza, con los hijos perdidos en el vacío, rezando el Rosario y repitiendo con el corazón en los labios la oración enseñada por la Madre celestial: «¡Oh Jesús, por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las injurias inferidas al Inmaculado Corazón de María!»

Ahora sí que experimentaban todo el sublime y consolador valor de esta plegaria... En esta santa ocupación estarían, cuando se abrió la puerta y entró una mujer... una vieja... un personaje siniestro que se esforzaba por ser bueno, pero que no lo era:

Creyendo que venía a ponerlos en libertad, se levantaron. No, no venía a libertarlos. Venía solamente a tentarlos, a arrancarles el secreto con lisonjas y promesas mezcladas con amenazas.

La perspectiva de una noche encerrados a oscuras en aquella especie de cárcel, parece que debería haberles persuadido a dejar aparte todo escrúpulo y a pasar por encima de cualquier promesa.

Pero la vieja se engañaba, como se engañaban aquellos que la habían enviado. Había en aquellos tres seres débiles una energía secreta tan poderosa que causaba asombro.

Viendo que no sacaba nada, la vieja salió dando un fuerte portazo y cerrando estrepitosamente la puerta.

Llegó la noche; los niños no se veían, pero se sentían uno al lado del otro, formando una sola cosa, una sola alma; las Avemarías del Rosario se sucedían lentas y fervorosas, hasta que el sueño los venció y un ángel tendió sus invisibles alas sobre aquellos cuerpecitos abandonados...

Cuando se despertaron, el sol estaba ya alto; lo primero que hicieron fue comenzar de nuevo. Los tres estaban tácitamente de acuerdo en que el mejor medio de expresar sus sentimientos y apaciguarlos era la oración.

A eso de las diez vinieron a llamarlos para conducirlos delante del alcalde, el cual los sometió a un interrogatorio en toda regla; y esperando oír de boca de los niños algo que le procurase el ambicionado honor de descubrir algún clamoroso escándalo clerical, les acosó a preguntas insidiosas, los atemorizó con nuevas y más tremendas amenazas, y en fin —creía haber encontrado el argumento más persuasivo—, hizo brillar delante de sus ojos algunas monedas de oro, diciendo:

— Si me lo contáis todo, son vuestras.

Habló Lucía, habló Francisco, habló Jacinta. Todos con simplicidad y franqueza, refiriendo en detalle cuanto les había sucedido, sin caer en la más mínima contradicción....

Pero, ¿y el famoso secreto de que tanto se hablaba?

El secreto no lo podían revelar porque la Virgen había mandado no decirlo a nadie, y la Virgen es más que todos los alcaldes de este mundo.

El Señor D'Oliveira comenzaba a perder los estribos. ¡Esta sí que era buena! ¡Un hombre enérgico como el tener que darse por vencido frente a la testarudez de tres pastores!, y no era cosa de entregarse... Pero era ya mediodía y los niños no habían comido ni un miserable mendrugo de pan; no podía hacérseles morir de hambre...

Así es que los hizo conducir a su domicilio privado para que se rehicieran con algo de comida, aplazando hasta la tarde la decisión definitiva.

Su mujer, dando pruebas de una ternura muy femenina por las tres criaturas que, después de todo, debían mostrar en el rostro las señales del ayuno y de todos los sufrimientos, los recogió con bondad y los animó a comer.

No sabemos si a semejanza de la mujer de Pilatos, exhortó a su marido a no martirizar por más tiempo a aquellos pobres inocentes; cierto que, de haberlo hecho, habría obtenido el efecto contrario, pues por la tarde, por orden del alcalde, los niños fueron apresados por los agentes y conducidos nada menos que a la cárcel pública, con estas... alentadoras palabras:

— Más tarde vendremos para quemaros vivos.

Una cárcel comunal, como parece sería la de Villanueva, no aloja a grandes delincuentes condenados a penas gravísimas, sino a delincuentes ordinarios, como ladrones comunes, vagabundos, transgresores de las ordenanzas municipales, borrachos, rebeldes a la fuerza pública... En una palabra toda esa chusma de pícaros que no llegarán nunca a cometer un verdadero crimen, pero cuyo noventa y nueve por ciento es incapaz de apreciar el valor de la honradez y desprecia con una mueca de desdén toda norma de buena crianza.

¡Tal era la gentuza en medio de la cual hizo meter el alcalde de Villanueva a los pastores de Aljustrel!

Y la canalla, sin saber quiénes eran ni por qué motivos se encontraban allí aquellas criaturas, fue presa de un sentimiento de profundo respeto. Los que charlaban, guardaron silencio; los que estaban echados en la mugrienta tarima, se levantaron. Les pareció a todos que un rayo de luz había entrado en aquel sórdido lugar. Y no faltó quien supo encontrar palabras buenas de consuelo.

Pero Jacinta —la más pequeña— se alejó del grupo y apoyando su cabecita en la pared, debajo de la alta ventana, provista de gruesas barras, prorrumpió en amargos sollozos.

Aquel llanto de niña les partió el corazón a todos. «¡Pobrecita! —exclamaron — ¡Pobrecita!...» Y no supieron decir más.

Lucía se le acercó y trató de animarla:

— Jacinta, ven aquí conmigo; ¿por qué lloras?

— Lloro —respondió ella con voz entrecortada— porque moriremos sin poder volver a abrazar a nuestros padres. Ni los tuyos ni los míos han venido a vernos. Ya no se preocupan de nosotras. Yo quisiera, por lo menos, ver a mamá...

Era la hora de la prueba; la hora del cáliz amargo y la naturaleza humana sentía todo su peso, saboreaba toda su aspereza. También Francisco se le acercó y con admirable sangre fría les dijo:

— Si no podemos ver a mamá, ¡paciencia! ofrezcamos este sacrificio por la conversión de los pecadores. Peor sería que no volviese ya más la Virgen; ¡esto sí que lo sentiría yo!; pero aun esto lo ofrezco por los pecadores. Así diciendo juntó las manos y, arrodillándose como si se hallase en la iglesia, exclamó:

— ¡Oh Jesús mío!, por tu amor y por la conversión de los pecadores.

En la última Aparición, la Virgen había indicado que el Santo Padre tendría que sufrir mucho; algunos días después dos buenos sacerdotes habían recomendado a los pequeños, que rogasen por el Santo Padre; y Jacinta, al saber quién era el Papa y por qué tenía necesidad de sus oraciones, había sentido al momento una gran devoción por el blanco Viejecito nunca visto, que está muy lejos, más allá de los montes y del mar, gobernando el timón de una barca insumergible, pero probada por mil tormentas, que se llama la Iglesia de Cristo.

Ahora en el momento doloroso del abandono, le vino a la mente el Papa; y uniéndolo en su corazón al más sobrenatural de los afectos, continuó la oración de su hermanito: «...y también por el Santo Padre y en reparación de las ofensas cometidas contra el Corazón Inmaculado de María».

Los presos, gente habituada a mofarse de todo y de todos, contemplaban la escena sin pestañear. Algunos no acertaban a reprimir sus lágrimas. Un hombrachón tremendo, —acaso un ladrón reincidente, borracho y violento—, tocado por aquellas lágrimas

inocentes y por aquellas inocentes plegarias que tan de cerca le concernían en su calidad de pecador impenitente, quiso sugerirles lo que le parecía para apresurar la liberación de aquella inmerecida tortura, y les dijo:

— Confesadlo todo: secretos y no secretos, la cuestión es que os manden a casa. Y si la Señora no lo quiere, ¡paciencia! Queridos, se trata de salir de la cárcel... Nosotros estamos ya acostumbrados; pero vosotros, pobrecitos, ¿cómo podréis resistir esta vida?...

Jacinta lo miró como si en vez de aconsejarla hubiese tratado de ofenderla.

— ¡Esto de ninguna manera —exclamó con todas las fuerzas—, antes morir!

El penado hizo un gesto de extrañeza. El, un Hércules, se sentía pequeño delante de la grandeza moral de aquella niña; se sentía cobarde ante tanto valor...

Anocheecía. Por la ventana alta entraba en el tugurio una luz cada vez más pálida. Los pequeños no habían rezado todavía su cotidiano Rosario. Jacinta, a pesar de las emociones recibidas, fue la primera en acordarse y ni un momento le pasó por la mente la idea de que las circunstancias y el ambiente le autorizasen para considerarse dispensada de aquella obligación.

Sus ojos habían tropezado con un gancho de hierro clavado en medio de una pared desnuda; se quitó del cuello la medalla de la cual no se separaba ni de día ni de noche y, presentándola al hercúleo hombrachón, le dijo con pueril e irresistible confianza.

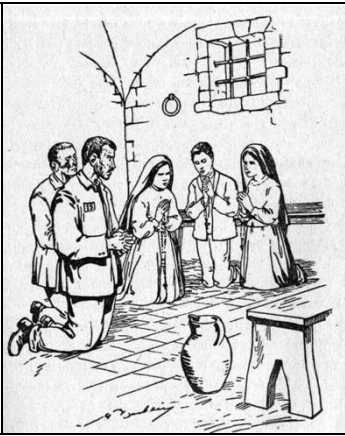
— ¿Quiere colgarla allá arriba? Yo no llego...

El hombrachón, bondadosamente, sin decir palabra obedeció; y los tres niños, del mismo modo que solían hacerlo en pleno campo, junto al pozo o en el pequeño aposento de sus casas, se arrodillaron para rezar el Rosario. Al cabo de unos instantes todos los presos estaban arrodillados con ellos, a los pies de aquella medalla que apenas se distinguía, y mezclaban sus roncas voces con las límpidas de los inocentes en el rezo del Avemaría...

¡Oh, si el anticlerical alcalde de Villanueva hubiera tenido la feliz idea de espiar por el ojo de la cerradura!...

Poco después, el guardián vino a llamar a los pequeños acusados. Con ellos veían los detenidos, alejarse el refulgente rayo de luz que los había tan suavemente envuelto, y experimentaban profunda amargura; pero al mismo tiempo se gozaron de su liberación y los

felicitaron con sincera efusión. Los niños, naturalmente, estaban radiantes. Sin embargo, una prueba más dura les esperaba todavía.



**Al cabo de unos instantes todos los presos estaban arrodillados con ellos...**

El alcalde los sometió a un nuevo interrogatorio, aún más torturador que el anterior; hasta que, viéndolos irreductibles, decidió recurrir a un expediente extremadamente terrorífico.

Golpeó furiosamente la mesa con los puños, se puso de pie, fuera de sí y mandó a uno de los guardias que estaban presentes.

— Llévalos a la habitación de al lado; y mientras tanto prepara una caldera de aceite hirviendo; los freiremos vivos.

Un adulto no hubiese por menos de soltar una carcajada: porque un alcalde podrá ser tan fiero como quiera; pero antes de freír a tres niños... No es tan fácil freír cristianos como salmonetes...

Pero pongámonos en el caso de los tres pastorcillos de siete a diez años, que jamás han salido de su casa si no es para ir al monte con las ovejas, que han vivido, como quien dice, fuera del mundo, sin una idea ni siquiera aproximada de lo que una autoridad puede o es capaz de hacer, y poco nos costará comprender que en la nueva cárcel y bajo aquella amenaza, debieron los pobres pequeños pasar momentos de verdadero terror. La estancia oscura y la cárcel, por mucho pavor que infundan, no son lo mismo que una caldera de aceite hirviendo.

Están allí temblando, llorando, tratando de consolarse mutuamente todo lo que pueden, cuando se abre la puerta y el alcalde en persona llama a Jacinta:

— Ven aquí tú; si no hablas, serás la primera en ser cocida y frita como una pescadilla.



Ven aquí tú; si no  
hablas, serás la  
primera en ser  
cocida y frita como  
una pescadilla.

Ella obedece; y al separarse de sus compañeros (¡cosa admirable!) tiene valor para murmurarles al oído:

— ¡No diré nada!

Y por más que el alcalde dijo y amenazó, fue en vano; de suerte que tuvo que resignarse a hacerla encerrar en otra habitación en espera de que... hirviese el aceite.

Mientras tenía lugar el interrogatorio de la más pequeña, Francisco, completamente sereno, hablaba así:

— Si nos matan, como dicen, dentro de poco estaremos en el cielo. ¡Qué gozo! Morir... nada me importa... Quiera Dios que Jacinta no tenga miedo; voy a decir un Avemaría por ella.

Y comenzó a rezar. No había aún terminado, cuando se abrió la puerta; era otra vez el alcalde que, con voz de trueno, dijo:

— La otra ya está arreglada; ahora tú. Fuera secretos.

— Yo — respondió Francisco — no puedo decirlo a nadie.

— ¿No? ¡Entonces veremos! ¡Sígueme!

Y agarrándolo por el brazo, lo arrastró consigo.

— También con éste, caricias, promesas, amenazas, la amenaza terrible... no consiguió nada y el niño fue encerrado en la estancia donde con estupor y gozo indecible pudo ver de nuevo a su hermanita, muy agitada pero viva, nada de frita.

Ahora tocaba el turno a Lucía; también ella estaba convencida de que el alcalde hablaba en serio y que ya no había salvación posible; pero (como confesará más tarde) no tenía miedo. Se encomendaba a la Virgen...

Si valientes habían sido Jacinta y Francisco, figurémonos si lo fue y cómo Lucía. Firme como una roca que ni siquiera se mueve a los embates de la tormenta. Y también ella fue metida en la presunta sartén, donde se encontraron otra vez los tres sanos y salvos.

¡Qué alegría después de tanto miedo!... ¿Cómo no pensar que era la Virgen la que los había salvado, premiándoles la fidelidad a sus órdenes, y cómo no sentirse felices de haber obedecido al Cielo antes que a los hombres? No tenían hambre, ni sueño, ni nada; experimentaban únicamente una gran paz en el alma y una gran fuerza que la prueba había acrecentado. El miedo había quedado ahogado en aquel mar de alegría y ya nadie podría ponerlo otra vez a flote.

Al día siguiente, fiesta de la Asunción — la fiesta que celebra por decirlo así el compendio y el epílogo de todas las prerrogativas y virtudes de la Toda Santa —, hubo de parte del celoso señor D'Oliveira una última tentativa, completamente fracasada como las demás.

Tuvo entonces que reconocer (¡ya era hora!) haber perdido la partida, y, al menos para guardar las apariencias, reconducirlos allí donde les había prendido tan engañosamente, es decir, a la casa parroquial de Fátima.

Nos parece extraño que el Sr. D'Oliveira, tan mal prevenido contra las apariciones de la Cuenca de Iría, al comprobar personalmente la heroica firmeza de los protagonistas, no se hubiese hecho a sí mismo una pregunta que el más ciego se hubiera hecho: «¿De dónde sacan una fuerza tan invencible, un valor tan heroico, una serenidad tan admirable, tres niños que seguramente tendrían miedo de una ardilla escondida en un matorral?»

Si se hubiese formulado esta pregunta, se habría visto obligado, bien a su pesar, a mudar de opinión respecto a las pretendidas maquinaciones clericales; y seguramente por esto no quiso dar oídos al buen sentido. Prueba de que cuando uno se pone deliberadamente contra Dios, quiere voluntariamente perderse; y el Señor, para... darle gusto le quita el entendimiento.



## El perfume de la Virgen

Los libertados de la cárcel fueron acogidos por sus respectivas familias con abrazos, besos y lágrimas de alegría.

¡No era verdad que no se hubiesen preocupado de ellos!...

La señora Marto, el día antes, había enviado a Villanueva a uno de sus hijos mayores para tener noticias, y éste había vuelto refiriendo cuanto en el Ayuntamiento le habían dicho: «que estuviesen tranquilos, que los niños estaban bien tratados y no les faltaba nada»; y aunque estas palabras les habían tranquilizado algo, no por esto habían recobrado del todo la paz. Una madre constreñida a acostarse sabiendo que dos hijitos suyos —uno de siete y otro de ocho años— están fuera de casa, en poder de un fanático, no puede dormir muy tranquila.

La madre de Lucía, al menos en apariencia, se había mostrado más firme, conforme a su carácter y a sus puntos de vista.

— Si lo que ella afirma — había dicho — es falso, ahora recibe el merecido castigo: si es verdadero, la Virgen la defenderá...

Y no argumentaba mal; pero no pensemos que, en el interior de su corazón, no le producía todo aquello profunda pena.

Ahora que los niños aparecían sanos y salvos, sin señal alguna de haber sido maltratados y con cierto aire de triunfadores, todos estaban contentos y escuchaban conmovidos cuanto aquellos relataban con ingenua simplicidad...

Sin embargo, en lo más recóndito del alma de los videntes había clavada una espina: la de no haber podido ver a la Virgen y tener que esperar todo un mes antes de contemplar su divino rostro.

Por prudencia, callaban esta pena a todos, pero entre ellos era el tema favorito de todas sus conversaciones:

— ¡Un mes!... ¡Qué largo es un mes!... ¡Cuán hermoso sería dormirse y no despertar hasta la víspera de aquel día feliz!...

Pero no tuvieron que esperar tanto tiempo. Su comportamiento merecía un premio y lo tuvieron.

El domingo, 19 de agosto, Lucía Francisco y Juan su hermano mayor, estaban apacentando el rebaño en un paraje llamado Valínhos

(pequeños valles), cerca de Aljustrel. De repente advirtieron que la luz del sol, ya muy brillante se apagaba como había sucedido en la Cuenca de Iría durante las apariciones, y Lucía vio el acostumbrado relámpago, precursor de la llegada de la celestial Señora. Segurísima de que la Virgen iba a aparecer en seguida, «corre —dice a Juan—, ve a llamar a Jacinta; ¡pronto!» Va, y en un abrir y cerrar de ojos estaba de nuevo allí con su hermanita.

Lucía, que entre tanto ha visto el segundo rayo, exclama: — ¡Está aquí! ¡Está aquí!

Efectivamente, al cabo de unos momentos la ven sobre un árbol semejante al de la Cuenca de Iría, pero mucho más alto.

Según la referencia dada por los mismos videntes, la Virgen en primer lugar se quejó de quien les había impedido ir a la «Cova» el día por Ella señalado, añadiendo que por causa de esto el milagro prometido para el mes de octubre sería menos estrepitoso. Los exhortó de nuevo a rezar el Rosario y a acudir a la «Cova da Iría» los dos meses siguientes en el día y hora fijados, en fin, respondió amablemente a algunas preguntas de Lucía...

Esta quería saber cómo debían ser empleadas las ofrendas que los fieles habían depositado al pie de la pequeña carrasca, considerada ya como sagrada, y Ella respondió que se empleasen en la adquisición de dos pequeños tronos portátiles, como los que suelen usarse para recoger las ofrendas en las procesiones, que llevarían uno Lucía y Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco, el otro Francisco con tres jovencitos de la misma edad, ataviados con un manto blanco. El resto, para la fiesta del Rosario y para la construcción de una Capilla.

Le pidió también la curación de algunos enfermos que le habían sido recomendados, y la Señora contestó que algunos de ellos curarían dentro de aquel año. Pero no pareció dar a esto mucha importancia; en lo que más insistió fue en exhortarles a la práctica de la oración:

— Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, porque muchas almas van al infierno por no tener quien se sacrifique y rece por ellas.

La visión duró como de ordinario y fue reservada, también esta vez, a los tres confidentes. Juan vio solamente que los tres niños se arrodillaban, oyó cuanto dijo Lucía y, cuando ésta exclamó: «Mira, ya se marcha, mira, Jacinta», oyó como una explosión de cohete. Y nada más.



Rezad, rezad mucho y  
haced sacrificios por los  
pecadores, porque  
muchas almas van al  
infierno por no tener  
quien se sacrifique y rece  
por ellas.

( 19 de agosto )

Los videntes, que, a diferencia del público indiscreto, se habían abstenido siempre de arrancar flores y hojas de la carrasca de la «Cova da Iría», en esta ocasión no dudaron en arrancar la rama en que habían descansado los pies inmaculados de la Aparición, para llevársela a casa.

Cuando llegaron, la tía de Jacinta y Francisco estaba en la puerta conversando con conocidos.

— Tía —gritó la pequeña apenas la vio, agitando alegremente la rama—, hemos visto a la Virgen otra vez.

— ¡Cuántas historias! —interrumpió aquélla bruscamente—. No hacéis otra cosa que ver a la Virgen; ¡qué impostores, sois! ¿No estáis satisfechos todavía de la lección que os ha dado el alcalde?

— ¡Pero si la hemos visto! —insistió Jacinta—. Oye, tía, tenía un pie aquí y el otro aquí —y le mostraba el ramito cuyas hojas aparecían torcidas casi en ángulo recto, como si en verdad algo hubiese descansado en ellas ligeramente, pero un buen rato.

— ¡Embusteros!... Dejadme ver.

Apenas doña María Rosa tuvo el ramito en las manos, todos los presentes sintieron cómo de él se desprendía un extraño perfume realmente encantador.

Este fenómeno impresionó profundamente a la mujer, hasta entonces tan obstinada en su incredulidad, y la dejó algo pensativa.

Desde aquel momento, en efecto, dejó de molestar a Lucía y no permitió que nadie la mortificara.

Solía decir: «No sabemos lo que hay de verdad; pero menos todavía podemos demostrar que sea falso; en ciertas cosas es

necesario prudencia, y, sobre todo, no burlarnos de ellas porque... están de por medio los Santos y alguna cosa más».

En suma, comenzó a portarse con prudencia en el asunto, gracias a lo que podríamos llamar un aviso del Cielo.

¿Y cómo explicarnos que la Aparición hubiese advertido que el milagro prometido para el mes de octubre sería menos ruidoso, cuando parecía precisamente más necesario que fuese más patente y tal, que destruyese toda malignidad y toda tentativa de tergiversar los acontecimientos?

No olvidemos aquello que dice el Evangelio: A quien tiene, se le dará; a quien no tiene, aun aquello que tiene, se le quitará».

Entiéndase: «A quien no tiene, por culpa suya»

Doña María Rosa no tenía... no creía en las Apariciones, pero estaba en buena fe; y a ella, como a todos los que se encuentren en las mismas condiciones de espíritu, les será concedido un prodigio que, aunque menos ruidoso que el prometido en un principio, será suficiente... para abrirles los ojos del alma.

El alcalde de Villanueva no estaba en buena fe; no tenía fe porque no la quería tener. Por esto, a él —prototipo de los que nada tienen voluntariamente y por ende culpables— y a todos sus semejantes, al manifestarse el prodigio, les será negado aquel algo que acaso les habría servido para doblegarlos, pero de lo cual se han hecho indignos ofendiendo y disgustando a la Verdad y a la Bondad divinas con la estúpida vanidad de su miseria espiritual.

Dios se ha negado siempre a dar las cosas sagradas a los perros.

Y... ¡desgraciado quien se hace perro!

## Ceñidos los lomos

Lo que podríamos llamar «el santo y seña» de la celestial Señora quedaba definido en estas palabras: «Haced sacrificios por los pecadores». Y podemos decir que desde hacía algunos meses los videntes se habían ingeniado por ejecutarlo con ritmo siempre creciente, sin hacerse jamás ilusiones de que cuanto hacían fuese suficiente.

Ayunaban con frecuencia; no pocas veces se condenaban voluntariamente no sólo a no comer, sino a pasar todo el día sin beber; y tampoco estaban satisfechos todavía.

Un día Jacinta, al arrancar unas flores, había tocado inadvertidamente las ortigas de que estaban rodeadas y había sentido una violenta punzada. «¡Mira —había exclamado en el acto— otra cosa con que nos podemos mortificar!» Y había invitado a sus compañeros a imitarla, o sea, a restregar valientemente la planta entre sus manos.

Pocos días después de la cuarta aparición, es decir, hacia últimos de agosto, caminando hacia el monte, encontraron una cuerda en medio del camino, Lucía la recogió y, jugueteando, se la enroscó en el brazo y apretó fuerte. Al ver que le producía dolor, dijo a los primitos:

— ¿Sabéis que hace daño?... Podríamos atárnosla a la cintura y ofrecer este sacrificio al Señor.

Francisco y Jacinta no tuvieron nada que objetar. Con una piedra afilada partieron la cuerda en tres, y cada uno se la ciñó a la cintura sobre la desnuda carne.

«Ya sea por su grosor y tosquedad —escribe Lucía—, ya porque a veces apretábamos demasiado, este instrumento de penitencia nos hacía padecer horriblemente, tanto que Jacinta con frecuencia no podía reprimir las lágrimas. No obstante, si se le aconsejaba que se la quitase, respondía al momento:

— ¡No! Quiero ofrecer este sacrificio al Señor en reparación de las ofensas que recibe y por la conversión de los pecadores.

¿A quién causará esto asombro? Los anacoretas, los penitentes, los confesores, las vírgenes, en una palabra, los Santos de todos los tiempos echaron mano de estos o semejantes medios de penitencia; pero, las más de las veces, para dominar mejor los propios instintos o para castigar en el propio cuerpo la fiera indómita de las pasiones.

Aquí, en cambio, nos hallamos en el caso de tres inocentes en cuyo interior no ruge todavía la fiera; tienen los miembros castos como el alma, penetrados por una luz sobrenatural; no obstante los atormentan y los castigan, únicamente para castigar en ellos los miembros ajenos convertidos en instrumento de pecado. ¡Indudablemente nos hallamos en el reino maravilloso de la gracia!

Se trata de tres simples niños; su instrucción religiosa es modestísima, casi rudimentaria; su formación ascética, absolutamente nula. Su maestra es, pues, exclusivamente la celestial Aparición y la íntima acción del Espíritu Santo.

...Llevaban ya ceñido el basto instrumento de penitencia, cuando Jacinta vio, en una visión, al Papa; quien sufre, a semejanza de Cristo, gime y sangra por la infidelidad y las traiciones de los hombres.

Lo vio en una casa muy grande, arrodillado, con el rostro entre las manos y llorando. Afuera había mucha gente, algunos arrojaban piedras, otros lanzaban imprecaciones y decían palabras muy feas...

Lo vio también en una iglesia orando a los pies del Inmaculado Corazón de María, mientras afuera, la calle, los caminos y los campos estaban llenos de gente que lloraba de hambre y no tenía nada para comer.

Lo veía como realmente era, es y será, hasta que el rebaño, tercamente rebelde y disperso, se decida a volver dócilmente al aprisco.

«¡Pobre Santo Padre!...» También él lleva sobre la carne viva un asperísimo cilicio.

Y la niña quería de alguna manera consolar al Papa, ofreciendo sus sufrimientos por él.

...Las visitas, entrevistas e interrogatorios que habían comenzado a continuación de la primera aparición, se hacían cada vez más numerosos, insistentes y molestos. En Aljustrel había un continuo llegar de coches y vehículos de todas clases con gente de toda condición que preguntaban por los videntes y querían a toda costa hablar con ellos.

Eran curiosos que querían conocer a los tres *fenómenos* y oír de labios de ellos la increíble historia; malintencionados deseosos de encontrar en su rostro, en su porte, en sus palabras, algo que contribuyese a poderlos calificar de visionarios o algo peor; periodistas, «enviados especiales», llegados para escribir el artículo de fondo sobre el tema del día; eclesiásticos encargados de explorar el terreno y suministrar a sus superiores datos los más satisfactorios posibles sobre los hechos y las personas complicadas en el extraño asunto; creyentes al cien por cien, los cuales, convencidos de la veracidad de cuanto se decía, necesitaban confiar a los preferidos de la Madre divina, deseos, necesidades, anhelos y esperanzas; autoridades civiles y sus agentes, preocupados por el incremento que tomaban las cosas y decididos a parar cualquier golpe, haciéndolo fracasar con una oportuna intervención...

Los niños estaban aturridos. Cuando podían, se sustraían a los largos y tendenciosos interrogatorios, escapándose, escondiéndose, eludiéndolos no pocas veces con cierta astucia; pero en general se veían constreñidos a aguantados y con frecuencia no podían ni siquiera atender al rebaño; tanta era la multitud e insistencia de los visitantes.

Un día se presentaron tres señores que les sometieron a un verdadero interrogatorio policiaco. Insistían mucho en aquel secreto y parecía querían saberlo a toda costa. Los niños se mantuvieron firmes. ¿Qué podía importar a aquellos caballeros lo que la Virgen les había —exclusivamente a los pequeños— confiado? Desde el momento en que todo —el aspecto, el tono, la mirada, el mal disimulado cinismo— los denunciaba como personas muy lejos de pertenecer a la categoría de los devotos, ¿por qué demostraban tanto interés por una cosa en la cual no estaban dispuestos a creer?

El caso es que también éstos tuvieron que marcharse con el rabo entre las piernas,

Pero advirtieron al marchar, rechinando los dientes: «Pensadlo bien y decidíos, porque el señor Administrador está dispuesto a pegaros un tiro, si conviene.»

Tres hombres, mejor diríamos tres bravucones. Y Jacinta —una niña de siete años— les lanzó al rostro una respuesta que debía haberlos hecho postrarse en tierra o huir confundidos y avergonzados; una respuesta que de todos modos debió hacerles palidecer: — ¿Y qué? ¡Quiero tanto a Jesús y a la Virgen!... Así nos iremos más pronto con ellos.

Había bastante para ellos y para todos los administradores más o menos feroces de este mundo, los cuales deben convencerse que contra la fuerza de Dios no hay nada que hacer, aun cuando ésta se encuentre oculta en unos delicados niños. Acaso entonces da muestras de más vigor y es mayor la confusión de los «fuertes» de esta tierra.

Algo, sin embargo, consiguieron los emisarios del alcalde de Villanueva, y fue atemorizar a los padres de los videntes.

¿Quién les aseguraba que aquél hombre sin escrúpulos no fuese capaz de cualquier disparate?

Muchos en la comarca le temían; había quien aseguraba, por saberlo de muy buena tinta, que aquel hombre era un bruto. Luego... antes de sufrir su brutalidad, mejor era temerle, no fuera que después tuvieran que lamentarse cuando no hubiese remedio.

Los Martos y los Dos Santos se reunieron en consejo y tomaron la determinación de enviar durante algún tiempo a los tres niños a casa de algún pariente, a pueblos dependientes de otros distritos administrativos, donde el alcalde de Villanueva no tuviese ninguna jurisdicción.

Los niños, no obstante, contrariamente a lo que se suponía, cuando les fue comunicado este proyecto, lo rechazaron sin rodeos.

— Pero, ¿no veis que van a mataros? —gritaban consternados y coléricos los padres.

— Si nos matan —respondieron los tres a una voz— ¡tanto mejor! Iremos más pronto al paraíso.

El oculto cilicio que martirizaba sus carnes inocentes era la coraza dentro de la cuál se sentían invulnerables.



## Lluvia de flores

Al pasar un día junto a un ciego de nacimiento, preguntaron los discípulos al Divino Maestro:

— ¿Por qué ha nacido así? ¿Quién ha pecado, él o sus padres?

Jesús respondió:

— Ha nacido así para que se manifestasen en él las obras de Dios.

Si hubieseis dicho al alcalde de Villanueva que ciertos ciegos, incluso los que lo son por propia voluntad, no hacen más que dar gloria a Dios, contribuyendo a manifestar mejor sus obras, no os hubiese creído; y sin embargo, es así. Su obstinada ceguera servía para que... los otros viesen mejor.

En efecto, la gente que todavía dudaba o desconfiaba; comenzó a razonar: «¿Cómo era posible que demostraran una constancia y un valor tan heroicos sin una intervención sobrenatural? ¿Cuándo se ha visto que tres niños encuentren en sí mismos fuerza para afrontar sin el más ligero temblor terroríficas amenazas de muerte?» Luego no había que dudar de su sinceridad, y el señor D'Oliveira no ganó otra cosa que cobrar fama de mandón y hacerse más odioso a todos.

En esta atmósfera de fe y devoto entusiasmo siempre crecientes, proporcionados a la aureola del heroísmo que circundaba a los videntes y que se acrecentaba de día en día, llegó el 13 de septiembre, día señalado para la quinta aparición.

Fácil es imaginarse con qué desbordamiento se volcó aquel día la multitud en la Cuenca de Iría.

Las carreteras, los caminos, los senderos, ofrecían un espectáculo pintoresco e impresionante; mas así como las otras veces no faltaba al espectáculo algún que otro despreocupado y profano que mal se conformaba con la seriedad de la escena, esta vez se trataba de una verdadera peregrinación digna de este nombre, cuya sola vista hacía llorar de emoción.

No se oían más que cánticos sagrados y continuas plegarias, y a medida que la comitiva iba llegando a la Cuenca, todos se acercaban al lugar de las apariciones con profundo respeto; los hombres se

descubrían la cabeza, casi todos se arrodillaban y oraban fervorosamente... Una auténtica manifestación solemne de fe.

Los privilegiados niños llegaron poco antes del mediodía, después de un viaje que —guardando las debidas proporciones— semejaba los viajes de Jesús en las tierras de Palestina.

La multitud los rodeaba, los apretujaba de todos lados; todos les querían hablar; muchos, llegados delante de ellos, caían de rodillas sin respeto humano, rogándoles que presentasen sus necesidades a la Virgen. Los que no podían abrirse paso entre la turba gritaban desde lejos —hasta desde los árboles a donde habían subido para verlos—: «Por amor de Dios, pedid a Nuestra Señora que cure a mi hijo que está lisiado... Que cure también al mío que está ciego... También al mío que está enfermo...» Y otros: «Que haga volver a mi hijo... a mi marido que está en el frente... Que convierta al mío que es un pecador...»

Y ellos prometiendo, haciendo signos afirmativos a diestra y siniestra, pudiendo a duras penas seguir adelante, gracias a algunos señores que gustosamente y con mucho trabajo les abrían paso...

Llegados por fin cabe la carrasca, Lucía ordenó a los presentes que rezaran.

Solamente oyeron su voz los más cercanos y obedecieron al acto; siguiendo el ejemplo de éstos, los más distantes, también se arrodillaron... En un momento, las veinte mil, y acaso más, personas que se calcula llenaban en aquel momento la Cuenca, cayeron de rodillas, quien llorando y rezando, quien implorando a gritos, todos temblando de emoción, llenos de fe en la maternal protección de la Reina de los Cielos...

La ingente muchedumbre seguía en esta actitud; su estremecimiento y ansias electrizaraban el ambiente, cuando Lucía radiante exclamó:

- ¡Vedla ahí, vedla ahí que viene!
- ¡Vedla ahí que viene! — repitieron los más próximos.
- Ya viene —contestaron haciendo eco los más apartados.

Los rumores cesaron; la multitud parecía que estuviese petrificada.

Y he aquí que el sol amortigua su luz, y un globo luminoso se mueve de oriente hacia occidente, alejándose lenta y majestuosamente en el espacio. El cielo es límpido, ni una sola nube lo empaña, sólo aquel globo lo surca, soberano...

La multitud apenas respira, los videntes están ya arrebatados en la Visión. Y la Visión habla, de un modo que solamente éstos oyen, como siempre.

— «Es preciso perseverar en el rezo del Rosario para alcanzar el fin de la guerra. Volveré en octubre con San José y el niño Jesús. Acudan allá sin falta el día 13 del mes siguiente».

Ahora habla Lucía con los párpados sumergidos en la divina luz.

Muchos le han pedido que encomiende a la Virgen sus enfermos; ¿curarán?

— Algunos sí, otros no, porque el Señor no se fía de estos últimos.

(Evidentemente porque no todos estaban bien dispuestos o porque para algunos el sacrificio sería más saludable que la curación, a los efectos de su eterna salvación que es, en definitiva, lo que cuenta).

La vidente tiene otra cosa importante que exponer: «El pueblo desearía aquí una capilla»; a este objeto ha hecho ya algunas ofrendas...

La Señora accede; «la mitad del dinero recogido podrá servir para los primeros gastos de la construcción»; consiente, pues, en que la Cuenca de Iría sea considerada y reconocida como lugar sagrado.

Naturalmente, la multitud no oía la voz misteriosa y los más cercanos podían solamente comprobar que Lucía conversaba con un ser invisible; pero todos, próximos y lejanos, durante el misterioso coloquio, habían observado, extáticos, cómo la atmósfera se teñía de un color amarillento y un nimbo blanco circundaba la carrasca y envolvía en su halo a los videntes.

Cuando luego Lucía, saliendo de su arrobamiento, dijo: «Ya se marcha», muchos vieron otra vez el globo luminoso que se había disipado, ascender despacio en dirección del sol, entre una lluvia (por todos gozada) de pétalos blancos, tenues como copos de nieve, que se desvanecían antes de llegar al suelo.

La Virgen volvía a su trono y los ángeles sembraban de flores celestiales su ascensional camino.

Poco después, la Cuenca de Iría comenzaba a despoblarse y otra vez rebosaban de gente las carreteras y los caminos, por los cuales miles y miles de voces distintas repetían hasta enronquecer en un solo grito: «¡Era la Virgen!... ¡Era la Virgen!»

...Por uno de estos senderos —probablemente por el menos frecuentado para evitar que se repitiera el asedio de la mañana— volvieron nuestros niños a casa, en compañía de sus padres, que los habían seguido, azorados y temblorosos.

En su rostro brillaba todavía el reflejo del nimbo luminoso en que habían sido sumergidos, pero aparecían pálidos y fatigados.

Habían perdido algo de sus habituales buenos colores; acaso tantas emociones, todas aquellas visitas, aquel continuo ajeteo perjudicaban la salud de los pequeños...

Por esto, al llegar a casa se les aconsejó acostarse antes de la hora acostumbrada y ellos obedecieron.

Cada uno, solo en su aposento, desnudo como una celda y devoto como un santuario, se entregó unos momentos a la oración... luego comenzó a desnudarse... y con gesto devotamente piadoso se quitó de la cintura el cilicio y lo depositó en la rústica silla de junco...

Desde que voluntariamente se lo habían ceñido, ahora era la primera vez que —no voluntariamente— se lo quitaban los tres.

¿Y por qué?

La Aparición precisamente aquel día había dicho con una bondad muy particular:

— Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda ceñida. Llevadla solamente durante el día.

...Y ellos obedecían con aquella dócil gracia que es exclusiva de la inocencia.

**Dios está contento con vuestros sacrificios...**



**( 13 de septiembre )**

## El Vizconde de Montelo

Entre tantos personajes conocidos e desconocidos, creyentes o curiosos, bien dispuestos o malévolos que querían ver e interrogar a los videntes, numerosos hasta el punto de hacerles imposible la guarda del rebaño e inducir a la madre de Lucía a vender, sin pensarlo un momento, las ovejas, el 14 de septiembre de 1917 compareció en Aljustrel uno a quien había que tratar con respeto.

Era un piadoso y docto sacerdote, profesor de teología en el Seminario Patriarcal, el cual venía por orden expresa de la Autoridad eclesiástica a investigar y estudiar los hechos y que luego vendrá a ser el historiador de Fátima con el pseudónimo de «Vizconde de Montelo».

El Vizconde se personó en casa de Lucía, llamó a doña María Rosa y, con mucha cortesía, solicitó una entrevista con los pequeños.

Lucía había ido a vendimiar; la viña estaba unos veinte minutos y había que mandar a llamarla.

Jacinta y Francisco volvían entonces del campo y, al saber que eran esperados por un tan importante personaje en casa de su prima, se llegaron allí al instante.

Jacinta llegó la primera; el reportero la retrata así, en pocos pero expresivos trazos: «Bastante desarrollada para su edad, rasgos regulares, color moreno, modestamente vestida, con una saya que le llega casi hasta los tobillos. Visiblemente sana de cuerpo y alma».

La presencia del desconocido personaje le produjo seria turbación, como sucede a todos los niños habituados a vivir casi fuera del mundo, y a las preguntas que le fueron dirigidas no acertó a responder sino con monosílabos, con voz casi imperceptible y con cierta esquizofrenia.

Por fortuna, llegó también Francisco que la sacó del apuro.

El muchacho entró con el gorro en la cabeza, no entendió que le hacían señas que se lo quitara y, sin tantos cumplimientos, se sentó, dispuesto a responder al Sacerdote tan afablemente paternal.

Y respondió en verdad de una manera conveniente.

«Había visto a la Virgen: la había visto en la Cuenca de Iría sobre la cima de una carrasca, llegando de la parte por donde sale el sol; pero él no comprendía nada de lo que decía porque hablaba siempre sólo con Lucía; él sólo la miraba... ¿Cómo iba vestida?... Con una túnica blanca, larga, y encima de ella un manto, también blanco, que le cubría la cabeza

y le bajaba hasta los pies. Estaba con las manos juntas y en ellas llevaba un rosario.

¿Si era hermosa?... «Más hermosa que ninguna persona en el mundo. Sólo que siempre se la notaba un poco triste...»

Entre tanto, Jacinta había salido a la calle, y para... no perder tiempo, se había puesto a jugar con otras niñas de la misma edad. La llamaron y vino corriendo. Esta vez se mostró más expedita que poco antes y respondió a las preguntas con desenvoltura y exactitud, confirmando plenamente cuanto había dicho su hermano. Se aturdió un poco al precisar en qué mano llevaba la Aparición el Santo Rosario, no acertando a orientarse con su posición y la de sus manos. Cosa muy común en los niños.

Habiéndole preguntado qué era lo que con más insistencia había recomendado la Virgen a Lucía, respondió: «Rezar el Rosario todos los días». Y añadió que ella lo rezaba todos los días junto con su hermano y su prima.

Al cabo de media hora llegó Lucía. Alta, desarrollada, robusta, llena de salud, se presentó con naturalidad, sin estudiados modales; y, aunque aburrida de tanto diario interrogatorio, se prestó con la mayor gracia del mundo a la entrevista con el «Vizconde de Montelo».

Confirmó, casi diríamos al pie de la letra, cuanto sus primos habían dicho. Pero como principal protagonista, podía dar muchos y más claros detalles; y los dio sin rodeo a medida que le iba preguntando.

«El relámpago de que tanto se venía hablando, según ella, no era propiamente un relámpago, sino más bien el resplandor de una luz que se acercaba poco a poco; la Señora aparecía, no llegaba y al marcharse tomaba la dirección del Cielo hacia la parte por donde sale el sol. Miedo, lo tuvo sólo la primera vez; pero Aquélla le había dicho que no temiera... Yo le había preguntado luego de dónde venía, y Ella había respondido: *Del Cielo*; así, sin más».

— ¿Por qué algunas veces durante la aparición bajaba los ojos?

Porque en ciertos momentos le deslumbraba la vista.

— ¿Qué cosa aconsejaba?...

El rezo cotidiano del Rosario por la paz del mundo y por los pecadores; les había enseñado también una oración especial que debían rezar después de cada misterio: ¡«Oh Jesús mío, perdona nuestras culpas!...» Había también sugerido que emplearan parte de las ofrendas de los fieles en la construcción de una capilla... Había prometido un gran milagro para el 13 de octubre... Había dicho que en esta ocasión vendría con San José y el Niño Jesús... ¿Qué había de verdad en todo esto?... Lucía fue lacónica; así había dicho la Virgen que se le construyese una

capilla, que obraría un gran prodigio, que la última vez vendría acompañada de su casto Esposo y de su Divino Hijo. Nada de patrañas: era todo verdad.

Mas al «Vizconde» le importaba mucho saber toda la verdad acerca del pretendido secreto, y por eso afrontó la cuestión sin ambages:

— ¿Es verdad que te ha confiado un secreto con la expresa prohibición de revelarlo?

— Es verdad — respondió Lucía.

¿Hace referencia a ti sola o también a tus compañeros?

— Se refiere a los tres.

— ¿No podrías, por lo menos, revelarlo a tu confesor?

A esta pregunta calló la niña, embarazada, perpleja, ya que (como dirá ella misma algunos años después) se sentía obligada a considerar como secreto otras cosas que en realidad no le había sido prohibido decirlas.

Afortunadamente, el «Vizconde» no insistió y pasó a otra cosa:

— Se dice que, para sustraerte a las enojosas preguntas del Administrador, que quería conocer el secreto, le has contado algo que no era verdad, engañándole y jactándote de ello. ¿Es verdad eso?

— Es falso. No le he manifestado el secreto, porque no podía; a excepción de esto, le he contado todo cuanto la Virgen me ha dicho; pero no le he engañado.

— ¿Es verdad que la Virgen te ha ordenado que aprendas a leer?

— Sí, la segunda vez que se me apareció.

— Pero si te ha dicho que pronto te llevará al Cielo, ¿qué te servirá aprender a leer?

— No es verdad que la Señora me haya dicho esto, ni jamás he pensado en afirmarlo.

En efecto, como dijimos anteriormente, la primera parte del secreto concerniente al porvenir de los videntes, manifestado por la Virgen en la segunda aparición y revelado por Lucía misma, después de obtener la autorización divina, el 17 de diciembre de 1927, rezaba así: «Jacinta y Francisco vendrán pronto conmigo. Tú, empero, debes permanecer aquí abajo durante más tiempo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar».

La vidente, pues, sabía muy bien lo que decía y lo que debía decir.

Por el momento, el «Vizconde de Montelo» no tenía otra cosa que preguntar y se marchó satisfecho. Pero se comprende que debió referir a quién debía el resultado de la entrevista; que las cosas debieron ser discutidas y aclaradas en las altas esferas y que la Autoridad eclesiástica

debió convencerse de la oportunidad de esclarecerlas y profundizarlas todavía más y mejor, pues el docto sacerdote, el día 11 de octubre, estaba de nuevo en Aljustrel, después de haberse detenido en Villanueva en casa de la familia Gonçalves, una de las más respetables de la ciudad, al objeto de obtener informaciones desapasionadas y dignas de crédito acerca de los sucesos, y también acerca de las familias de los videntes, circunstancia esta última que podía pesar y no poco en la valoración de los hechos.

Las noticias obtenidas en aquella fuente eran satisfactorias.

Los padres de Francisco y Jacinta eran, según ellos, muy buenos y profundamente religiosos, apreciados y venerados por todos. El padre — aseguraron los Gonçalves— es el hombre más honrado del país, incapaz de decir una mentira. El padre de Lucía practicaba poco, pero era de sentimientos buenos. La madre, mujer enérgica y resuelta, honrada; religiosa, muy laboriosa. Ambas familias eran más bien acomodadas. Las referencias sobre los videntes no habían sido menos favorables.

«¿Peligro de que se esté representando una comedia? habían dicho, poco más o menos, los señores Gonçalves: «¡Ni en sueños! Es inverosímil. Tres niños sencillos como aquéllos...» El fraude no habría podido sostenerse ni siquiera medio día. Al principio, naturalmente, nadie los creía; nosotros tampoco. ¿Quién cree, de buenas a primeras, semejantes maravillas?... Pero ahora ya casi todos creen, el pueblo en general está persuadido de que dicen la verdad. Basta ver la actividad de la muchedumbre que llena casi todos los días la Cuenca de Iría; nadie va allí ya por curiosidad; es gente que cree; gente que ora... Y nosotros... ¿qué pensamos?... Nosotros estamos más convencidos que nadie...»

Con estos datos no despreciables en su poder, el «Vizconde» llegó a Aljustrel, y se dirigió inmediatamente a la casa de Lucía. Doña María Rosa lo reconoció, lo recibió con gran respeto y condescendió benévolamente a su deseo de hacerle algunas preguntas.

Pero, ¡Dios mío! ¿qué podía decir ella tan perpleja aun entre la esperanza de que la Virgen se apareciese realmente a su hija y el miedo de que pudiese tratarse de una alucinación?... ¡Estaba tan inquieta por todas aquellas visitas que le quitaban la libertad aun en su propia casa... Lo que podía decir con certeza era que la noticia de las apariciones la había sabido antes por los otros niños que por su hija. Lucía se había propuesto no decir nada a nadie, y si los otros no lo hubiesen manifestado, ella habría seguramente callado. ¡Lo que le había costado hacerla hablar!...

Mas, a la verdad, después de las apariciones, la niña no había cambiado nada. Dócil como antes, devota como antes, como antes tranquila y serena... Ella no había notado nada de particular.



El piadoso sacerdote quiso saber si siempre le había dado libertad para ir a la Cuenca de Iría.

Verdaderamente, si escuchara los propios impulsos, se lo habría impedido; pero temiendo contradecir la voluntad de Dios, la había dejado obrar. Un día Jacinta le había traído un ramito donde, según los niños, había puesto la Virgen los pies y aquel ramito exhalaba un olor tan suave...

Ella lo había percibido; y después de haber gustado aquel perfume, ¿iba a prohibir a su hija acudir a las citas de la Virgen?

Más no podía decir. Y concluyó suspirando: «Esperemos que de un modo u otro se llegue a una conclusión clara y precisa, porque yo, entre emociones, sustos, habladurías de la gente y entrevistas, ya no vivo. He tenido que deshacerme del pequeño hato de ganado, porque han puesto a mi niña en la imposibilidad de llevarlo a pacer... Esta es la ganancia que yo he sacado de todo este asunto».

El «Vizconde» la exhortó a dejarse guiar por la Providencia sin impacencias ni desalientos, y llamó a Lucía.

Esta se presentó en seguida.

La interrogó sobre el prodigio que debía tener lugar dentro de dos días.

— ¿No tienes miedo de que se burlen de ti si no sucede nada extraordinario?

— Nada temo, porque la Virgen lo ha prometido.

— ¿En qué sitio quiere la Virgen que se construya la capilla en su honor?

— No lo sé con exactitud, pero creo que quiere que sea en la Cuenca de Iría desde el momento que se ha aparecido allí.

— ¿Sabes leer?

— No, señor.

— ¿No aprendes?

— No.

— ¿Así cumples las ordenes de la Virgen?

Lucía no respondió. No quería culpar a su madre, la cual no le había concedido todavía el permiso de ir a la escuela.

Pasaron a otra cosa.

— Cuando dices a la multitud que se arrodille, ¿es por orden de la Aparición?

— No, soy yo quien lo quiere.

- ¿Qué edad parece tener la Señora?
- Unos quince años.
- ¿Cómo es el resplandor que la rodea?
- Más bello y más brillante que la luz del sol.
- ¿No te ha sonreído nunca?
- No, señor.
- Cuando la ves, ¿te estorban los rumores y gritos de la multitud.
- No, no oigo nada.

Preguntas y respuestas precisas, seguras, categóricas. Después quiso también entrevistarse con Jacinta.

- ¿El secreto ha sido confiado a Lucía únicamente, o también a ti?
- También a mí.
- ¿Cuándo?
- La segunda vez, o sea, el día de San Antonio.
- ¿Este secreto es para haceros ricos?
- ¡No!
- ¿Para ir al cielo?
- ¡Tampoco!
- ¿No puedes, revelármelo?
- No puedo porque la Señora me lo ha prohibido.
- Y si la gente lo conociese, ¿habría motivo para afligirse?
- Sí.
- ¿Has comprendido bien siempre lo que decía la Señora?
- La última vez no lo he comprendido bien todo a causa del ruido que hacía la gente.

(Jacinta, a diferencia de Lucía, advertía el rumor de la multitud y le estorbaba).

En fin, interrogó de nuevo a Francisco, el cual no hizo otra cosa que corroborar lo dicho la vez anterior.

El «Vizconde de Montelo» debió de partir de Aljustrel fuertemente impresionado por la certeza de los tres niños y seguramente diría para sí: «No, eso no se inventa; no es posible una alucinación».

Más tarde, en efecto, escribirá la historia de Fátima, y junto con una documentación formidable e indiscutible, lanzará a la faz del mundo, especialmente de los escépticos y sofistas, el relato literal de aquellas respuestas inconfundibles, cuya verdad brilla límpida y rectilínea como el alma de los tres pastores penetrada por la luz del Espíritu.

## La danza del sol

Se acercaba el 13 de octubre, día en que, según la afirmación de los videntes, se aparecería por última vez en la «Cova da Iría» la Virgen, la cual —como aseguraban ellos haber oído de sus labios— haría un gran milagro, para que todos creyesen.

La singularidad del suceso anunciado, el entusiasmo y la expectación de los peregrinos que habían asistido a las anteriores apariciones y que juraban haber visto cosas maravillosas, la misma publicidad clamorosa suscitada por la prensa liberal y masónica, ya sea para quitar importancia a los sucesos, ya para lanzar descaradamente el descrédito y la ridiculez sobre personas y hechos pasados y futuros, habían acabado por despertar en todo Portugal un interés y un apasionamiento indecibles.

La Cuenca de Iría, los pastores, el milagro habían venido a ser en todas partes tema favorito de todas las conversaciones. Se hablaba de ello en casa, en el campo, en las oficinas, en el café, en la calle... Incluso en los círculos políticos, en las logias, en las oficinas públicas. Puestas en circulación, no se sabe por quién, ciertamente por la envidia de aquellos que no podían ver con buenos ojos el impetuoso emerger del gigantesco torrente de religiosidad que arrastraba detrás de sí a la nación entera, corrían también voces alarmantes.

«Una bomba hará explosión junto a los videntes en el momento de la supuesta aparición y sucederá una carnicería».

«Si no se verifica el prodigio, la pagarán los pastores y todos sus cómplices...»

Todo esto aumentaba la exaltación y ponía en confusión sobre todo a las familias de los videntes, que se preguntaban consternados: «¿Y si luego no acaeciese nada extraordinario?...»

Los señores Marto pensaban dejar ir a los niños solos esperando que la turba no se atrevería a hacerles ningún daño, en cambio, suponían que los padres, caso de estar presentes no escaparían del linchamiento.

La madre de Lucía estaba completamente aturdida y, no pareciéndole prudente seguir el consejo de sus parientes (o dejada ir sola a esconderse con ella en algún lugar remoto), decidió asegurar su alma y la de su hija mediante una buena confesión, y luego, abandonarse en brazos de la Providencia...

En medio de tanto trastorno, los niños —y solamente ellos— continuaban tan tranquilos, como si la cosa no rezara con sus personitas.

Pero, ¿por qué no iba a realizarse el milagro, si la Virgen lo había prometido?

¿Las bombas?... Peor para quien las lanzara. En cuanto a ellos: «¡Oh, qué felicidad poder subir con la Virgen al Paraíso!... »

Razonamiento contra el cual nada puede objetarse, y menos con bombas.

El día 12 comenzó a comparecer gente de todas las regiones; por la tarde las carreteras rebosaban; grupos de peregrinos avanzaban con los pies descalzos y cantando el Rosario; millares y millares de personas se disponían a pasar la noche al aire libre, a pesar, de lo poco propicio del tiempo, con tal de conseguir un «buen sitio» para el día siguiente.

El día 13 amaneció perezoso, gris, melancólico; después de haber llovinado toda la noche, llovía aún; las carreteras y caminos estaban enfangados, la Cuenca de Iría, hecha un verdadero charco, y los que la tarde antes habían ido a ocupar sitio, calados hasta los huesos.

No obstante, bajo un cielo plomizo, el afluir continuaba y se intensificaba hasta lo inverosímil; la gente acudía en automóvil, en tartana, en carro, en bicicleta o en el coche de San Francisco bajo los chorreantes paraguas... Había gente de Oporto, de Coimbra, de Lisboa, y no faltaban los enviados especiales de los periódicos de mayor difusión.

Hasta las once y media, más de sesenta mil personas estaban en la Cuenca, esperando. El anuncio transmitido por la débil voz de tres pastores había tenido una resonancia superior a la de los edictos reales.

Un cuarto de hora antes del mediodía, acompañados de las respectivas madres, excitadas hasta lo indecible, llegaron los videntes, vestidos —esta vez— con traje de fiesta.

— ¡Ahí están! ¡Ahí están! —gritan por todas partes.

La multitud forma respetuosamente hilera a su paso; luego empieza por seguir detrás de ellos, ávida de llegar lo más cerca posible del arbolito fatídico, reducido ya a un simple tronco, despojado de hojas y mutilado de todas sus ramas.

Jacinta, apretada de todos lados, se pone a llorar; los otros dos más grandecitos, para protegerla, la llevan en medio. Lucía se vuelve hacia la riada que la rodea, ondeante y trémula, y da una orden: «Cerrad los paraguas».

Llueve, no queda otro remedio que mojarse; la orden es dada por una niña de diez años que jamás en su vida ha hecho otra cosa que llevar unas ovejas al pasto... Sin embargo, todos obedecen. Y una voz

comienza: «Deus, in adiutorium meum intende». Y sesenta mil voces respondan: «Domine, ad adiuvandum me festina». Ha dado principio el Rosario.

Al punto de mediodía, Lucía, sobre la cual estaban fijas las miradas de todos, hizo un gesto de sorpresa e interrumpiendo el rezo, exclamó: «Ahora se ha visto el relámpago». Luego, mirando a lo alto: «¡Vedla!» «¡Vedla!»

— ¡Por amor de Dios, hija, mira bien! ¡No sea que te engañes!... —iba diciéndole su madre toda temblorosa al acercarse el momento decisivo.

Pero Lucía ya no oía nada; su rostro se había transfigurado, sus labios se volvían blancos, adelgazándose en una sonrisa sobrehumana... Había entrado en éxtasis.

Comenzó el coloquio con la Invisible.

— ¿Quién sois y que queréis de mí?

Soy la Virgen del Rosario y quiero aquí una capilla en mi honor. Continúad rezando el Rosario todos los días. La guerra está a punto de terminar y los soldados no tardarán mucho en volver a sus hogares.

— Tengo que pedir os muchas gracias — añadió Lucía.

— Algunas serán concedidas —respondió la Virgen—; otras, no.

Entre tanto la multitud veía, a intervalos, formarse en torno a los videntes y luego alzarse al aire, a la altura de cinco o seis metros, una nube blanca, como de incienso; y adivinando la presencia de lo sobrenatural, estaba totalmente asombrada.

La Virgen, volviendo al motivo principal de sus apariciones, continuó:

— Es preciso que se enmienden; que pidan perdón de sus pecados.

Después, mientras su divino rostro se cubría de un velo de tristeza más profunda, con voz suplicante, exclamó:

— ¡No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido!

Dicho esto, que era su último aviso y la esencia del mensaje destinado a pasar de generación en generación como el «Mensaje de Fátima», se despidió... Y al despedirse abrió las manos, que se reflejaron en el sol, o como pareció a Francisco y a Jacinta, indicó el sol con el dedo.

Inmediatamente Lucía tradujo en palabras aquel gesto, gritando: «¡Mirad al sol!» Entonces la multitud que llenaba la Cuenca de Iría y otros muchos que habían subido a las alturas colindantes, a cuatro o cinco kilómetros de distancia, mirando hacia lo alto, vieron con sus propios ojos el prometido prodigio.

Vieron cesar de repente la lluvia, rasgarse las nubes, asomarse el sol como un disco de plata y girar vertiginosamente sobre sí mismo,

semejando una rueda de fuego, proyectando en todas direcciones haces de luz de todos los colores, que parecían encender fantásticamente las nubes del cielo, los árboles, las rocas, la tierra, y reverberaban sobre la inmensa multitud deslumbrándola.



Es preciso que se  
enmienden, que pidan  
perdón de sus pecados.

¡No ofendan más a  
Nuestro Señor, que ya está  
muy ofendido!

( 13 de octubre )

Unos momentos de pausa, y luego una nueva danza de luz, como una girándula brillante y riquísima.

Otra pausar y luego, por tercera vez un fuego de artificio más variado, más colorido y más fulgurante que nunca.

La multitud tenía la impresión de que el sol se iba a desprenderse del firmamento y precipitarse sobre ella, incendiándola; y por eso prorrumpió en un grito único de terror y de estupor: «¡Milagro! ¡Milagro!», mientras, como si fuera un sólo hombre cae de rodillas en el barro y gime: «¡Dios mío, misericordia!» «Creo en Dios». «Dios te salve, María...» Y hacia el cielo, fantásticamente encendido, se eleva suplicante y fervoroso, el acto de contrición: «Pésame de todo corazón de haberos ofendido...»

Creyentes e incrédulos, aldeanos y ciudadanos, analfabetos y hombres de ciencia, periodistas y librepensadores, todos han visto; todos han quedado subyugados; todos se ven obligados a confesar que era una «Señal del Cielo».

Y ahora que el cielo ha vuelto a la normalidad y el sol pálido está firme en su puesto, sin amenazar ya precipitarse sobre la tierra, se levantan, se miran uno al otro como despertando de un ensueño, balbuciendo las primeras impresiones, se tocan los vestidos, que pocos momentos antes estaban chorreando agua, y advierten, no sin nuevo estupor, que aquellas luces multicolores los han secado completamente.

«La danza del sol» estaba destinada para la multitud viese; para que viendo creyese y creyendo llevase a los más lejanos, presentes y futuros, junto con la noticia del prodigio, la otra más saludable: la Virgen había

descendido de su solio estrellado para traer a los hombres un Mensaje de misericordia y salvación.

Pero mientras la muchedumbre contemplaba atónita la primera parte de su espectáculo, los privilegiados videntes estaban arrebatados ante lo que se tenía reservado para ellos.

La Virgen ascendía lentamente, envuelta en la fulgurante luz solar, y ellos la seguían extasiados. Cuando ella desapareció en la inmensidad del espacio, al lado del sol apareció, como en un cuadro plástico, la Sagrada Familia.

A la derecha estaba la Virgen vestida de blanco con manto azul, y la faz más luminosa que el sol; a la izquierda, San José, con el Niño Jesús, en actitud de bendecir al mundo con el signo de la Redención.

Desaparecida esta visión, Lucía vio todavía al Señor bendiciendo al pueblo, y a la Virgen bajo el aspecto de Dolorosa primero y del Carmen después.

La Virgen, ejemplo de toda virtud en el seno de la sagrada Familia; la Virgen que participó en la Pasión del Divino Redentor, causada por los pecados de los hombres; la Virgen que tiende su mano maternal a las almas del Purgatorio para llevarlas al gozo eterno... En una palabra, la Reina que el Santo Rosario nos ayuda a honrar y meditar bajo todos sus aspectos de Madre de Dios y Corredentora del género humano.

El último cuadro desapareció cuando, por última vez, el sol teñía con luz prodigiosa el cielo y la tierra, las cosas y los hombres...

**La multitud tenía la impresión de que  
el sol se iba a desprenderse del  
firmamento y precipitarse sobre ella...**



## Fin y principio

Al aturdimiento sucedió muy pronto el entusiasmo; un entusiasmo delirante que se desahogó principalmente sobre los videntes, cuyas predicciones se habían realizado tan exactamente.

Todos querían verlos de nuevo, tocarlos, interrogarlos; setenta mil personas eran muchas para que no resultase excesivo todo aquel apretujarse de gente en derredor de ellos.

Francisco, oliendo lo que se le venía encima, se abrió paso a codazo limpio y consiguió escurrirse de la multitud. Pero Jacinta viéndose abrumada, se puso a llorar, y por fortuna encontró un buen amigo que la tomó en brazos, y la puso a salvo en la carretera, entregándola a sus padres, que la esperaban inquietos.

Lucía —más perseguida por todos— se quedó entre el torbellino, saliendo con los vestidos rotos, sin mantilla y... hasta sin trenzas, pues se las habían cortado los más indiscretos. Y si consiguió salir, fue gracias a un hombre de proporciones casi gigantescas, que cargó con ella a las espaldas y la llevó así, flotando entre un mar de cabezas, hasta que empujado también él por todas partes y no acertando a ver dónde ponía los pies, tropezó en un montón de piedras y cayó, descargando a la niña encima sobre las cabezas de los presentes, que la sostuvieron en el aire...

Por la tarde comenzó a despoblarse la Cuenca; pero muchos se quedaron todavía allí junto a la carrasca, rezando, mientras algunos centenares de curiosos, no del todo satisfechos, siguieron a los niños hasta Aljustrel, donde se entretuvieron hasta altas horas de la noche delante de la casa de los videntes, con el objeto de verlos e interrogarlos nuevamente.

Entre éstos —pero con otro espíritu y con una intención muy distinta— estaba el «Vizconde de Montelo», el cual, precisamente porque sólo buscaba esclarecer la verdad de lo ocurrido, pudo acercárseles, interrogarles uno a uno y completar así sus informaciones.

Lucía confirmó con todo detalle cuanto hemos dicho. Todo lo que habían visto y oído estaba todavía presente en su mente y en su alma.



De nada se había olvidado; ni del color azul del manto de la Virgen cuando se le había aparecido al otro lado del sol con la Sagrada Familia; ni del color encarnado de la túnica de San José y del Niño Jesús; ni de la actitud en que se le había aparecido... ¡Nada! Y no menos segura se mostró al referir lo que la Virgen le había dicho o repetido.

Que era la Virgen del Rosario: que quería en la «Cova da Iría» una capilla a ella consagrada... que quería, sobre todo, *que no se ofendiese más a Nuestro Señor, ya demasiado ofendido, que se rezase el Santo Rosario, que se pidiese perdón de nuestros pecados.*

Esto último era lo que más había recalcado la Virgen.

— ¿Crees que se aparecerá todavía otra vez? — le preguntó el «Vizconde».

— No me ha dicho nada a este respecto —respondió Lucía—, pero yo me hago cuenta de que no volveré a verla.

— Así pues, ¿no tienes intención de volver a la «Cova» el día 13 del mes próximo?

— No, señor.

Todo lo que quería la blanca Señora lo había dicho ya; el prodigio prometido se había realizado; había manifestado quién era; ¿para qué iba a volver?

La pequeña Jacinta corroboró cuanto había afirmado su prima.

También ella había visto cerca del sol a la Virgen con San José, que tenía en brazos al Niño Jesús; un niño pequeñín, añadió para explicarse mejor, como la Dolinda de José das Neves (niña de unos dos años, perteneciente a una familia del vecindario); también ella había visto el sol rojo, verde y de otros colores, que giraba sobre sí mismo...

También ella había oído muy bien lo que la Virgen quería...

— ¿Y qué es lo que quería?

— Que se le construyese una capilla en la «Cova da Iría»; que se rezase todos los días el Rosario; que no se ofendiese más al Señor, ya demasiado ofendido.

Francisco, como en las apariciones anteriores, no había oído las palabras de la Señora; pero todo cuanto habían visto su hermana y su prima lo había visto también él, y aseguraba que cuando la Virgen, desaparecida de encima de la carrasca, reapareció poco después al lado del sol, su rostro resplandecía más que el mismo astro rey...

Los tres videntes no habían tenido tiempo de contarse sus impresiones y por esto —aun admitiendo que hubiesen sido capaces— no podían fantasear tan al unísono sobre una versión tan compleja. Cada uno dijo sencillamente lo que había visto y oído; y si sus respuestas coincidían, y si habían visto y oído cosas maravillosas... ¿qué culpa tenían ellos?

La jornada de los prodigios se cerró con otro suceso que sanciona y corona el carácter sobrenatural del suceso.

María do Carmo, de 47 años, hacía cinco que padecía una gravísima enfermedad con todos los síntomas de la tuberculosis; agravada desde 1916 con dolores continuos y agudos en todo su cuerpo y con otros achaques que hacían sospechar la existencia de un tumor en las vísceras.

En 1917 había llegado a las últimas. Oyendo hablar de los hechos extraordinarios acaecidos en la «Cova da Iría», dio entrada en su alma a la esperanza y prometió que si la Virgen la curaba, iría a Fátima cuatro veces con los pies descalzos haciendo así un recorrido de 35 kilómetros.

Efectivamente, el 13 de agosto, venciendo la resistencia de su marido, que temía, y con razón, quedase muerta en el camino, fue allí la primera vez. Llegó a la «Cova» completamente extenuada: pero pasados unos momentos, comenzó a sentirse mejor.

El 13 de septiembre volvió y se sintió mejor todavía.

El 13 de octubre hizo el tercer peregrinaje. Sorprendida durante el viaje por la lluvia torrencial, llegó con los vestidos empapados en agua. No obstante, se sintió en plena forma. Los dolores, la tos, el hinchazón de los miembros y todas sus otras dolencias, habían completamente desaparecido. Se sentía —así era en verdad— del todo curada. Es éste el primero de una serie de milagros y de gracias que bien pronto vendrán a ser incontables. De esta suerte terminaba la «historia de la Virgen de Fátima», preludiando —nosotros lo esperamos firmemente— el triunfo del Corazón Inmaculado de María en las almas y sobre la humanidad afligida y extraviada.

## Lámparas encendidas

En adelante los tres niños, famosos en todo Portugal, ya no se pertenecían a sí mismos ni a sus familias, sino al público; al público de los curiosos, y de los devotos que querían a verlos; de las autoridades y personalidades que querían interrogarlos, de los enfermos y de los afligidos que los consideraban como poderosos intercesores ante el Corazón Inmaculado de María.

Y ellos, mientras se avenían de mala gana a satisfacer la curiosidad del público evitándolo cuanto podían, a veces (como ya hemos dicho) con estratagemas ingeniosas, se sometían pacientemente a los interrogatorios que, por cuantos se decía o ellos suponían, podían servir para dar gloria al Señor y a la Virgen.

Jamás se sustraían a los fervorosos y confiados apremios de aquellos que venían a pedir oraciones para sí o para las personas queridas, y en sus cotidianas plegarias los encomendaban con no menos escrupulosidad que fervor. Y con mucha frecuencia la Virgen escuchaba estas súplicas.

Un soldado que debía partir para el frente dejando a su mujer gravemente enferma con tres hijitos, vino a poner en sus inocentes manos su triste caso; y su mujer sanó, y la orden de partida le fue revocada.

Un joven de un pueblo vecino había sido detenido a causa de una gravísima acusación, que le llevaría a la cárcel de no demostrarse su inocencia, lo cual, atendiendo a las circunstancias, resultaba bastante difícil. Los padres, consternados, encomendaron el caso a Lucía para que impetrara de la Virgen la liberación de su hijo.

En aquel tiempo, los videntes habían comenzado a frecuentar los tres la escuela, ya que en Fátima había sido abierta una escuela para niñas, y las familias, siguiendo probablemente el consejo de personas solventes que se interesaban mucho por los niños tan claramente elegidos por Dios (para Lucía, había, además, el expreso mandato de la celestial Señora), habían decidido enviar a ella a Francisco y a las dos niñas. Al ir a la escuela, Lucía expuso a sus primos el doloroso caso a ella encomendado. Llegados a Fátima, Francisco dijo:

— Escuchadme: vosotras vais a la escuela y yo iré a la iglesia a pedir la gracia a Jesús oculto en el Tabernáculo.

Al salir de la escuela, Lucía le preguntó:

— ¿Has pedido aquella gracia al Señor?

— Sí —respondió Francisco—. Puedes decir que dentro de pocos días estará en casa.

Y así fue.

Una familia emparentada con ellos tenía un hijo que, a semejanza del pródigo del Evangelio, había marchado lejos sin dar ya más noticias de su vida.

La madre suplicó a Jacinta:

— Ruega por él; di a la Virgen que le haga encontrar el camino de la casa paterna...

Pocos días después, compareció de improviso el hijo, que refirió entre lágrimas su triste aventura.

Habiendo robado, nadie lo había advertido; pero después de gastar todo lo robado y haber quedado sin blanca, le habían detenido por vagabundo. Habiendo conseguido escapar de la cárcel en una noche oscura como la boca del lobo, se había adentrado en un enmarañado bosque y se había extraviado. De repente, viéndose perdido, se había arrodillado en tierra y, llorando desconsoladamente, se había puesto a rezar... Entonces se le había aparecido la pequeña Jacinta, que, tomándole de la mano, lo había conducido hasta una carretera indicándole que siguiese adelante... Al despuntar el alba se había encontrado en lugar conocido y se había dirigido hacia casa...

Naturalmente, aquella noche Jacinta había dormido con la acostumbrada placidez en su camita, bajo las alas de su Ángel de la Guarda. Sólo que —como dijo cuando la preguntaron— había rogado mucho a la Virgen que tuviese compasión de la madre de aquel pobre extraviado...

En el pueblo había una mujer, viciosa y perversa, la cual siempre que encontraba en la calle o en el campo a los tres niños, se burlaba de ellos y los insultaba.

Un día dieron con ella cuando salía de la taberna, bastante borracha. De nada valió apretar el paso; la repugnante mujer los reconoció, corrió detrás de ellos hasta alcanzarlos y, encendida como estaba por los humores del vino, no sólo los injurió, sino que los apaleó.

Así que pudieron escapar de sus garras, Jacinta, dominada todavía por el terror, pero no enojada, dijo: «Habrá que rezar mucho a la Virgen y hacer muchos sacrificios por esta mujer porque si no se confiesa, irá directamente al infierno».

Pocos días después, jugando inocentemente las dos niñas a perseguirse, Jacinta se detuvo de repente diciendo: «No juguemos más; hagamos este sacrificio por la conversión de los pecadores». Y creyendo que nadie la veía, hizo el gesto habitual de levantar las manos y los ojos al cielo, exclamando: «¡Oh Jesús, por vuestro amor y por la conversión de los pecadores!»

Por casualidad, al ocurrir esto, se hallaban en las inmediaciones de la casa habitada por aquella furia vestida de mujer; el caso es que ésta vio y oyó la escena desde una ventana. Y eso bastó. Tocada por el gesto de la inocente criatura mudó de vida y comenzó también ella a encomendarse a las oraciones de los pequeños a fin de que le obtuviesen de la Virgen el perdón de sus pecados.

Mas estos y otros hechos de la misma índole que la historia consigna a docenas (Lucía, por ejemplo, con sus lágrimas y oraciones alcanzaba la curación casi instantánea de la madre moribunda, y Jacinta la de una anciana señora atormentada por atroces dolores) no son más que una muestra de lo que sucedía en el interior de las tres criaturas predilectas, mediante la acción coordinada y constante de la voluntad y de la gracia.

En efecto, basta fijarse en la vida de Lucía para convencerse de ello. La gracia sobrenatural, infundida por las apariciones, la ha guardado y fortalecido día a día, haciéndola vivir una fidelidad que nos recuerda a las vírgenes del Evangelio, llevando la lámpara encendida y provista de aceite en espera de que vuelva el esposo y llame a la puerta, para abrirle y alumbrarle sin demora.

No hay nada que agrade más a la Virgen que la humildad, aquella virtud que por poseerla Ella, la hizo el Señor bienaventurada ante cielos y tierra.

Tres niños que habían visto a la Virgen, que habían puesto en movimiento a todo un pueblo, que eran buscados por personas de toda clase y condición y tenidos por poderosos intercesores delante de la Reina de los Cielos, habrían podido sentir algo de vanagloria.

Pues no; gracias a Dios, ni el menor amago.

Cuando más buscados, alabados, admirados y celebrados se veían, más se escondían. Tenían miedo a las alabanzas y huían de ellas lo más posible. Se habría dicho que en ellas olfateaban, si no precisamente el pecado, por lo menos la tentación.

Lucía llegó a decir, con palabras sencillas, y como tales, reveladoras de su estado de ánimo y de su cándida convicción: «Tantas alabanzas nos fastidiaban. Por lo que a mí respecta, tengo que decir que todo el bien que de mí decían, no era verdad».

Los otros dos pensaban igualmente de sí mismos. Y la humildad no podía manifestarse de un modo mejor.

Con frecuencia, los visitantes se detenían en Aljustrel medio día para verlos, y ellos durante aquel medio día se hacían invisibles.

¿Dónde se escondían? No en el fondo del huerto de Lucía, cerca del pozo, donde ciertamente los habrían encontrado... En el monte cercano había una gruta profunda, oscura, oculta entre matorrales... Se refugiaban dentro y allí pasaban las horas...

No jugando, sino rezando el Rosario, repitiendo la plegaria del Ángel, haciendo sacrificios, solamente por el Señor conocidos, sin comer ni beber...

No sabemos por qué se tardó todavía un tiempo en admitir a Jacinta y a Francisco a la primera Comuni3n.

La Comuni3n del Cuerpo del Se1or habr3a sido el digno coronamiento de las Maravillas y de sus extraordinarios deseos de santificaci3n. Como quiera que sea, ellos supl3an esta privaci3n con unos m3s fervientes anhelos del alma, y con seguridad podemos decir que, espiritualmente, recib3an todos los d3as el Pan de los fuertes.

Al ir a la escuela, jam3s se olvidaban de entrar en la iglesia y arrodillarse delante del Sant3simo Sacramento todo el rato que les era posible. Y all3 permanec3an absortos como en la «Cova de Ir3a» ante la Aparici3n vestida del Sol.

Aqu3 Jes3s estaba escondido; pero ellos le ve3an, le sent3an presente con aquella misteriosa percepci3n que es el privilegio de los limpios de coraz3n.

Jacinta sol3a decir que hubiera querido pasar mucho tiempo con Jes3s escondido, que con mucho gusto se habr3a quedado all3 siempre, porque... era hermoso estar all3... y porque ten3a muchas cosas que decirle...

Y no eran menos los deseos de Francisco. Cu3ntas veces al tener que levantarse de su rinconcito de junto al altar, porque era la hora de ir a la escuela, dec3a a Luc3a: «Oye: a la escuela ir3s t3, yo me quedar3 aqu3 en la iglesia con Jes3s escondido. A m3 poco me va a servir aprender a leer; dentro de poco me ir3 al Cielo. Al volver, pasa por aqu3 y ll3mame».

Al volver, le encontraba todav3a en su rinc3n, al lado del altar, con las manos juntas, los ojos fijos en el Sagrario, absorto como un seraf3n...

Volvían a casa, comían y luego... luego obedecían dócilmente a sus padres, como el Niño Jesús en su casa de Nazaret. Pero, en cualquier cosa que hiciesen, su espíritu estaba siempre en oración, su vida era una incesante elevación a Dios.

Un santo sacerdote, el «santo Padre Cruz» (como le llamaban todos), había llegado a Fátima para hacerse una idea exacta de los sucesos. Había ido con los niños al lugar de las Maravillas, y a lo largo del camino, que los muchachos hicieron a pie y el venerable anciano cabalgando un calmoso borrico, les había sugerido breves jaculatorias para que las repitiesen todos los días.

Entre otras: «¡Oh Jesús mío, os amo!» «¡Dulce Corazón de María, sé la salvación mía!» A Jacinta le habían gustado muchísimo; y durante los quehaceres que la madre le encomendaba y, hasta comiendo y haciendo los deberes de la escuela, interrumpía cada momento su trabajo para repetir: «¡Jesús mío, os amo!» «¡Dulce Corazón de María, sé la salvación mía!» Y lo mismo hacía Francisco.

Otro piadoso sacerdote había dicho un día a Lucía: «Niña, tú estás obligada a amar mucho al Señor por las muchas gracias y beneficios que te ha concedido y te concede en todo momento».

Y ella, no importándole lo que estuviese haciendo, repetía una y mil veces al día: «Dios mío, os amo en agradecimiento por las gracias que me habéis concedido». Pero no era sola. También sus primos estaban obligados a amar mucho al Señor... Y también ellos lo repetían de continuo, en voz alta o queda, en la escuela, en casa, yendo por la calle, siempre y en todas partes.

De suerte que era una alabanza continua, un cántico ininterrumpido que se elevaba hacia el cielo desde lo íntimo de aquellas elegidas criaturas

Al atardecer se reunían en su oasis, al lado del pozo, para rezar juntos y hacer, a su manera, el examen de conciencia, el balance de la jornada.

Todos los días se renovaban en la iglesia y en casa, por parte de los devotos, las recomendaciones de rogar por algún pecador empedernido; y Jacinta advertía con gravedad: «Es preciso que roguemos y hagamos muchos sacrificios; de lo contrario, el pobrecito irá al infierno». Los ratos de oración no eran nunca excesivos para ellos; nunca eran demasiados los sacrificios hechos o por hacer; pero... era mejor que nadie supiese nada, porque entonces no habrían sido aceptables al Señor... Y jamás lo supo nadie hasta que Lucía recibió la orden de dar gloria a Dios, después que Jacinta y Francisco habían ya recibido el galardón supremo.

Bajo la bóveda del cielo, mientras allá arriba se encendían una a una las luces de los Ángeles y una claridad difusa preanunciaba la aparición

de la lámpara de la Virgen, la oración seguía ascendiendo... ¡El Corazón de Jesús... El Corazón Inmaculado de María... el Señor afligido... los pobres pecadores... el Santo Padre!... Multitud de anhelos; luces que porfiaban con las que en el cielo encendían los Ángeles.

Criaturas que vivían todavía aquí en la tierra, pero que ya no eran de la tierra. Jacinta repetía a menudo: «¡Quiero tanto a Nuestro Señor y a la Virgen, que no me canso de decirles que les amo!... Cuando se lo repito muchas veces, me parece tener fuego en el pecho; pero un fuego que no me quema».

Era la llama que templaba las almas predestinadas. Por otra parte, ¿acaso no se acercaba el día profetizarlo en que a través de la muerte de sus cuerpos ella y su hermanito entrarían en la eternidad bienaventurada?

Se lo había prometido la Virgen, ¿y qué era aquel fuego sino el progresivo acercarse del alma a la encendida fuente del Amor divino?

«¿Qué vamos a ganar con ir a la escuela —decía Francisco—, si pronto iremos al cielo?» Tal era su certeza; la consecuencia lógica de lo que esperaban.

Ellos dos irían; Lucía, no; lo sabían; pero el alma que comienza ya a moverse libre entre los aprisionadores lazos corporales y está a punto de emprender el vuelo, se siente ya libre en el espacio y a veces habla un lenguaje que sabe a eterna sabiduría.

Dijo un día Jacinta a Lucía: «Me falta poco para ir al Paraíso; tú te quedarás aquí para hacer saber que el Señor quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando tengas que hablar de esto, no te escondas. Di a todos que Dios concede sus gracias por medio del Inmaculado Corazón de María y que Jesús quiere que con su Corazón sea venerado el Corazón Inmaculado de María; que pidan la paz al Corazón Inmaculado de María, porque el Señor se la confió a Ella».

Durante las apariciones ella no había sido más que un testigo; ahora era el heraldo apasionado del gran Mensaje de Fátima; hablaba con el acento de quien tiene una orden que promulgar y una incontenible Verdad que manifestar...

Hablaba con autoridad, ella, niña de siete años y no sólo con su prima, que había hablado directamente con la Virgen, sino con todos: «Di a todos... que Jesús quiere...» ¿Qué es lo que quería Jesús?

«Que en el corazón de todos se encendiese aquel fuego que ella sentía «aquí dentro», en su corazón, y que le hacía gustar sobremanera las delicias del Corazón de Jesús y de María».



## La luz sobre la puerta

Aquí residía toda su autoridad, toda su fuerza.

La guerra —la inútil matanza, como la había definido Benedicto XV, que entonces gobernaba el timón de la barca de Pedro— había terminado; el mundo exhalaba un gran suspiro de alivio; pero hacía estragos la gripe, que amenazaba con destruir lo que la guerra no había tenido tiempo de engullir.

A fines de 1918 la epidemia hizo su aparición en Aljustrel y el 23 de diciembre —antevíspera de Navidad— Jacinta y Francisco fueron atacados por la cruel enfermedad. Con ellos tuvieron que guardar cama todos los miembros de la familia, a excepción del padre, que, ayudado por algunas personas caritativas, tuvo que hacer de enfermero.

El mal no distrajo a los videntes de sus cotidianos sacrificios tan recomendados por la Virgen, antes les dio ocasión de multiplicarlos. Sufrían mucho y no se lamentaban; tenían grandes deseos de verse y renunciaban a ello; las medicinas eran desabridas y las engullían sin hacerse rogar; les repugnaba sobremanera la leche y el caldo, y lo tomaban alegremente... «Todo por amor de nuestro Señor y del Inmaculado Corazón de María».

Lucía, que, sin ningún temor a contraer la enfermedad, en las horas libres corría a hacerles compañía, preguntó un día a Jacinta:

— Estás mejor hoy, ¿verdad?

— Sabes tú muy bien —respondió la pequeña— que no he de curar. Siento un grave dolor en el pecho. Pero no digo nada; sufro por la conversión de los pecadores.

Pareció que la enfermedad tomaba buen giro, y aunque muy debilitada, pudo Jacinta levantarse de la cama.

También Francisco se levantó después de un par de semanas; pero el mal continuaba minando aquel organismo y la debilidad lo enflaquecía de día en día.

— ¿Sufres, verdad, Francisco? —le preguntaban al verlo tan pálido y jadeante. Y él respondía sonriendo:

— Si, mucho. Pero lo sufro todo por amor a Nuestro Señor y a la Virgen.

Se recordará que en la primera aparición, habiendo Lucía preguntado a la Virgen si también Francisco iría al Paraíso, Ella había respondido: «Sí, pero tendrá que rezar antes muchos Rosarios».

¡Cuántos había rezado desde aquel día!... Con muchísima frecuencia, después de haberlo rezado con su hermanita y su prima, mientras ellas jugaban, se apartaba a un lado y se ponía a pasear solo en silencio...

— Francisco, ¿qué haces?

Y él, por toda respuesta, levantaba el brazo y enseñaba el Rosario.

Insistían:

— Ven a jugar, después ya rezaremos juntos.

Y él:

— ¿Después? Ahora y después. ¿No os acordáis que la Virgen ha dicho que antes de ir al Cielo tengo que rezar muchos Rosarios?

Como si quisiese decir: «Quiero ir pronto al Paraíso; y por esto me afano por rezar todos los Rosarios que pueda; así iré antes.

Otras veces desaparecía; y lo buscaban en vano... lo llamaban, pero inútilmente... hasta que, por fin, lo encontraban detrás de alguna roca o de alguna mata espesa, de rodillas, con la faz postrada en tierra...

Lo reprendían:

— ¿Por qué no has respondido? ¿Por qué nos has hecho pasar este mal rato?

— No había respondido porque no había oído nada... porque no creía que hubiese pasado tanto rato.

— Pero, ¿qué manía es ésta de querer rezar solo?

— Me gusta mucho rezar solo para meditar y consolar a Nuestro Señor, que está muy afligido a causa de tantos pecados...



**Me gusta mucho  
rezar solo para  
meditar y consolar  
a Nuestro Señor,  
que está muy  
afligido a causa de  
tantos pecados...**

Esta era su obsesión.

Estaba, sin embargo, tan débil, que algunos días le era del todo imposible rezar el Rosario entero; y confiaba tristemente este pesar a su madre:

«Madre, no acierto a rezar entero el Rosario; cuando llego a la mitad, ya no puedo más...»

La madre le alentaba:

Si no puedes pronunciar las palabras, rézalo con el corazón; la Virgen ve el corazón y lo agradecerá lo mismo. Pero él no se quedaba tranquilo.

Le aconsejaron que, en los días de sol, saliera a dar un paseíto; y él, sacando fuerzas de flaqueza, pudo llegar algunas veces hasta «Cova da Iría», atraído por el deseo de poder contemplar de nuevo el lugar bendito donde se había aparecido la hermosa Señora vestida de sol y donde él había sido penetrado por la luz divina. Llegado allí, se arrodillaba delante de la carrasca bendita y miraba de hito en hito allá arriba, donde ahora ya nada aparecía, pero donde él veía todavía, con los ojos del alma, aquello que una vez visto no se olvida jamás...

Y suspiraba: «¡Cómo ardo en deseos de irme presto con Vos!...»

Volvía de aquellas excursiones con el corazón renovado, y la plena felicidad de su alma se reflejaba en sus pálidas mejillas y en sus párpados fatigados; tanto, que le decían: «Estás mejor; vas a ver qué pronto curas». Pero él respondía firmemente: «No»; y en el tono de la voz y en la expresión del rostro había algo misterioso que impresionaba a todos.

Una vez su madrina, que le quería de corazón, dirigiéndose — estando él presente — a una imagen de la Virgen, exclamó: «Virgen Santa, si le curas, te ofrezco tanto grano como pesa». Y Francisco, serenamente, intervenía: «Es inútil; esta gracia no la alcanzarás».

A últimos de febrero de 1919 comenzó a empeorar y tuvo que guardar cama de nuevo; Jacinta, presagiando lo que iba a suceder, tal vez muy pronto, pasaba los días sentada a su lado rezando —ella que todavía podía hacerlo—, hablando de la suerte reservada a los pecadores, repitiendo las aprendidas jaculatorias en honor de Jesús y María.

Una mañana mandaron aviso urgente a Lucía, pues tenían una gran noticia que comunicarle: «Había venido a verle la Virgen».

Había venido al mismo aposento del enfermo, a la cabecera de la cama, a decirle que muy pronto volvería para llevarlo al Cielo.

A Jacinta le había preguntado si quería aún convertir pecadores, y habiendo respondido ella que sí, la Señora había añadido que tendría que ir a un hospital donde sufriría mucho, que lo soportase todo por la

conversión de los pecadores, en reparación de las ofensas cometidas contra el Corazón Inmaculado de María y por amor de Jesús.

La pequeña que tenía del hospital una idea muy tétrica, como de «una casa muy oscura donde no se ve nada», le había preguntado si iría también Lucía; pero la Virgen había respondido que no. Le acompañaría su madre, pero luego... «Luego quedaré sola»... concluyó la pequeña narradora inclinando la cabecita y con los ojos llenos de lágrimas. «Pero no importa —añadió en seguida, venciendo aquel momento de debilidad—. Sufriré por amor del Señor, en reparación de las ofensas que se hacen al Corazón Inmaculado de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre...»

Francisco aprobaba cuanto decía su hermana con leves inclinaciones de cabeza; también él sufría gustoso por otros motivos, que son en realidad los mismos, porque el Señor está triste y tiene necesidad de ser consolado.

A últimos de marzo se agravó más todavía; entonces, en un momento en que Lucía estaba sola al lado de la cama, sacó de debajo de la sábana la cuerda que llevaba ceñida a los lomos y, dándosela, le dijo: «Toma, llévatela antes que mi madre la vea; ahora ya no la puedo llevar...» Así se separó, con mucho pesar, de lo que era el instrumento y testimonio íntimo de sus ansias de sacrificarse y padecer por amor al Señor... Había en ella tres nudos y estaba ensangrentada.

El día 2 de abril se presentaron tales síntomas de gravedad, que se juzgó conveniente llamar al párroco para que lo confesara.

No había hecho todavía la primera Comunión... De ello se quejó amargamente con su madre: «Madre, moriré sin haber recibido a Jesús escondido...»

La madre le confortó; vendría el párroco a llevársela.

Entonces mandó llamar de prisa a Lucía.

— Lucía, tengo que confesarme para hacer la primera Comunión y después morir; dime si me has visto hacer algún pecado.

— Algunas veces —respondió Lucía— has desobedecido a mamá, cuando te decía que estuvieras en casa y tú salías para venir a encontrarme o para esconderte, ¿te acuerdas?

— Es verdad; ahora ve a Jacinta y pregúntale si recuerda algo más.

Jacinta recordaba que, antes de haber visto a la Virgen había quitado a papá cincuenta céntimos para comprar un flautillo, y que cuando los muchachos de Aljustrel las emprendían a pedradas contra los de Boleiros, también él había tirado alguna piedra.

— Aquéllos —exclamó el enfermo— ya los he confesado. Pero los confesaré de nuevo. ¡Quién sabe si con estos pecados no he hecho entristecer al Señor!...

Y juntando las manos se puso a rezar: «¡Oh Jesús mío, perdona nuestras culpas!...»

Después se dirigió otra vez a Lucía:

— Lucía pídele también tú al Señor que me perdone mis pecados.

— Se lo pediré, pero estoy segura que te los ha perdonado ya, desde el momento que la Virgen ha dicho que dentro de poco volvería para llevarte consigo al Paraíso. Ahora voy a Misa y rogaré por ti a Jesús escondido.

Una sonrisa de agradecimiento iluminó su rostro.

— Escucha: pídele que el Señor Cura me dé la Comunión...

Un poco más tarde llegó el Párroco, le confesó y le prometió que al día siguiente le llevaría el sagrado Viático.

Se sentía feliz; y a todos los que iban a verle no sabía hacer otra cosa que participarles la gran nueva, motivo de inmensa alegría:

— Mañana por la mañana el Señor Cura me traerá la Sagrada Comunión... Mañana recibiré a «Jesús escondido».

Podía tomar un poco de leche y algo de caldo para no desfallecer; pero no quiso tomar nada en toda la noche, para mortificarse por los pobres pecadores.

Llegado el sacerdote con el Santísimo, quiso sentarse encima de la cama para comulgar con más reverencia, pero no pudo a causa de la extremada debilidad en que se encontraba y tuvo que resignarse a permanecer acostado. Aceptó también este sacrificio por amor al Señor...

— «El Cuerpo del Señor —dijo el Sacerdote acercándole a los labios la Sagrada Forma— guarde tu alma para la vida eterna».

Francisco, que tenía las manos cruzadas sobre el pecho, abrió la boca exangüe, la cerró... permaneció inmóvil... Parecía que la dulzura infinita de aquel primero y último contacto con «Jesús escondido» le había arrebatado de la tierra a las regiones eternas.

Cuando volvió en sí de su éxtasis, vio a su madre inclinada encima de su cabecera... Y le dijo: «Madre, ¿no podré recibir otra vez a Nuestro Señor?»... Y a su hermanita, que desde un rinconcito le contemplaba en religioso silencio: «Hoy soy más feliz que tú, porque tengo en mi corazón a Jesús escondido».

Más tarde pidió perdón a mamá, a papá, a la madrina, a los hermanos, a todos... y quiso que le bendijesen.

A Lucía y a Jacinta les dijo: «Vosotras decid el Rosario por mí, porque yo no puedo ya rezarlo».

Al llegar la noche, cuando éstas, obedeciendo a sus padres, tuvieron que ir a acostarse, les dio el último adiós con gran serenidad:

— Me voy al Paraíso; una vez allí, rogaré mucho a Jesús y a la Virgen para que os lleven pronto también a vosotras... Adiós... hasta el Cielo... ¡Adiós!

Así se despedía de aquellas con quienes había compartido los juegos y las fatigas, las plegarias y los santos anhelos, las gracias extraordinarias y los cotidianos sacrificios por amor a Jesús.

Al traspasar los umbrales de la puerta, Jacinta se volvió atrás y, con adorable ingenuidad, le dijo:

— Saluda de mi parte a Nuestro Señor y a la Virgen. Diles que estoy dispuesta a sufrir cuanto quieran para convertir a los pecadores y para reparar las ofensas que se hacen al Corazón Inmaculado de María.

Francisco afirmó que sí con la cabeza.

En la estancia sólo quedaba la madre. Cuando un niño se muere, los otros pueden quedarse o marchar; la madre no. Ella se queda siempre...

Pero la noche transcurrió tranquila. El enfermo no se quejaba, no sufría. Estaba amodorrado... Parecía descansar. Y efectivamente descansaba.

Al amanecer, a eso de las seis, se despertó, y llamó:

— ¡Mamá!

— ¿Qué hay, amor mío, qué quieres?

— ¡Nada!... Mira allí, cerca de la puerta, ¡qué hermosa luz!...

Una sonrisa angelical iluminaba su faz de moribundo. La madre miró en la dirección indicada... No vio nada.

— ¡Qué hermosa luz! — exclamó de nuevo Francisco, fascinado.

No lo dijo, pero sería sin duda la misma luz que por seis veces consecutivas le había fascinado en la Cuenca de Iría, la Cuenca de las maravillas, la Cuenca del Paraíso.

Poco después balbuceó, con voz casi imperceptible: «Ahora ya lo veo...» Pero la sonrisa que iluminaba su rostro se acentuó hasta convertirse en una visible expresión de beatitud.

¡Y ésta era su agonía! Una sonrisa del Paraíso que la muerte no osó violar.

Era el 4 de abril de 1919, primer viernes, a las diez de la mañana. El vidente y consolador de Jesús no había cumplido todavía los once años.

## El calvario de Jacinta

Si la enfermedad y muerte de Francisco causan asombro y emoción, las últimas páginas de la vida de Jacinta son de tal grandeza que pueden transformar en «hijos de Dios» incluso a las piedras.

De suerte que si alguien, obstinándose en rechazar la evidencia de los hechos y las afirmaciones de los testigos oculares, quisiese continuar negándose a prestar fe a las Maravillas de Fátima, debería por lo menos admitir que la personalidad espiritual de esta niña —ofrecida a Dios, víctima voluntaria en expiación de los pecados de los hombres— es por sí misma tal maravilla, que hay que confesar que alguien ha descendido efectivamente del Cielo a la tierra a «hacer el milagro».

Mas los hechos no necesitan comentarios.

La muerte del hermanito había sido para ella un duro golpe.

Sabía quién lo había llevado y a dónde; pero aquel sitio vacío en casa, y más aún en su corazón, le producía indecible espanto; la naturaleza tiene sus derechos y no renuncia fácilmente a ellos.

Con frecuencia la veían sola y pensativa.

— ¿En qué piensas? — le preguntaban.

— En Francisco —respondía—. ¡Oh, si pudiera verle otra vez!

Y no podía reprimir el llanto.

Algunas semanas después tuvo que ser visitada por el médico y éste declaró que la pequeña estaba atacada de pleuritis purulenta, consecuencia de la gripe, de la cual, como el lector recordará, no se había restablecido del todo.

Tuvo que regresar al hospital de Villanueva de Ourem Comenzaba el calvario.

Lucía la visitó dos veces y sus pláticas tuvieron en ambas ocasiones aquel sello de intimidad que las fundía en un solo corazón y una sola alma.

Al preguntarle su amiguita si sufría, no mintió y confesó la verdad: «Sí, sufro; pero todo por la conversión de los pecadores y para reparar los ultrajes que se hacen al Corazón Inmaculado de María». Luego desahogó su ardiente amor de precoz mística esposa de Cristo: «¡Me gozo tanto en

sufrir por su amor! Ellos aman mucho a quien sufre por la conversión de los pecadores».

Expresiones que no desdecirían en una boca de una Catalina de Sena y de una Teresa de Jesús.

No sabemos con exactitud cuándo; pero con toda seguridad en una de estas visitas entregó también ella a su buena primita la cuerda, instrumento de penitencia, diciendo —como Francisco—: «Ahora ya no puedo llevarla; escóndela, que nadie la vea». Y también ésta, como la de Francisco, tenía tres nudos y estaba manchada de sangre.

Después de estar hospitalizada dos meses, fue dada de alta; no porque estuviese curada, o cuando menos mejorada, sino porque comprendieron que su caso no tenía remedio.

Ella lo sabía; había ido allí para sufrir, para sufrir volvía... mientras lo accediese la Virgen. En efecto, tenía en el pecho una gran llaga que había que curar todos los días, martirizando aquellas pobres carnes; y pocos días después de haber vuelto a casa, tal vez por falta de precauciones al aplicar las curas, sobrevino una infección progresiva que aumentó su cotidiano martirio. Pero cuando más se acrecían los sufrimientos, más se agigantaba el temple de su alma y más heroicos se hacían sus deseos de expiación.

A su afligida madre, que la cuidaba con desgarradora ternura, decía para disminuir su tristeza: «Mamá, no llores; estoy bien».

Y puesto que no podía menos de leer en su rostro el espanto y la angustia, le estrechaba las manos y mirándola a los ojos, como intentando derramar en ellos toda la íntima luz de su alma, exclamaba: «No te aflijas, mamá, voy al Cielo y rogaré mucho por ti».

Lucía seguía siendo más que nunca la hermanita del alma, y para ella que sabía, no existían secretos.

— No quiero que nadie se entere de mis sacrificios porque pertenecen solamente a Jesús y a María.



**No quiero que  
nadie se entere  
de mis sacrificios  
porque  
pertenecen  
solamente a Jesús  
y a María.**



— Tengo mucha sed, pero no quiero beber. Lo ofrezco a Jesús por los pecadores.

— Me han dado permiso para beber leche o comer un racimo de uva, pero he preferido la leche, que no me gusta, para poder ofrecer un sacrificio más al Señor.

— La noche pasada he sufrido mucho; cambiando de postura, hubiera estado un poco mejor; pero no he querido hacerlo, por amor de Jesús.

Un día le confesó: «Hasta ahora descendía de la cama para decir la plegaria al Ángel de la Guarda, pero ahora no puedo inclinar la frente hasta el suelo como hacía él, porque me caigo; tengo que contentarme con estar de rodillas».

A pesar de su estado, continuaban llegando forasteros para interrogarla y ella no rechazaba a nadie; era un nuevo sacrificio que ofrecía al Señor.

Pero... ¡oh! los deliciosos Rosarios rezados allá en el fondo del huerto, junto al pozo, y en la gruta, en el monte, donde nadie podía estorbarles!... ¡Oh, Cuenca de Iría solitaria resplandeciente, llena de maravillas!... «Lucía, ¿te parece que volveré a ver la Cuenca?... ¿Y el árbol de la Virgen?... No, no los volveré a ver... Tú, sí, tú volverás allí... Sin mí, sin Francisco... Pero rogarás por él y por mí, ¿verdad?»

Gruesas lágrimas le bajaban silenciosas por las mejillas y Lucía se las enjugaba piadosamente, olvidando las suyas, no menos gruesas y amargas, que, al inclinarse, caían encima de la frazada...

Durante esta primera etapa de su calvario, la vidente comenzó a tener singulares «visiones», algunas de carácter personal, que se referían a su porvenir inmediato, otras de carácter general y de más vasto alcance.

Unas y otras demostraban que la pequeña comenzaba a vivir ya la eternidad.

De vez en cuando se le aparecía la Virgen (visitas, es fácil, de comprender, naturalísimas para ella) para prepararla al sacrificio último y definitivo.

Según ella misma confió a Lucía, una vez la Virgen le anunció «que iría a Lisboa a otro hospital; que ya no vería más ni a su prima ni a sus padres; que después de sufrir mucho, moriría sola... pero que no tuviese miedo, porque Ella misma vendría para llevarla al Cielo...»

Sin embargo, Jacinta tenía miedo tenía, y no poco. El espíritu estaba pronto, pero la carne era flaca. No es de extrañar si recordamos a Jesús en el huerto de Getsemaní.



## De vez en cuando se le aparecía la Virgen...

La idea de tener que morir sola le causaba terror; y estremeciéndose, se asía al cuello de Lucía y le suplicaba: «Ruega, ruega mucho por mí, que tendré que morir sola, muy sola».

Lucía trataba de alentarla con razonamientos que no podían ser más acertados: «Pero, ¿qué te importa todo y todos, si la Virgen vendrá a llevarte? ¿De qué vas a tener miedo, si estará Ella contigo? Así era, pero la pequeña temía lo mismo, y muchas veces el miedo le hacía olvidar que la Virgen vendría...

La «pasión» es «pasión», y si el cáliz no fuese tremendamente amargo, ¿qué heroísmo tendría el apurarlo hasta las heces? También Jesús, en el huerto de los olivos, en la oscuridad de la noche y de su alma, tembló, ¡tuvo miedo! Y aquel «...no se haga mi voluntad, sino la tuya», ¿no hay que medirlo acaso —y por ventura no, lo midió también el Padre celestial— por aquel sufrimiento y aquel terror que provocaron el sudor de sangre?

Siguiendo el ejemplo de Cristo y por la fuerza que El infunde a todos los que sufren, especialmente a todos los que se unen a El en el sacrificio y en la expiación, Jacinta no dejaba hacer su ofrecimiento: «Déjame pensar en esto, porque cuanto más pienso, más sufro: y yo quiero sufrir por amor de Nuestro Señor y por los pecadores; lo demás... no me importa».

Lucha extrema, titánica (aun cuando quedara circunscrita a lo más íntimo de una niña), entre la carne, que es muerte y el espíritu que es vida. Y luego, el grito victorioso que conmovió al Cielo: «¡Oh! Jesús, podrás convertir a muchos pecadores, porque este sacrificio es muy grande... Y precisamente porque es muy grande, yo lo hago y te lo ofrezco».

Otras veces se dejaba sorprender con el rostro entre las manos, inmóvil, preocupada, como quien ve y escucha cosas que sorprenden y afligen.

— Jacinta, ¿en qué piensas? — le preguntaba su madre, impresionada por aquella extraña actitud.

Se sacudía, volvía en sí, y respondía dominándose:

— ¡Oh... no sé!... Me gusta mucho pensar...

Pero un día confió a Lucía, con voz que no era de niña y que parecía venir de regiones infinitas: «Pienso en Nuestro Señor, en la Virgen, en los pecadores... Pienso en la guerra que tiene que venir... Morirá mucha gente y muchos irán al infierno... Habrá muchas casas destruidas, muchos sacerdotes muertos... ¡Qué pena! Si dejasen de ofender al Señor, la guerra no vendría, ni irían al infierno... Oye: yo voy al Paraíso, y tú, cuando veas de noche aquella luz que la Señora ha dicho, vienes también huyendo allá arriba».

Piénsese en la guerra civil que tiñó de sangre los campos de nuestra España; piénsese en... esa otra guerra, y dígame si estas palabras eran producto de un cerebro enfermo o una auténtica y verdadera profecía.

A la invitación de «huir también ella allá arriba», Lucía observó que «al Cielo no se puede huir». Y Jacinta: «Es verdad pero no tengáis miedo; yo rogaré mucho por ti, por el Santo Padre, por todos los sacerdotes y por Portugal, para que la guerra no venga aquí».

Y la guerra «aquí» —es decir, a Portugal— no fue.

Entre tanto, una circunstancia del todo imprevista hizo que se cumpliera lo que la Virgen había predicho acerca de su muerte.

A mediados de enero 1920 llegó en peregrinación a Fátima el célebre especialista doctor Enrique Lisboa, el cual quiso conocer a las videntes, y viendo a la pequeña Jacinta en aquel lastimoso estado, insistió para que la llevaran a Lisboa, esperando salvarla con una intervención quirúrgica.

Tanto la familia como la enferma se opusieron, porque estaban convencidos que, si «de nada sirve luchar contra el destino», como dice Dante, más inútil es ir contra la voluntad divina, que en este caso era manifiesta.

Pero tanto insistió el médico, que Doña Olimpia, cediendo a los impulsos de su corazón maternal, accedió a acompañarla a Lisboa.

La partida fue en extremo dolorosa; fue particularmente conmovedora la despedida de la pequeña enferma y de la hermana de su alma. No podía desprenderse del cuello de Lucía y estrechándolo con todas las fuerzas que le quedaban, le decía entre sollozos:

«Ruega mucho por mí hasta que me vaya al Cielo; después rogaré yo por ti».

«Ya falta poco para irme al cielo. Tú quedas aquí para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando vayas a decirlo, no te escondas. Di a toda la gente que Dios nos concede las gracias por medio del Inmaculado Corazón de María. Que las pidan a Ella, que el Corazón de Jesús quiere que a su lado se venere el Corazón Inmaculado de María, que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios la confió a Ella. Si yo pudiese meter en el corazón de toda la gente la luz que tengo aquí dentro del pecho, que me está abrasando y me hace gustar tanto del Corazón de Jesús y del Corazón de María.»

Después, con la energía y la autoridad que le venían de sentirse ya casi en la posesión de la Verdad que nos hace libres, añadió: «No digas jamás a nadie el secreto aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Corazón Inmaculado de María y haz muchos sacrificios por los pecadores».

...Y dejó a los suyos, su casa, la aldehuela, los lugares que muchos habían sido testigos de su oculto sacrificio, su riente cielo... ¡Adiós!... ¡Adiós!... Sus ojos no verían ya más todo aquello...

Se esperaba que en Lisboa mucha gente tendría como un honor el hospedar en la casa a la... célebre vidente de Fátima; pero cuando vieron su triste estado, nadie se ofreció a tenerla bajo el propio techo.

Solamente la Superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de los Milagros, Sor María Godinho, comprendió las gracias que reportaría abrir la puerta y el corazón a semejante criatura, y la acogió en el orfanato de Nuestra Señora de los Milagros ofreciéndose a hacerle de madre.

¡Siempre hay en este mundo alguna alma buena!...

El orfanato tenía una capilla y en la capilla se guardaba el Santísimo Sacramento.

¡Qué gozo para Jacinta vivir bajo el mismo techo que Jesús escondido!  
Más feliz aún de poderlo recibir todos los días en su corazón.

Parece que más afortunada que Francisco, Jacinta había hecho la primera Comunión «estando en su casa», en mayo de 1918 ó 1919 (no se sabe con exactitud); pero es muy probable que mientras estuvo en Aljustrel, dado que la iglesia parroquial estaba bastante lejos y que, por lo tanto, resultaba imposible que pudiera trasladarse allí todos los días, y muy incómodo para el Párroco tener que ir a casa de la pequeña, no pudo recibir al Señor más que de vez en cuando. Aquí en cambio, no existían dificultades ni incomodidades para nadie, así es que durante su

permanencia en el orfanato pudo recibirlo todas las mañanas con suma alegría y recogimiento. Y no sólo esto, sino que mientras pudo andar, se arrastraba hasta la capilla y allí, sentada en una sillita, pasaba largas horas en oración con los ojos fijos en el Tabernáculo, causando conmovida admiración a las Hermanas y religiosa extrañeza a las compañeras, que la tenían y veneraban como a una pequeña santa.

¿Y cómo pensar que no lo fuera, si, como dice la misma Madre Superiora, con frecuencia venía la Virgen a visitarla y consolarla?

Mas este paréntesis de paz en el orfanato debía terminar también, y terminó.

Juzgando llegado el momento oportuno de intentar la operación, el doctor Lisboa dispuso que fuese admitida en el hospital de D. Estifanía, y hubo que condescender a sus instancias.

El día 2 de febrero de 1920, fiesta de la Purificación de María Santísima, Jacinta se confesó, recibió la Sagrada Comunión, se despidió de su Jesús oculto en el Tabernáculo de la iglesia donde habían transcurrido tan bellas horas de paz; dijo adiós a sus compañeras, a la casa hospital que ella había rebautizado con el dulce nombre de Nuestra Señora de Fátima, y, acompañada de la Madre Godinho, se trasladó al otro hospital.

El ambiente que en éste se respiraba era muy distinto y de nuevo la asaltó la tristeza. Algunas almas caritativas que veían en ella a la «predilecta de la Virgen» le proporcionaban agradable compañía y la buena Hermana a quien ella llamada afectuosamente «madrina», la visitaba todos los días; no obstante, la pesadilla del abandono la atormentaba de continuo: «Moriré sola...»

El día 10 de febrero se le practicó la operación.

Cloroformizarla no era prudente a causa de la extrema debilidad en que se encontraba, así es que tuvo que recurrirse a la simple anestesia local; de suerte que la paciente lo vio todo... Se vio desnuda en las manos de los médicos... Y lloró.

Le arrancaron dos costillas en la parte del corazón, donde quedó una abertura del tamaño de una mano; la curaron, la vendaron... «La operación —aseguraron— ha salido perfectamente». Y la llevaron de nuevo a la camilla más muerta que viva.

Durante los días siguientes la sometieron al martirio de interminables curas. Debía sufrir terriblemente; pero jamás salió de sus labios otro grito que éste, débil como una plegaria: «¡Virgen mía! ¡Virgen mía!» Y a quien trataba de infundirle ánimos, respondía: «¡Paciencia!» Todos debemos sufrir para ir al Cielo».

El personal sanitario nunca había visto una fuerza y tanta serenidad.

La quinta o sexta cura fue seguida de dolores tan espasmódicos, que no pudo menos de confiar a su buena «madrina»: «Temo no poder resistirlo».

— ¡Animo! —respondió ésta, pasando su mano maternal por la cabecita, bañada de frío sudor—. Sufre con paciencia; esto le agrada mucho al Señor.

Con esta exhortación se aquietó la enferma.

Al volver al día siguiente, no sólo la encontró tranquila, sino que notó que de su rostro había desaparecido toda señal de sufrimiento. Apenas la vio, Jacinta le hizo señas de que se acercara más y, casi al oído, le dijo rebotando de gozo: «Escuche, madrina: ya no me quejo. La Virgen se me ha aparecido de nuevo; me ha dicho que muy pronto vendrá a llevarme y me ha quitado desde ahora todos los dolores».

Era el preludio de la dicha llena y sin fin que iba a gozar allá arriba, donde no existe el dolor.

El día 20 de febrero (viernes), a eso de las seis de la tarde, sintió un nuevo y extraño malestar. En las camas próximas los enfermos dormitaban a la débil luz de una mortecina lámpara que parpadeaba allá en lo alto, en medio de la sala.

Llamó a la enfermera y, con toda naturalidad le dijo:

— ¡Me siento mal! Quisiera recibir los últimos Sacramentos.

La enfermera, a pesar de que le parecía que no había riesgo de muerte inminente, le prometió que avisaría en seguida. Efectivamente, a las ocho llegó el Párroco de la Iglesia de los Ángeles, reverendo Pereira dos Reis, el cual oyó la última confesión de la enferma.

— Ahora —dijo Jacinta después de confesarse— tráigame el Sagrado Viático, porque... moriré muy pronto.

Pero también al sacerdote le pareció que no había por qué tener tanta prisa y se retiró pensando llevárselo al día siguiente por la mañana.

A eso de las diez y media, la enfermera, sintiendo escrúpulos de conciencia, volvió junto a la enferma; la halló serena, tranquila, pero... le pareció que de verdad se moría.

¿Qué hacer?... Veamos..., esperemos un momento... Durante aquel breve momento, la santa criatura, sin el más ligero sobresalto diríase sin respirar, traspasó los umbrales de la eternidad bienaventurada.

La Virgen cumpliendo su palabra había venido a llevarla consigo, sin hacer ruido, para no despertar a los enfermos que dormían a la débil luz de la lámpara mortecina...

Murió santamente el 20 de febrero de 1920. Su cuerpo reposa, como el de Francisco, en el crucero de la Basílica, en Fátima

**Nota:** He aquí lo que dictó a la Madre Godinho.

### *Sobre los pecados*

Los pecados que llevan más almas al infierno son los de la carne. Han de venir unas modas que han de ofender mucho a Nuestro Señor. Las personas que sirven a Dios no deben andar con la moda.

Los pecados del mundo son muy grandes. Si los hombres supiesen lo que es la eternidad harían todo para cambiar de vida. Los hombres se pierden porque no piensan en la muerte de Nuestro Señor ni hacen penitencia.

Muchos matrimonios no son buenos, no agradan a Nuestro Señor ni son de Dios.

### *Sobre las guerras*

Nuestro Señor dijo que en el mundo habrá muchas guerras y discordias. Las guerras no son si no castigos por los pecados del mundo. Nuestra Señora ya no puede retener el brazo castigador de su Hijo sobre el mundo.

Es preciso hacer penitencia. Si la gente se enmienda, Nuestro Señor todavía salvará al mundo; mas si no se enmienda, vendrá el castigo.

Pida mucho por los Gobiernos. ¡Ay, de los que persiguen la religión de Nuestro Señor! Si el Gobierno deja en paz a la Iglesia y da libertad a la religión será bendecido por Dios.

### *Sobre los sacerdotes*

Pida mucho por los Padres; pida mucho por los Religiosos. Los Padres sólo deben ocuparse de las cosas de la Iglesia.

Los Padres deben ser puros, muy puros. La desobediencia de los Padres y de los Religiosos a sus Superiores y al Santo Padre, ofende mucho a Nuestro Señor.

### *Sobre las virtudes cristianas*

No ande rodeada de lujo; huya de las riquezas. Sea amiga de la santa pobreza y del silencio. No hable mal de nadie y huya de quien hable mal.

Tenga mucha paciencia, porque la paciencia nos lleva al cielo.

La mortificación y los sacrificios agradan mucho a Nuestro Señor.

## Perfume de santidad

Apenas se hizo de día, la noticia de la muerte de la vidente de Fátima, en un abrir y cerrar de ojos, se divulgó por toda Lisboa, suscitando en todas partes el más vivo y hondo pesar.

Entre tanto, el cuerpo inocente, martirizado por el mal y santificado por la penitencia, era vestido con el hábito blanco, ceñido con cinturón azul (el vestido de primera Comunión), colocado en el ataúd y trasladado a la cercana iglesia de los Ángeles, donde comenzó en seguida el piadoso e imponente peregrinaje de los fieles.

Todos querían ver al angelito, besarlo y hacerle tocar objetos piadosos, y conseguir alguna reliquia.

El angelito estaba allí, con los labios y las mejillas sonrojadas, tranquilo, más bello mucho más, que cuando estaba vivo... Al verlo, la gente se admiraba, se conmovía, se llenaba de gozo...

Alguno notó que por el aire se difundía un agradable perfume, como de fragantes flores; se investigó de dónde salía y se pudo comprobar que emanaba del precioso cuerpecito... «Es el perfume de la santidad», dijeron. Y todos se afirmaron en la persuasión de que la dulce criatura «debía ser santa».

¡Perfume de santidad!...

Durante su permanencia en el orfanato, un día había prorrumpido en esta sentencia: «Para ser religiosa es necesario ser muy pura de alma y cuerpo». Y habiéndole preguntado la Madre Godinho si sabía qué quería decir ser pura, había respondido la pequeña enferma: «Sí, lo sé; ser pura de cuerpo quiere decir observar la castidad; ser pura de alma significa no cometer pecados, no mirar lo que no se debe, no decir mentiras, decir siempre la verdad aunque nos cueste».

Otras grandes sentencias (grandes en los labios de una pastorcilla de apenas diez años) había pronunciado durante aquellos días, como por ejemplo:

*Las guerras no son más que castigos por los pecados del mundo.*

*Los pecados que llevan más almas al infierno son los pecados impuros.*



*Sí los hombres supieran qué cosa es la eternidad, harían todo lo posible por mudar de vida.*

*Los médicos no tienen luz para curar a los enfermos porque no tienen amor a Dios.*

*Los sacerdotes deberían ocuparse solamente de la Iglesia y de las almas.*

*La Virgen no puede ya detener el brazo de su amado Hijo sobre el mundo. Hay que hacer penitencia. Si los hombres se arrepienten, Nuestro Señor perdonará al mundo, pero si no cambian de vida, vendrá el castigo.*

*Querida madrina, huye de la suntuosidad, no busques las riquezas y ama mucha la santa pobreza y el silencio; ten mucha caridad, incluso con los malos, no digas mal de nadie y evita la compañía de los que hablan mal del prójimo.*

*Ten mucha paciencia, porque la paciencia nos lleva al Paraíso.*

*Le agradan mucho a Jesús la mortificación y el sacrificio.*

*Los Sacerdotes deben ser puros, muy puros. La desobediencia de los Sacerdotes y Religiosos a los propios superiores y al Santo Padre, desagrada mucho al Señor.*

¿Quién le había enseñado todo esto? Ella misma lo dijo: «La Virgen», añadiendo que algunas de estas cosas las había pensado ella de suyo, porque le gustaba mucho pensar. Pero fácil es comprender que aun éstas últimas no se las había sugerido «la carne o la sangre».

Las almas puras son las que ven claro y lejano. ¡Perfume de santidad!...

También durante aquel tiempo había hecho predicciones que luego se habían realizado al pie de la letra y que revelan una inspiración sobrenatural.

A doña Olimpia, que vino a visitar a su hija, la superiora, hablando con ella de todo un poco, le había preguntado si le gustaría que su hija fuese religiosa.

— ¡Dios me libre! —había exclamado aquella por toda respuesta.

Jacinta, que no había asistido a aquel coloquio, dijo más tarde a la «madrina»: «A la Virgen le gustaría que mis hermanas se hiciesen religiosas, pero mi madre no lo quiere, y Ella vendrá pronto a llevárselas».

Y efectivamente, las dos hermanas murieron muy pronto.

Uno de los médicos que la asistía le pidió un día que lo encomendase a la Virgen.

— ¡Con mucho gusto! —contestó—. Luego; mirándole bien, añadió: — Pero usted me seguirá dentro de poco.

Lo mismo dijo a otro doctor que pedía oraciones para sí y para su hija: «También ustedes me seguirán: primero su hija y después usted, señor doctor». Y así fue.

Hablando de un sacerdote tenido como muy ejemplar, ella expresó con resolución su parecer contrario.

— Pero, ¡cómo! ¿Qué dices?

— Lo veréis.

Y por desgracia, posteriormente se comprobó que la vidente tenía razón.

Gracias, dones, privilegios, que juntados ahora al grato perfume que emanaba del pequeño cadáver, confirmaban que aquellos castos miembros habían sido templo vivo del Espíritu Santo.

El incesante homenaje de fe y veneración duró tres días y medio.

El día 24 de febrero, hacia el mediodía, el ataúd, acompañado por una enorme multitud de devotos, recorrió las calles de la ciudad entre dos filas de gente, hasta la estación ferroviaria, desde donde, en tren, prosiguió hasta Villanueva de Ourem.

Aquí un nuevo triunfo, después del cual el venerado cadáver fue enterrado en el panteón de la familia de los barones de Albajazere, que tuvieron a grande honor hospedar en el sepulcro familiar los restos mortales de una criatura que llevaba las señas inconfundibles de la divina realeza.

El cuerpo de Jacinta reposó quince años en el nobiliario mausoleo, hasta que la Autoridad eclesiástica dispuso que fuese restituido a su pueblo natal, de donde un día —cuando a Dios le plazca— saldrá para su definitiva y gloriosa morada en la Basílica levantada allí donde seis veces se le apareció la Virgen.

Era el 13 de septiembre de 1935. Exhumada la caja de plomo en que había sido enterrada la vidente, al abrirla, un escalofrío de estupor y emoción recorrió los miembros de todos los presentes: el rostro de la muerta estaba incorrupto, perfectamente conservado. La corrupción había respetado aquellos rasgos que tan suavemente habían sido heridos por la luz divina. Se arrodillaron todos como delante de una visión.

Poco después, cumplidas las formalidades de regla, el cortejo fúnebre, formado por cuatro carruajes (en ellos iban, además de los padres de la vidente y dos sacerdotes con roquete y estola, el varón de Albazere con su hijo, dos reverendos doctores y algunas señoras), se dirigió a Fátima y desde allí al sagrado recinto de las apariciones en la «Cova de Iría», donde —en la Capilla de las Confesiones— el Arzobispo de Évora celebró la Santa Misa y presidió el funeral.

La difusión de la noticia atrajo a una ingente muchedumbre de peregrinos a la «Cuenca», ahora completamente transformada y convertida (como luego veremos) en un santuario de fe y de piedad cristianas. En derredor del ataúd hay un incesante palpitar de corazones y una explosión de invocaciones y plegarias.

Terminado el sagrado Rito, vuelve a formarse el piadoso cortejo para dirigirse al cementerio.

El camposanto de Fátima es, como todos los camposantos de pueblo, humilde y sencillo. Cruces toscas y negras, alguna lápida, un sendero que lo parte en dos y, en medio, un añoso ciprés...

A la sombra del ciprés había sido levantado un sepulcro sencillísimo, blanco, de piedra, con dos nichos...

Y en estos nichos fueron colocados, aquel día de septiembre de 1935, «los despojos mortales —de Francisco y de Jacinta— a quienes se apareció la Virgen».

El resto... está en las manos de Dios.

## Tú te quedarás

Así había dicho la Virgen a Lucía: «Tú debes permanecer acá abajo por más tiempo». Le había dicho también el porqué: «Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar». De ahí que no podía ni envidiar la suerte de sus primos, ni entristecerse. Haya que marchar o haya que quedarse, todo es bello cuando se está cierto de hacer la voluntad de Dios.

Pero en adelante estaría sola; y bastará recordar el género de intimidad que con ellos la unía, para comprender cómo sentiría esta soledad y qué mutilación, por así decir, habría sufrido su espíritu.

Oigamos a ella misma:

«¡Qué tristeza experimenté al encontrarme sola! En muy poco tiempo el Señor se había llevado al cielo a mi querido papá, a Francisco y, por último, a Jacinta. Apenas me fue posible, corrí al Cabeço, entré en la rocosa caverna y, a solas con Dios, di rienda suelta a mi dolor y derramé abundantes lágrimas.

»Al descender del monte, todo me recordaba a mis compañeros: las piedras que a menudo servían de asiento, las flores que Jacinta amaba con pasión, los valles en donde habíamos gustado goces de paraíso.

»Como dudando de la realidad y medio abstraída, entré un día en casa de mi tía y me dirigí al aposento de Jacinta, llamándola por su nombre; su hermana Teresa, al verme así, me impidió el paso, haciéndome volver a la dolorosa realidad: ¡Jacinta no estaba ya en aquella casa!

»Aquel mismo día llegó la noticia de que había volado al cielo.

»Entre tanto llevaron su cadáver a Villanueva y mi tía me condujo a ver los restos mortales de su hijita; durante mucho tiempo mi tristeza parecía aumentar de día en día».

Se llegaba con frecuencia al lugar de las apariciones, siempre modesta y piadosa, a rezar el Rosario con los fieles que seguían afluyendo copiosamente, pero también allí, sin la compañía de los

seres queridos, que eran algo así como sus dos brazos, se sentía confusa y desorientada.

Se le antojaba que ya nada tenía que hacer en aquellos parajes, que el capítulo de su vida, titulado «Fátima», había definitivamente terminado.

Se daba cuenta que, en cierto sentido, debía morir también ella; al menos un poco y a alguna cosa.

Y en esta atmósfera de tristeza y abandono, maduró el proyecto de encerrarse en la paz y en silencio de un claustro y, gracias al inspirado y muy valioso interés que se tomó el obispo de Leiría, de acuerdo con los padres de la muchacha, se puso en ejecución con el absoluto secreto.

Ya de noche, se llegó a su pozo.

Los pálidos rayos lunares iluminaban las piedras... A la plácida luz de la que Jacinta llamaba la lámpara de la Virgen, se arrodilló, posó la cabeza sobre el brocal... Los primitos estaban allí, en la penumbra, con ella y murmuraban también la triste y tierna plegaria de despedida...

Unos instantes después se levantó, besó la desnuda piedra... ¡Adiós, oasis querido, testigo de tantos purísimos goces secretos!...

Llegada a la era que había delante de su casa, se detuvo un instante a contemplar el bello cielo estrellado...

¡Adiós, maravillas de los días luminosos y de las noches límpidas de Fátima!...

Así se despedía de todos.

A las dos de la mañana del día siguiente, para que nadie la viese, acompañada de su madre y de un jornalero que debía trasladarse a Leiría, partió, llevando consigo su inviolado secreto.

La minúscula comitiva llegó a la «Cova da Iría» cuando era todavía de noche.

No había señales de vida. El arbolito de los prodigios estaba allí en medio, solo, deshojado, mutilado él también.

Lucía no tuvo necesidad de aguzar la vista para encontrarlo; lo veía con el corazón.

Se dirigió hacia él segura, se arrodilló sobre la húmeda tierra y rezó el último Rosario.

Una vez terminado, besó el tronco bendito, lo acarició con las manos como si fuera una criatura viviente... Miró en derredor como si

se encontrara de nuevo con el reflejo de una luz sólo de ella conocida... ¡Suspiró!

— ¡Vamos! —dijo— Y en su voz había temblor de un llanto incontenible.

La pequeña comitiva se puso en movimiento.

Los primeros albores matutinos comenzaban a blanquear el cielo y dibujar la silueta de los montes y las copas de los árboles.

Anduvieron unos pasos por la carretera; la vidente se volvió atrás, trazó en el aire un gesto de saludo y prosiguió su camino. Al cabo de unos pasos se volvió de nuevo; luego otra vez... y luego... hasta que, en el extremo del collado un telón de rocas se interpuso entre sus ojos y la Cuenca... Una línea divisoria entre un pasado refulgente y un porvenir incierto.

Llegaron a Leiría a las nueve. Doña Filomena Miranda los esperaba. Lucía abrazó a su madre —su pobre madre— y en el tren de las dos partió hacia su nuevo destino.

...Como era de prever, la noticia de la «desaparición» de la vidente se esparció bien pronto y suscitó la más disparatadas y estrafalarias conjeturas, hasta el punto de inducir al Alcalde de Villanueva a creerse en el deber de intervenir de nuevo.

Mandó, pues, llamar a Doña María Rosa y le preguntó «qué había sido de su hija». Pero la buena mujer, cuya innata energía no había disminuido a pesar del dolor de la separación, respondió: «Mi hija está donde ella quiere y donde yo quiero. No tengo otras explicaciones que dar».

Y el celoso funcionario comprendió a las claras que era vano preguntar más.

La verdad es que Lucía no estaba ni donde ella quería ni donde quería su madre, sino donde una voluntad superior la llamaba para fines que sólo con el tiempo vendrían a ser evidentes y justificados.

El 17 de mayo de 1921 ingresaba en el Colegio Católico de Villar (Oporto), dirigido por las religiosas de Santa Dorotea. De aquí, siempre guiada por el sabio prelado de Leiría, tomada la resolución de hacerse religiosa, pasaba poco después a Tuy, antigua ciudad española situada en la ribera derecha del Miño, y entraba en el noviciado que la provincia portuguesa del Instituto de la Beata Paula Frassinetti había fundado allí después de la expulsión de Portugal en 1910.

Con el hábito tomó el nombre de María Lucía de los Dolores y principió su nueva vida de humilde esclava del Señor.

El 3 de octubre de 1928 emitía su profesión religiosa de votos temporales y el 3 de octubre de 1934 la de los votos perpetuos.

Actualmente se encuentra en Pontevedra en una casa religiosa de las Hermanas Doroteas y se dice que la Virgen continúa favoreciéndola con nuevas gracias. (Ver al final del capítulo la nota del editor)

Pero si es verdad —y sí que lo es— que la Virgen, la cual trasplantó al cielo tan tempranamente a las otras dos fragantes flores, ha querido dejar a ella acá abajo por más tiempo, a su mayor gloria, podemos muy bien decir que Lucía, en su retiro, está llevando a cabo —en la forma y modalidad queridas por Dios— una excepcional misión de salvación.

Por lo cual con justa razón se ha dicho de ella que es un vaso precioso y escondido conteniendo un sagrado tesoro que poco a poco el Cielo nos permite descubrir.

Sin ella el mundo no conocería las maravillas obradas por la gracia en el espíritu de Jacinta y de Francisco y no veneraría en estos dos pastorcillos a las víctimas voluntarias del Amor y de la Expiación.

Pero ella es además depositaria de un verdadero y auténtico secreto divino.

En la noche del 24 al 25 de Enero de 1938, una extraordinaria aurora boreal iluminó fantásticamente el cielo de Portugal: la vidente, escondida en el claustro, juzgando que, aquello era «la señal de Dios», preanunciada por la Aparición y convencida de que una grande y horrible guerra estaba a punto de desencadenarse, hizo todo lo posible por realizar cuanto le había sido confiado, es decir, para estimular al mundo a cesar de ofender al Señor y evitar así el castigo inminente.

Con permiso del Cielo, en efecto, manifestó a los hombres la terrífica visión del infierno.

## **APÉNDICE DEL EDITOR**

Lucía entró en 1921 en el colegio de las Hermanas Doroteas en la localidad de Vilar, en las cercanías de Oporto (norte de Portugal), desde donde se trasladó en 1928 a la ciudad española de Tui (Pontevedra, España), donde vivió algunos años.

En este período ocurrieron:

— La petición de los Cinco Primeros Sábados de Reparación.

— La visión de la Trinidad con la petición de la consagración de Rusia.

En 1946 regresó Portugal y, dos años después, entró en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra, donde profesó sus votos como carmelita en 1949.

El Papa beatificó en el año 2000 ante 700 mil personas a Francisco y Jacinta Marto y en la actualidad se encuentran en proceso de canonización.

Sor Lucía escribió dos volúmenes con sus "Memorias" y los "Llamentos del Mensaje de Fátima".

Falleció en 2005, a los 97 años de edad, en el convento de clausura Santa Teresa de Coimbra, centro Portugal debido a complicaciones propias de su avanzada edad.



### **Cinco Primeros Sábados de Reparación**

En 1925 La Virgen se apareció con el Niño en la celda de Sor Lucia y le pide los cinco primeros sábados de reparación.

Lucía era postulante en el Convento de las Doroteas en Pontevedra, España cuando tiene una aparición de la Virgen sobre una nube de luz, con el Niño Jesús a su lado. La Sta. Virgen puso su mano sobre el hombro de Lucía, mientras en la otra sostenía su corazón rodeado de espinas. El niño le dijo: «Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre. Esta cercado de las espinas que los hombres



ingratos le clavan a cada momento, y no hay nadie que haga un acto de reparación para sacárselas.»

Inmediatamente dijo Nuestra Señora a Lucía: «Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan sin cesar con blasfemias e ingratitudes. Tu, al menos, procura consolarme y di que a todos los que, durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen el Rosario y me hagan compañía durante 15 minutos meditando en los misterios del rosario con el fin de desagaviarme les prometo asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para su salvación».

### **Visión de la Trinidad y petición de la consagración de Rusia**

En Junio del 1929, Lucía estaba ya con las religiosas, Hijas Doro-teas, y describe esta aparición así:

"...de repente toda la Capilla del convento se alumbro de una luz sobrenatural, y una Cruz de luz apareció sobre el altar, llegando hasta el techo. En la claridad de la parte superior se podía ver la cara de un hombre y su cuerpo hasta la cintura. En el pecho había una paloma de luz, y clavado en la Cruz había el cuerpo de otro hombre. Por encima de la cintura, suspendidos en el aire, podía ver un cáliz y una gran Hostia, en la cual caían gotas de sangre del rostro de Jesús crucificado y de la llaga de su costado. Estas gotas, escurriendo en la Hostia, caían en el cáliz. Debajo del brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora. Era Nuestra Señora de Fátima, con su corazón Inmaculado en su mano izquierda, sin espada ni rosas, pero con una corona de espinas y llamas. Debajo del brazo izquierdo de la Cruz, grandes letras, como si fuesen de agua cristalina, que corrían sobre el Altar formando estas palabras: "Gracia y Misericordia". Nos dice Lucía: `entendí que era el Misterio de la Sta. Trinidad que se me enseñó, y yo recibí luces acerca de este misterio, que no se me permite revelar".

La Virgen le dijo: "Ha venido el momento en que Dios pide al Santo Padre que en unión con todos los obispos del mundo haga la consagración de Rusia a mi Corazón, prometiendo salvarla por este medio". Prevenía la difusión de sus errores y se adelantaba su conversión.



### **Consagración de Rusia por los papas:**

**Dic.1940:** Lucía recibe permiso para escribir al Santo Padre Pío XII, pidiéndole esta consagración.

**Oct. 1942:** Pío XII consagra al mundo con mención especial de Rusia.

**Julio 1952:** Consagración especial solo de Rusia.

**1965:** Pablo VI también consagra a Rusia.

**1982:** Juan Pablo II consagra el mundo al Corazón Inmaculado.

**1984:** Juan Pablo II, en Roma, ante la imagen de la Virgen, consagra el mundo colegialmente (con los obispos). Según Lucía, esta consagración fue conforme a los deseos de la Virgen.

**2000-Año Jubilar:** Juan Pablo II consagra colegialmente (con los obispos) el mundo y el III milenio al Inmaculado Corazón el 8 de Octubre, durante el jubileo de los obispos. En la víspera el Papa guía la oración de un rosario mundial. Sor Lucia es televisada llevando uno de los misterios desde su convento.

### **La Virgen acepta la consagración**

La hermana Lucia ha dicho a varias personas que la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, hecha por el Papa Juan Pablo II en 1984, aunque no mencionó explícitamente a Rusia, fue aceptada por la Virgen. Cuando un obispo le preguntó a Lucia como ella sabe que la consagración fue aceptada, ella indicó que la Virgen aun se comunica con ella.

## **Mensaje de Juan Pablo II en el funeral de Sor Lucía**

16 febrero 2005 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).

*El cardenal Tarcisio Bertone, arzobispo de Génova (Italia), presidió la misa funeral en calidad de enviado especial de Juan Pablo II.*

Al Venerable Hermano Albino Mamede Cleto, Obispo de Coimbra: Con íntima emoción he sabido que Sor Maria Lúcia de Jesús e do Coração Imaculado, a la edad de 97 años, ha sido llamada por el Padre celestial a la morada eterna del Cielo. Ella ha alcanzado así la meta a la que siempre aspiraba en la oración y en el silencio del convento. La liturgia nos ha recordado en estos días que la muerte es herencia común de los hijos de Adán, pero al mismo tiempo nos ha asegurado que Jesús, con el sacrificio de la cruz, nos ha abierto las puertas de la vida inmortal. Recordamos estas certezas de la fe en el momento en que damos el último adiós a esta humilde y devota carmelita, que consagró su vida a Cristo, Salvador del mundo. La visita de la Virgen María, que recibió la pequeña Lucía en Fátima junto a sus primos Francisco y Jacinta en 1917, fue para ella el comienzo de una singular misión a la que se mantuvo fiel hasta el final de sus días. Sor Lucía nos deja un ejemplo de gran fidelidad al Señor y de gozosa adhesión a su voluntad divina.

Recuerdo con emoción los distintos encuentros que tuve con ella y los vínculos de amistad espiritual que con el paso del tiempo se intensificaron. Me he sentido siempre sostenido por el don diario de su oración, especialmente en los momentos duros de la prueba y del sufrimiento. Que el Señor la recompense ampliamente por el gran y escondido servicio que ha hecho a la Iglesia. Amo pensar que quien ha acogido a Sor Lucía en el paso de la tierra al Cielo haya sido precisamente Aquella que ella vio en Fátima hace tantos años. Que la Virgen Santa acompañe el alma de esta devota hija suya al bienaventurado encuentro con el Esposo divino. A usted le confío, Venerado Hermano, la tarea de hacer llegar a las monjas del Carmelo de Coimbra la certeza de mi cercanía espiritual, mientras que, para su consuelo interior en el momento de la separación, imparto una afectuosa bendición, que extendo a los familiares, a usted, Venerado Hermano, al Cardenal Tarcisio Bertone, mi enviado especial, y a todos los participantes en el sagrado rito de sufragio.

*Vaticano, 14 de febrero de 2005,*

*Juan Pablo II*

## La inútil rabia

Como hemos visto, ya desde las primeras apariciones, la Cuenca de Iría se había convertido en meta de devotas peregrinaciones. Los peregrinos afluían ya aislados, ya en grupos, especialmente en los días festivos y el día 13 de cada mes, y allí cantaban y rezaban como en un Santuario, pidiendo a la Virgen gracias y favores o agradeciéndole por los que, según se decía, derramaba a manos llenas.

Bien pronto el lugar exacto de las apariciones quedó señalado con un arco de piedra sin labrar y más tarde (en 1919) con una humilde capillita erigida por la buena voluntad de los sencillos aldeanos...

Los lugares santificados por la presencia de la Virgen y los suntuosos Santuarios que en ellos se han levantado, tienen casi todos orígenes humildes, semejantes al de Fátima.

Como el grano de mostaza, crecen la fe y la devoción; y a medida que crecen, precisan un cobijo proporcionado...

En Portugal, la fe y la devoción a la Virgen de Fátima se había difundido prodigiosamente en muy poco tiempo: la «pequeña semilla» iba a convertirse en un árbol inmenso; y dado el «viento contrario» que entonces soplaba en las altas y bajas esferas políticas, no nos debe extrañar que se hiciesen toda clase de esfuerzos para abatirlo. El arresto y prisión de los videntes en agosto de 1917, es ya un síntoma significativo.

Otro síntoma es la asamblea de protesta contra las maniobras clericales organizada por la masonería, de acuerdo con las autoridades, y reunida en Fátima el 19 del mismo mes, precisamente el día en que la Virgen se aparecía a los videntes en «Os Valinhos», y cuyo resultado fue un solemne fracaso, no achacable por cierto a la falta de... buena voluntad de los organizadores.

Mas cuando se vio que el pueblo obraba en serio y que el «fenómeno» en vez de disminuir iba aumentando en proporciones alarmantes, el anticlericalismo perdió los estribos; y no pudiendo emprenderla directamente a hachazos contra el grandioso árbol de la fe y de la piedad popular, se cebó en la pequeña carrasca de la Cuenca de Iría, esperando que caída ésta, caería también el otro.

Efectivamente, una noche una bandada de desalmados llegó al lugar bendito y, a pico limpio, demolió el arco, todos los objetos piadosos allí depositados por los fieles, y arrancó de cuajo la carrasca... culpable;

mejor dicho, creyó arrancarla: llevaban tanta prisa, que se equivocaron y arrancaron otra...

Luego, en torno a las gloriosas «ruinas» y enarbolando tal vez el falso trofeo, se entregó a desenfundada bulla, mientras en la ciudad de Santaren se representaba la parodia sacrilega de una procesión nocturna a base de obscenidades y blasfemias por parte de un centenar de afiliados a las sociedades secretas.

Y todo esto no era más que el «comienzo».

El clero de Fátima, acusado de fomentar y explotar la... bobería popular, fue maligna y violentamente perseguido: los párrocos, intimidados a no organizar peregrinaciones, antes bien a impedir las; los fieles, puestos en la imposibilidad de llegar a la Cuenca de Iría...

Un joven de la ciudad de Torres Novas, convertido hacía poco, había mandado hacer una estatua de la Virgen según las indicaciones de los videntes, para colocarla en la capilla. La llegada de la imagen a la ciudad despertó enorme entusiasmo entre los fieles y, por esto, también gran disgusto entre los anticlericales, que obligaron al Alcalde a intervenir y prohibir el traslado de la imagen a Fátima; de suerte que para llevar a cabo su piadoso propósito, a pesar de la arbitraria prohibición, el donante tuvo que esconder la imagen en un carro de bueyes entre herramientas de trabajo y otro material agrícola.

El Gobierno, alarmado —¡también él!— por el cariz que tomaba el asunto, publicó una orden según la cual los Alcaldes de los pueblos limítrofes debían detener todos los vehículos que se dirigieran a Fátima. La orden fue ejecutada; la Cuenca de Iría fue acordonada por escuadrones de Caballería y nutridos núcleos de soldados republicanos, los cuales al aproximarse cualquier vehículo echaban un terminante alto.

Los peregrinos se paraban, descendían... pero decididos a llegar cuando menos a pie, forzaban el cordón de policía, y un poco a las buenas y otro poco a las malas, hicieron que resultara inútil aquel derroche de fuerza militar.

El anticlericalismo no se salía con la suya. Entonces se pensó en recurrir a medidas radicales.

Durante la noche del 6 de marzo de 1922, muchos pacíficos lugareños fueron despertados por fuertes detonaciones. Al hacerse de día, pudo comprobarse que en la Cuenca de Iría habían hecho explosión cuatro bombas y la capilla de Nuestra Señora había volado hecha añicos.

A la verdad, las bombas eran cinco; pero una, colocada en la raíz del árbol de las apariciones, no había estallado; también estaba a salvo la imagen, porque por precaución una piadosa persona la llevaba consigo a casa todas las noches.

Entretanto fue desencadenada una más violenta «campaña» por medio de la prensa, llegándose a insinuar que los tres pastores habían sido astutamente preparados para representar una comedia y que los promotores interesados se habían dado buena mano en hacerlos desaparecer oportunamente, por miedo a que terminasen por desenmascararlos.

Mas toda esta trama, y especialmente el mencionado sacrilegio, obtuvieron un efecto totalmente contrario al deseado.

La pequeña carrasca había quedado ilesa para advertir que la Virgen, si perdonaba a los desaconsejados, que no sabían lo que hacían, no toleraba que la rabia enemiga deshojase aquella plantita sobre la cual se habían posado sus pies inmaculados.

A pesar de las amenazas, el 13 del mismo mes de marzo, diez mil personas se trasladaron a la Cuenca en peregrinación de reparación, para orar sobre las ruinas de la capilla y ofrecer ante ellas un honroso desagravio. Y el día 13 de mayo siguiente, pese a que se declaró que «el despliegue de las fuerzas reaccionarias del país» debía ser impedido por todos los medios, más de sesenta mil personas, llegadas de todas las provincias de Portugal, afluían a la Cuenca de Iría.

Era la firme y digna protesta de la fe. Era la reparación nacional a la Virgen ofendida.

Y si bien esto no bastó para desarmar el sectarismo dominante, fue un serio aviso que el genuino espíritu público no estaba dispuesto en modo alguno a dejarse intimidar o vencer.

En el ínterin, la Autoridad eclesiástica llegaba a conclusiones definitivas.

Sabido es que la Iglesia obra siempre con suma prudencia, especialmente en asuntos de este género, en los cuales está en juego nada menos que su reputación de Maestra de la Verdad por lo que la prudencia y las investigaciones no le parecen nunca bastantes antes de dictar una sentencia tan sumamente comprometida.

Por esto los videntes, ya desde las primeras apariciones habían sido sometidos a interrogatorios apremiantes y detallados por parte de personalidades eclesiásticas libres de toda sospecha; por esto los sucesos de la Cuenca de Iría habían sido seguidos paso a paso con meticoloso cuidado; por esto en un principio (las precauciones son siempre pocas) el clero había recibido la orden de no inmiscuirse en el asunto bajo ninguna forma.

Pero ahora dos de los videntes habían muerto... *y cómo habían muerto*; los legajos con ellos relacionados habían sido cotejados una y otra vez con extrema escrupulosidad, y la devoción popular había tomado

carácter estable y proporciones cada vez más vastas; se juzgó, pues llegado el momento de salir de aquella prudente reserva, y hablar y obrar.

El primer pase fue dado, como era lógico, por Mons. José Correia da Silva, Obispo de la restaurada Diócesis de Leiría, el cual, si bien no se pronunciaba todavía oficialmente, decidió adquirir la Cuenca de Iría y comenzar a darle conveniente arreglo, según los planes que iba elaborando en su mente.

Y fue precisamente durante estos primeros trabajos, al querer construir una cisterna para recoger agua de lluvia en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de los peregrinos, aquel terreno árido, que jamás había proporcionado a los habitantes del lugar una gota de agua, a los primeros golpes de pico respondió arrojando un chorro, al cual se juntaron más tarde otros a pocos metros de distancia.

Todos creyeron que era, y así se la llamó, el agua de la Virgen.

En 1921 Su Excelencia concedió que se celebrasen misas «al aire libre» para mayor comodidad de los peregrinos, que hasta entonces debían cumplir sus devociones en la iglesia parroquial de Fátima.

El 13 de mayo de 1922 (aniversario de la primera aparición) se abrió el proceso canónico de los misteriosos hechos y el 13 de octubre del mismo año (aniversario de la última) aparecía el primer número de la revista mensual «La voz de Fátima», que de una tirada inicial de tres mil ejemplares, alcanzaba en 1937 la asombrosa cifra de 380.000.

En 1927 el mismo Obispo de Leiría inauguraba con una numerosa peregrinación las catorce estaciones del Vía Crucis, consistentes en catorce grandes cruces de piedra, construidas a expensas de los fieles de las parroquias limítrofes a lo largo de un tramo de trece kilómetros de carretera.

Continuaban, entre tanto con fervoroso entusiasmo los trabajos para la construcción de un Hospital para enfermos. una Casa de ejercicios espirituales, una Capilla para Misas y confesiones, y la gran Basílica...

En 1930, el 13 de octubre, era finalmente dada al público la sentencia de los jueces a quienes se había confiado el importante proceso, la cual aseguraba que «las apariciones acaecidas en la *Cova da Iría* eran dignas de crédito y consiguientemente quedaba permitido el culto público a la Virgen de Fátima».

La tal sentencia fue anunciada en la misma «Cuenca» en presencia de cien mil fieles, los cuales prorrumpieron en delirantes aclamaciones y se disolvieron cantando a todo pulmón el himno de acción de gracias.

El nuevo triunfo de la Reina de las Victorias sobre las «potencias enemigas» merecía una digna celebración, y el 13 de mayo del año siguiente acudían a la Cuenca de Iría, en romería de reconocimiento, más

de trescientos mil peregrinos de todas las regiones de Portugal, guiados por sus respectivos Obispos con el Cardenal Patriarca al frente.

Difícil es —asegura quien lo presencié— imaginarse algo más grandioso y conmovedor...

En 1936 los Obispos portugueses, justamente preocupados por los amenazadores progresos de la propaganda comunista, que se proponía desencadenar aquel mismo año la revolución para hacer de la península Ibérica una sucursal de la Rusia soviética, en noble acto colectivo, apelaron a Nuestra Señora de Fátima, prometiéndole que, si preservaba a su predilecta tierra de Santa María del tremendo azote, renovarían la consagración de Portugal a su Corazón Inmaculado.

El resto es conocido: la colindante España ensangrentada, el orden trastornado, las iglesias destruidas, el clero secular y regular bárbaramente martirizado, el pueblo herido de muerte, los hijos de Dios convertidos en bestias feroces...

En Portugal, a pesar de muchas tentativas manifiestas y ocultas, había orden, tranquilidad, paz, bienestar...

Bien merecía su celestial Protectora que la promesa fuese cumplida.

Y el 13 de mayo de 1938, la nación entera, armada con el bordón peregrino, se encaminó a la Cuenca de Iría para arrodillarse a los pies de la Reina de Fátima.

Veinte arzobispos y obispos, mil sacerdotes, más de medio millón de fieles, renovaron su consagración y la de la patria al Corazón Inmaculado de María, mientras en todas las parroquias otros centenares de miles de fieles, unidos a los peregrinos en un solo corazón y en una sola alma, en las catedrales suntuosas y en las más humildes iglesias de aldea rendían a la Virgen idéntico homenaje de gratitud, de devoción y de fidelidad.

Finalmente en 1942, con motivo de la celebración del XXV aniversario de las apariciones, toda la noble nación portuguesa, presidida por las supremas autoridades del Estado, decretaba para la Virgen de Fátima un triunfo tal que oscurecía todos los precedentes y dejaba perpetua memoria de aquel primer jubileo en los fastos de María Santísima, en todo el mundo y en todos los tiempos.

Aniquilada la rabia diabólica que habría querido borrar hasta el recuerdo de la «blanca Señora», su milagrosa imagen era solemnemente coronada con diadema de oro cuajada de brillantes, para poner de manifiesto, podríamos decir, el amor y fidelidad de un pueblo entero a la Madre común.



## «Fátima felix»

«Es evidente —escribe el insigne autor sobre cuyas huellas camina nuestra narración— que tanto fervor y entusiasmo no podría explicarse y menos aún mantenerse sin un tercer factor: la acción constante y cada día mas manifiesta del cielo».

Es evidente también que el Cielo no podía dejar de premiar tantas muestras de fe y devoción.

De esta suerte, la Fe, que tan agradable es al Señor, y la acción misericordiosa del Cielo, que la alimenta y la premia, han hecho y siguen haciendo de Fátima una tierra feliz donde, como en Lourdes, los milagros están a la orden del día.

Desde 1917, época de las apariciones, hasta 1938, cerca de 15.000 enfermos se llegaron o fueron conducidos a Fátima a implorar favor de la dulce Señora y muchos de ellos obtuvieron la curación y todos la gracia de la resignación y serenidad cristianas.

Curaron total y milagrosamente. Citaremos tan sólo algunos casos:

Teresa de Jesús Martins, de diecinueve años, atacada de tuberculosis fulminante.

El doctor Acacio da Silva Riveiro, víctima de un gravísimo accidente motociclista.

Joaquín Duarte de Oliveíra, enfermo de cáncer.

Doña Emilia de Jesús Marqués, inmovilizada hacía seis meses en la cama.

Doña Emilia Margarita María Teixeira Lopes, reducida toda ella, de la cabeza a los pies, a una llaga.

María José dos Santos Nuñes, enferma de un tumor en el cerebro.

Doña Emilia Martins Baptista, juzgada «ya muerta».

Juanito Correira, atacado de meningitis cerebroespinal y Miguel Vieira de Sousa Basto, tocado de la misma dolencia.

Una niña (cuyo nombre se ignora) ciega y muda.

Carmencita de Conceiçao, la cual desde hacía unos meses vivía, según la expresión de su madre, en un «purgatorio de tinieblas».

Doña Dulce Mâgalhaes de Sà, ciega de un ojo hacía muchos años; y otros sin número —hombres, mujeres y niños— cuyos nombres —no todos, por cierto— están registrados en el libro de oro del santuario de Fátima.

Y no menos frecuentes y ruidosos son los milagros morales que hacen de Fátima un foco potentísimo de vida espiritual y el «sanatorio» admirable de muchos enfermos del alma.

Conversiones inesperadas y clamorosas de pecadores impenitentes, de sectarios rabiosos y de no creyentes obstinados... ovejas insensatas o extraviadas que vuelven arrepentidas y dóciles al aprisco... almas que del infierno en que yacían suben decididamente hacia el paraíso... abismos prodigiosamente salvados, cuya historia permanecerá para siempre sepultada en el secreto del Confesionario...

Pero un milagro palpable, de proporciones excepcionales, que resume todos los otros, es obrado por la Virgen de Fátima sobre Portugal entero.

«Quien hubiese cerrado los ojos hace veinticinco años y los volviese abrir ahora, no lo reconocería». Así lo han afirmado los obispos portugueses en la pastoral colectiva publicada con ocasión del XXV aniversario de las apariciones.

Aunque sea brevemente, hemos visto cuál era la realidad en aquel entonces. Presidía la vida nacional un «espíritu» concretizado en la ley de separación de la Iglesia y del Estado, mediante la cual «en dos generaciones —aseguraba diabólicamente su mismo autor— Portugal habría eliminado completamente el catolicismo, causa, (siempre según el tal corifeo, que mereció ser calificado por un excompañero como «el gran delincuente nacional») de la desgraciada posición en que la nación se debatía».

Y he aquí que, una treintena de años después, entra en escena aquella segunda generación que debía sepultar los últimos restos del catolicismo.

El día 7 de abril de 1942, en un coche de la «Legión portuguesa», engalanado de fiesta, la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Fátima se dirigía triunfalmente de la «Cova da Iría» a la Capital.

A lo largo de todo el trayecto de ciento cincuenta kilómetros, a lo largo de toda la carretera, transformada, en un tapiz de flores, la población, el clero, las autoridades civiles y militares esperaban el paso de la Señora para rendirle festivo homenaje, para aclamarla Reina de Portugal.

Después de una apoteosis de dos días, la blanca Señora entraba en Lisboa. El «Campo grande» desde muchas horas antes, era un hervidero inmenso de la multitud que allí se apiñaba. Cuando la «Peregrina» compareció, la Capital se sintió dominada por la intensa emoción que

sacudió a todos sus hilos y cayó de rodillas aplaudiendo, llorando, rezando... Espectáculo indescriptible.

De allí, sostenida y llevada por los brazos de todo un pueblo, prosiguió su camino hacia la nueva iglesia construida en su honor y a Ella dedicada, de la cual tomó posesión, y durante cuatro días, sentada sobre un trono real, recibió el homenaje de todos sus hijos.

La nueva generación, encuadrada en las filas de la juventud católica, se reunía en piadosa asamblea, y miles y miles de jóvenes se acercaban todos los días a la Comunión, allá en la plaza del Imperio, en medio de la cual, bajo la inmensa bóveda del cielo, se levantaba majestuoso un altar presidido por el signo de la Redención.

... Y llegó la inolvidable noche del 12 de abril, fecha digna de ser grabada en mármol en todos los pueblos, a fin de que las generaciones futuras puedan admirar la fe de sus abuelos.

La multitud cubría literalmente kilómetros y kilómetros de espacio. No estaba allí Lisboa sola, sino Portugal entero.

El murmullo de las plegarias era como el coro gigantesco de las olas del mar.

Al paso de la Virgen el fervor se convertía en éxtasis, que exaltaba hasta el delirio. Súplicas, aplausos, cantos, sollozos, lágrimas, infinitas lágrimas de gozo, de amor, de arrepentimiento, en los ojos de todos... No en los ojos de los descreídos, porque descreídos ya no los había...

El espectáculo —calificado como el más estupendo e impresionante de la historia de Portugal— era la digna respuesta a quien se había hecho ilusión de eliminar el Catolicismo de su historia y de su vida. Y era, al propio tiempo, el reconocimiento de los supremos favores de Aquella que había descendido a visitar su tierra, y que tras veinticinco años de maternal asistencia, había hecho que en ella se renovasen las leyes y las costumbres y había obrado tan profundo renacimiento moral y religioso, restituyéndola a sus antiguas y bellas tradiciones de nación cruzada, fielmente católica y misionera.

## Fátima y el Papa

A mediodía, el 13 de mayo de 1917, mientras en la Cuenca de Iría los tres cándidos pastorcillos de Aljustrel veían por primera vez a la Virgen, bajada del cielo para invitarles a ofrecerse al Señor y hacer sacrificios en reparación de los muchos pecados con que se ofende a la Divina Majestad, en Roma, en la austera grandeza de la Capilla Sixtina, Benedicto XV —el Papa de la guerra— sellaba con bendición pontifical el augusto rito con que había conferido la plenitud del sacerdocio al docto y piadoso prelado Mons. Eugenio Pacelli, al objeto de enviarlo como su autorizado representante y cual ángel de consuelo, llevado en alas de la caridad de la Iglesia de Roma, a una de las naciones más afligidas por la guerra, que entonces estaba en todo su apogeo.

En la luminosa hora fatídica, Fátima ignorada y Roma inmortal, vibraban en un solo latido. Allí Dios enseñaba y amonestaba por boca de su Madre; aquí, por medio del Espíritu Paráclito, benignamente trazaba a su esposa, la Iglesia, nuevos destinos.

En un momento de tristeza, el mismo Benedicto XV había exclamado con acento de angustia paternal: «Los hombres no quieren escucharnos. No hablaremos ya más a los hombres; hablaremos a Dios. Dios nos escuchará».

A cinco lustros de distancia, la relación entre estas palabras y los acontecimientos de Fátima aparece cada vez más clara. Dios había escuchado: y la Virgen descendía a traer la respuesta, es decir, a manifestarnos lo que El —después de haber escuchado— quería que también el mundo escuchase y pusiese en práctica.

El nuevo Obispo, consagrado aquella misma mañana, era predestinado a acoger el Mensaje divino en sus augustas manos en su magnánimo corazón; a hacerlo suyo y transmitirlo a los hombres de buena voluntad.

Jacinta había visto al «Papa» en una casa muy grande arrodillado, orando con el rosario entre las manos y llorando, mientras afuera mucha gente le arrojaba piedras y lanzaba imprecaciones...

Era él; el preelegido.

Lo había visto también en una iglesia rezando delante del Corazón Inmaculado de María, mientras afuera, calles y caminos estaban llenos de gente hambrienta...

Era él.

Todo esto, acaso tenía que ser así para que también los hombres, por fin, escuchasen.

Y llegó el día en que Fátima gloriosa y Portugal renovado celebraron el primer jubileo de su Virgen que coincidía con el que Roma inmortal celebraba al Preelegido con motivo del XXV aniversario de su consagración episcopal.

No podía menos de ser un solo jubileo. Fátima y Roma forzosamente tenían que vibrar —y más que nunca— al unísono.

Los prefijados destinos se cumplían. Había llegado la hora en que el Padre común, después de haber en vano rogado, conjurado y llorado, lanzaba en Roma, como última áncora de salvación, a los hombres trastornados por la propia ciega obstinación y por ella heridos de muerte y extraviados, el mensaje de la Virgen de Fátima.

El 31 de octubre de 1942, fecha de la clausura de los memorables festejos jubiliares, el Pastor Angélico, hablando a través de la radio a Portugal y a todo el mundo, decía:

«...Hoy más que nunca nos queda solamente la confianza en Dios y, como Medianera ante el trono divino, en Aquella que un Predecesor nuestro, en el primer conflicto mundial; mandó invocar con el nombre de Reina de la Paz.

»Invoquémosla una vez más, pues que únicamente Ella puede ayudarnos. María, cuyo Corazón maternal se conmovió ante las ruinas que se acumulaban sobre vuestra patria y tan maravillosamente la socorrió; María, que, movida a compasión al prever la ingente desventura actual con la cual la justicia de Dios castiga al mundo, con previsora anticipación os indicaba en la oración y penitencia el camino de la salvación, María no nos negará su maternal afecto y la eficacia de su protección».

La voz del Papa tenía acentos de angustia; cada pausa parecía una parada impuesta por el sufrimiento... Hasta que, de repente, se convirtió en un súbito cántico: «Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del género humano, vencedora en las batallas de Dios, nos postramos suplicantes ante tu trono, seguros de alcanzar misericordia y recibir gracias y auxilio oportuno en las presentes calamidades...»

«...A Ti, a tu Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, confiamos, entregamos y consagramos no sólo la Santa Iglesia, cuerpo místico de Jesús, que sufre y sangra por tantas partes y en tantos

modos es atribulada, sino también todo el mundo destrozado por feroces discordias, abrasado por un incendio de odios, víctima de las propias iniquidades...»

Millones de almas escucharon temblorosas la voz del Padre que transmitía a las gentes el divino Mensaje de Fátima; millones de almas supieron que aquella Consagración del género humano al Corazón Inmaculado de María era el homenaje exigido por la Virgen misma a los videntes de la Cuenca de Iría en 1917 como demostración del arrepentimiento de los hombres y de su sincero anhelo de ver cuando menos mitigado el castigo.

Lo supieron por boca de la más excelsa autoridad de la tierra, del Padre común, del mismo Vicario de aquel Señor que muy justamente se queja de estar ya demasiado ofendido.

En adelante ya nadie podrá decir: «Yo no lo sabía».

## NOTA DEL EDITOR

(Tomado de [www.soldefatima.com](http://www.soldefatima.com))

Desde que Nuestra Señora se apareció a los pastorcillos, han habido siete mandatos papales: Benedicto XV, Pio XI, Pio XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

**Benedicto XV:** Bajo su pontificado tuvieron lugar las apariciones de Fátima.

**Pio XI:** En 1929 dio una clara muestra de su creencia en la veracidad de las apariciones de Fátima, distribuyendo estampas a los alumnos del Colegio Portugués de Roma y bendiciendo una imagen de Nuestra Señora de Fátima para el mismo colegio.

**Pio XII:** Fue consagrado obispo el 13 de mayo de 1917, día de la primera aparición de Nuestra Señora en Fátima. Ferviente devoto de Nuestra Señora, definió el dogma de la Asunción de Nuestra Señora a los Cielos (1951) y dedicó una encíclica a su realeza. Fue gran impulsor del mensaje de Fátima: envió un delegado a coronar la imagen de Nuestra Señora de Fátima (1946) y señaló para Fátima la clausura del Año Santo de 1950-1951.

**Juan XXIII:** Hizo una peregrinación al Santuario de Fátima, cuando todavía era patriarca de Venecia.

**Pablo VI:** Al final de la tercera sesión del Concilio (21 de noviembre de 1964), anunció la concesión de la Rosa de Oro al Santuario de Fátima y el 13 de mayo de 1967, cincuentenario de la primera aparición, peregrinó a este Santuario.

**Juan Pablo I:** Cuando todavía era patriarca de Venecia visitó Fátima el 10 de julio de 1977, y de su encuentro con la hermana Lucía al día

siguiente, dio buen testimonio en una revista italiana en que resume sintéticamente el mensaje de Fátima.

**Juan Pablo II:** (Tomado de Aciprensa)

Al recorrer el Pontificado de Juan Pablo II, resulta evidente -y el mismo Santo Padre así lo ha indicado- la presencia maternal de la Virgen de Fátima y se confirma el carácter de peregrinación personal de la visita papal que hoy comienza.

Esta historia de amor filial comenzó el 13 de mayo de 1981. Juan Pablo II tenía poco más de dos años como Pontífice y ese mismo día, salvó de morir en un atentado perpetrado por el turco Alí Agca en la Plaza San Pedro.

"Cuando fui alcanzado por la bala no me di cuenta en un primer momento que era el aniversario del día en que la Virgen se apareció a tres niños en Fátima", reveló poco después el Pontífice y agregó que fue su secretario personal quien lo notó después de la operación en la que le extrajeron un proyectil del intestino.

Durante su convalecencia, el Papa pidió que le entreguen un informe sobre las apariciones de Fátima, que estudió en detalle hasta llegar a la conclusión que debía su vida a la amorosa intercesión de la Virgen.

Un año después del atentado, el 13 de mayo de 1982, Juan Pablo II viajó por primera vez a Fátima para "agradecer a la Virgen su intervención para la salvación de mi vida y el restablecimiento de mi salud".

En diciembre de 1983, el Papa visitó en la cárcel al hombre que intentó matarlo. El mismo Alí Agca habló de Fátima. "¿Por qué no murió? Yo sé que apunté el arma como debía y sé que la bala era devastante y mortal. ¿por qué entonces no murió? ¿por qué todos hablan de Fátima?"

Un año más tarde, Juan Pablo II formalizó su devoción y agradecimiento a la Virgen donando al santuario de Fátima la bala que le extrajeron, la misma que desde 1984 está engarzada en la aureola de la corona de la imagen mariana que preside el santuario.

Asimismo, donó la faja blanca que llevaba el día del atentado al santuario polaco de Jasna Gora, cuya Virgen es venerada desde hace siglos por sus compatriotas como símbolo de la unidad nacional.

En 1991 el Santo Padre regresó al santuario, donde afirmó que "la Virgen me regaló otros diez años de vida". En más de una ocasión ha señalado que considera todos sus años de Pontificado posteriores al atentado como un regalo de la Divina Providencia a través de la intercesión de la Virgen de Fátima.

El Papa también se ha referido a los dos mensajes conocidos de la Virgen de Fátima y en su visita de 1982, Juan Pablo II consagró solemnemente el mundo entero al corazón inmaculado de María,

siguiendo una de las recomendaciones dadas por la Virgen a los pastorcitos.

Tras un encuentro con la hermana Lucía, la tercera vidente y única sobreviviente de Fátima, Juan Pablo II repitió la consagración dos años más tarde, luego de escribir una carta a los obispos de los cinco continentes para que se unieran a la celebración.

Sobre el tercer secreto no revelado de Fátima se han hecho múltiples especulaciones. El Santo Padre, conocedor del mismo, ha escrito al respecto que "Cristo triunfará a través de Ella, porque quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el futuro estén unidas a ella".





## Fátima y nosotros

No nos resta a nosotros sino identificar nuestro corazón con el del Papa y convencernos plenamente de que el Mensaje de Fátima es ley suprema de salvación para todos y cada uno.

La Virgen se apareció y dio el grito de alarma precisamente al mismo tiempo en que Lenín y Trotzki llegaban a Petrogrado e iniciaban la revolución social comunista.

Podemos decir, pues, que la eterna victoriosa Enemiga de la serpiente infernal descendía a cerrar paso al Anticristo.

Y se lo cerró en Portugal; y después, ha ido, cual otra Misionera de Dios, por todos los caminos del mundo, llamando a todas las puertas, pidiendo hospitalidad en todos los hogares. En España, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en Italia, en Hungría, en todo el continente europeo, millones de fieles la invocan y le ofrecen diariamente el rezo del Santo Rosario, por ella con tanta insistencia inculcado.

También fuera del continente europeo se han levantado a la Virgen de Fátima altares y oratorios, capillas y basílicas. Tiene devotos en América, en Oceanía, en China, en India, en África, hasta en la martirizada Rusia. La Blanca Señora, después de haber conquistado a Portugal, marcha a la conquista de todo el mundo, y el mundo, si quiere salvarse, no debe oponerle resistencia.

Sería una suprema necedad resistir a una tan maravillosa revelación del Corazón Inmaculado de María, todo él llamas de caridad divina y compasión y ternura para con la pobre humanidad pecadora.

Sería imperdonable sacrilegio volver las espaldas a quien nos indica el único camino de salvación.

El secreto de Fátima no está aún del todo revelado; mas todo cuanto de él se sabe es indicio y prenda de lo que reserva al mundo.

¿Absolución o condena? De nosotros depende.

La visión terrorífica del infierno, que los videntes fueron autorizados para dar a conocer al público, podrá hacer sonreír acaso algún «espíritu fuerte», pero constituye para todos — comenzando por los «espíritus fuertes»— un llamamiento de trágica evidencia y debería bastar por sí solo para movernos a la mortificación, a la penitencia, a la huida del pecado, que es la causa de la maldición que pesa sobre nuestras cabezas,

La invitación al rezo cotidiano del Santo Rosario es el generoso regalo de la mística arma —la única— destinada a sustituir todas las armas homicidas con que la humanidad, ebria de sangre, se destroza y lacera.

En los tiempos en que todas las noches, en cada familia, el jefe de ella lo dirigía y los miembros lo rezaban con él, la casa sabía a santuario y su «buen olor» se difundía benéfico en las afueras influyendo en la vida pública.

Cuando el Rosario ha sido desechado como un utensilio pasado de moda, la casa ha comenzado a apestar como inmunda guarida y también la vida pública se ha impregnado de un tufo obscuro.

Se ha perdido la llave de los tesoros de Dios —los únicos que no temen a la polilla—, y todos los otros, sobre los cuales se había concentrado nuestra avidez, han quedado reducidos, o se van reduciendo a ceniza y ponzoña.

¿No nos moverá todo esto a aceptar la maternal invitación y a ponernos en busca de la llave perdida?

En fin, la devoción y la Consagración al corazón Inmaculado de María, prenda de paz temporal entre las Naciones y de paz espiritual de los pueblos y de los individuos con Dios, es el puente entre la tierra y el cielo que el hombre derribó y que la misericordia divina construye a fin de que las criaturas puedan reemprender el camino hacia su Creador.

¿Cuándo se ha visto que quien está a punto de ahogarse rechace el medio que se le ofrece para salvarse del abismo?

¿Y quién no ve que la humanidad se encuentra en las condiciones del naufragio?

El mensaje de Fátima dice: «Si se da oídos a mis ruegos, el azote será alejado o mitigado... de lo contrario...»

Nos encontramos hoy ante la incógnita de estos puntos suspensivos y de aquel «de lo contrario» que es un aviso, pero que puede convertirse en una amenaza.

A nosotros nos toca despojarlo de su contenido apocalíptico siguiendo el aviso maternal en él contenido.

«Finalmente —continúa el Mensaje—, mi Corazón Inmaculado triunfará».

¡Oh!, no cabe duda, porque las puertas del infierno no prevalecerán.

Preguntémosnos a nosotros mismos si nos conviene ser arrollados con las fuerzas infernales destinadas a la derrota y destrucción, o mejor colaborar al triunfo de María y hacerlo nuestro.

La Virgen, que es nuestra Madre, ha hablado claro; el resto depende exclusivamente de nosotros.

## ORACIONES DE LOS VIDENTES DE FATIMA

*Entre los misterios del Rosario, después de cada Gloria al Padre:*

«Jesús mío, perdónanos nuestras culpas, presérvanos del fuego del infierno y lleva al Cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia».

*Fórmula de ofrecimiento:*

«¡Oh Jesús, por vuestro amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de las injurias hechas al Corazón Inmaculado de María!»

*Jaculatorias:*

«Dios mío, os amo en agradecimiento de las gracias que me habéis hecho». «¡Oh Jesús mío, te amo!... ¡Dulce Corazón de María sé la salvación mía!»

*Oración del Ángel:*

«Dios mío, creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman».

(Tres veces).

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo os ofrezco, con adoración profunda, el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Tabernáculos del mundo, en reparación de los ultrajes que se os infieren».

«Por los méritos infinitos de tu Sagrado Corazón y por la intercesión del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pecadores».

### NOVENA A LA VIRGEN DE FATIMA

*Oración preparatoria.* — Virgen Santísima, que en las montañas de Fátima te has dignado revelar a tres pastorcillos los tesoros de tu gracia escondidos en la práctica del santo Rosario, infunde en nuestros

corazones un grande amor a esta santa devoción a fin de que, meditando los misterios de nuestra Redención en ella conmemorados, cosechemos sus frutos y alcancemos la gracia que en esta novena te pedimos, a mayor gloria de Dios, honor vuestro y provecho de nuestras almas. Así sea.

*Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

I.— Virgen Santísima, henchida del más puro gozo por la presencia del Verbo divino en tu seno purísimo y alimentado con tu leche virginal, haz que imitando en la tierra la pureza resplandeciente en el misterio de tu Anunciación, la caridad de tu Visita a Santa Isabel, el amor ternísimo a Jesús Niño en el pesebre, la humildad y la obediencia con que te presentaste en el templo de Jerusalén a cumplir todas las prescripciones de la ley, podamos también nosotros, en premio de nuestra constante solicitud, buscar a Jesús durante la vida, encontrarlo finalmente en el templo santo de la Gloria para jamás separarnos de El. Así sea.

*Cinco Avemarías y la Jaculatoria: Virgen del Rosario de Fátima, ruega por nosotros.*

II.— Virgen dolorosísima, imagen viviente del dolor al pie de la cruz de tu divino Hijo, el cual después de haber agonizado y sudado sangre en el huerto, después de haber sido cruelmente azotado y coronado de espinas, subió contigo la cuesta del Calvario para morir allí crucificado ante tus ojos, enséñanos el secreto de esta paciencia divina que te asoció a la Pasión de Jesús y te hizo Corredentora del género humano, a fin de que aprendamos de ti el camino del Calvario, la resignación cristiana en los sufrimientos y el amor a la cruz de tu Hijo. Así sea.

*Cinco Avemarías, etc.*

III.— Virgen gloriosísima, que más que ningún otro participaste en los triunfos de la Resurrección y Ascensión gloriosa de Jesucristo y fuiste colmada del Espíritu Santo descendido visiblemente sobre ti en el Cenáculo, tú que después de una vida perfecta y santísima, llevada al cielo en cuerpo y alma, mereciste ser coronada con la diadema de Excelsa Emperatriz de la gloria, haz que acompañándote en los misterios de tu vida gloriosa y triunfante, merezcamos ser incorporados un día a la pléyade de los bienaventurados siervos y devotos tuyos, a fin de rendirte con ellos el perenne homenaje de nuestros corazones. Así sea.

*Cinco Avemarías, etc.*

V) *Ruega por nosotros, Reina del Santo Rosario.*

R) *A fin de que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.*

Oración. — ¡Oh Dios, cuyo Unigénito nos ha merecido, con su vida, muerte y resurrección, el premio de la eterna salud, concedednos que,

meditando los misterios del Santo Rosario de la Bienaventurada Virgen María, imitemos los ejemplos que contienen y alcancemos los bienes que prometen. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

## ACTO DE CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Oh María Virgen poderosa y Madre de misericordia, Reina del cielo y refugio de los pecadores, nos consagramos a tu Corazón Inmaculado. Te consagramos nuestro ser y toda nuestra vida, cuanto tenemos, cuanto amamos y cuanto somos.

Tuyos son nuestros cuerpos, nuestros corazones, nuestras almas, nuestras moradas, nuestras familias, nuestra Patria. Queremos que todo cuanto hay en nosotros y en rededor nuestro, te pertenezca y participe de tus maternales bendiciones. Y a fin de que esta consagración sea verdaderamente eficaz y duradera, renovarnos hoy a tus pies, oh Madre, las promesas del Bautismo y de la primera Comunión. Nos obligamos a profesar con valentía y siempre las verdades de la fe, y a vivir como verdaderos católicos, sometidos enteramente a todas las normas del Papa y de los Obispos en comunión con él. Nos obligamos a observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, de un modo particular la santificación de las fiestas. Nos obligamos a incluir en nuestra vida, cuanto nos sea posible, las prácticas consoladoras de la religión cristiana y sobre todo la sagrada Comunión. Te prometemos fielmente, oh gloriosa Madre de Dios y tierna Madre de los hombres, entregarnos de todo corazón al servicio de tu bendito culto, para acelerar y asegurar —mediante el reinado de tu Corazón Inmaculado— el reinado del Corazón adorable de tu Hijo en nuestras almas y en todas las almas de nuestra querida Patria y en todo el universo, así en la tierra como en el cielo. Así sea.

(Indulgencia cada vez; plenaria al mes con las debidas condiciones).

## LOS CINCO PRIMEROS SABADOS DE MES EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

El 13 de mayo de 1939, el Señor Obispo de Fátima ha hecho publicar en la quinta edición del «Manual oficial del peregrino de Fátima» (pág. 131), lo que sigue:

Es la misma Santa Virgen la que en nuestros días, por medio de Sor Lucía de Jesús, la vidente de Fátima, se ha dignado enseñarnos esta devoción de los cinco primeros sábados, que tiene por objeto reparar al

Corazón Inmaculado de María por todas las ofensas y ultrajes que continuamente le infieren los hombres ingratos.

Esta devoción consiste en practicar, en los dichos sábados los actos siguientes:

- 1) confesión y comunión;
- 2) rezo del rosario;
- 3) meditación, durante un cuarto de hora, de los misterios del santo Rosario;
- 4) tener la intención de reparar al Corazón Inmaculado de María.

La Santa Virgen ha dicho a Sor Lucía de Jesús:

«Mira, hija mía, mi corazón traspasado de espinas, que los hombres me clavan de continuo con sus blasfemias e ingratitudes. Tú por lo menos procura consolarme y haz saber a los hombres que yo prometo asistir en la hora de la muerte, con las gracias necesarias para la salvación eterna, a todos aquellos que en los primeros sábados de cinco meses consecutivos se confiesen, reciban la sagrada Comunión, recen el Rosario (una parte) y me hagan compañía durante un cuarto de hora, meditando sobre misterios del santo Rosario, con la intención de desagraviarme».

N. B. — La confesión puede hacerse durante los ocho días que preceden o siguen, con tal que se reciba la Comunión en estado de gracia.

La meditación puede concentrarse en uno o en diversos misterios del Rosario. Es preferible meditar a fondo sobre determinado misterio cada mes, de modo, que, repitiendo tres veces esta devoción, se habrán meditado los quince misterios del Rosario.

A las almas fervorosas y religiosas les será cosa muy fácil la práctica de estos primeros sábados; les bastará aquel día ofrecer, con la intención arriba indicada, su Rosario habitual y tomar uno o más misterios como tema de su oración por la mañana.

El 13 de junio de 1912, el Santo Oficio había ya concedido indulgencia plenaria con las acostumbradas condiciones, a los que practicasen en el primer sábado, no importa de qué mes, ejercicios especiales de devoción en honor de la Bienaventurada Virgen Inmaculada, en reparación de las blasfemias de que son objeto su nombre y sus prerrogativas.

La demanda de María a sor Lucía no hace otra cosa que aprobar y santificar una devoción ya existente y recomendada por la Iglesia.

# HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II EN LA BEATIFICACIÓN DE LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA FRANCISCO Y JACINTA

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE FÁTIMA

*Sábado 13 de mayo de 2000*

1. "Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25).

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (cf. Jn 6, 44), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: "Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Mt 11, 26). Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, "una mujer vestida del sol" (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona -explican ellos- se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: "Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo". Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: "Yo estaré contigo" (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en "zarza ardiente" del Altísimo.

2. Lo que más impresionaba y absorbía *al beato Francisco* era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además sólo a él Dios se dio a conocer "muy triste", como decía. Una

noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: "Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él". Vive movido por el único deseo - que expresa muy bien el modo de pensar de los niños- de "consolar y dar alegría a Jesús".

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu, a través de la renuncia a los propios gustos e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin quejarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

### 3. "Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón" (Ap 12, 3).

Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los *gulag*, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del "dragón", que, con su "cola", arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, "a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz; ¡que nadie haga vana



esa cruz! Jesús murió y resucitó para ser "el primogénito entre muchos hermanos" (*Rm 8, 29*).

Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que "no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido". Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: "Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas".

4. *La pequeña Jacinta* sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día -cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama- la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: "Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí". Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: "Da muchos saludos de mi parte a nuestro Señor y a nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores". Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores.

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (*Col 1, 24*). El domingo pasado, en el Coliseo de Roma, conmemoramos a numerosos testigos de la fe del siglo XX, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

5. "Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños". La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. Con este rito, la Iglesia quiere poner en el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas. Quiera Dios que brillen sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y de cuantos nos acompañan a través de la radio y la televisión. Que sean una luz amiga para iluminar a todo Portugal y, de modo especial, a esta diócesis de Leiría-Fátima. [...]

6. Mis últimas palabras son para los niños: queridos niños y niñas, veo que muchos de vosotros estáis vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Estáis muy bien! Pero luego, o mañana, dejaréis esos vestidos y... los pastorcitos desaparecerán. ¿No os parece que no deberían desaparecer? La Virgen tiene mucha necesidad de todos vosotros para consolar a Jesús, triste por los pecados que se cometen; tiene necesidad de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban a la "escuela" de Nuestra Señora, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que ella les pedía. Os digo que "se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de iniciativas personales, apoyándose sólo en sí mismos" (san Luis María Grignon de Montfort, *Tratado sobre la verdadera devoción a la santísima Virgen*, n. 155). Fue así como los pastorcitos rápidamente alcanzaron la santidad. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír algunos consejos muy buenos y acertados que daba la pequeña, le preguntó quién se los había enseñado: "Fue Nuestra Señora", le respondió. Jacinta y Francisco, entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, alcanzaron en poco tiempo las cumbres de la perfección.

7. "Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños".

Yo te bendigo, Padre, por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde sierva, hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta.

Que el mensaje de su vida permanezca siempre vivo para iluminar el camino de la humanidad.

Nota. A sólo unos metros del lugar donde se les apareció la Virgen en 1917, Francisco y Jacinta Marto fueron beatificados. Sentada en un segundo plano, la tercera vidente, Sor Lucia dos Santos, tuvo la alegría de ver la confirmación solemne de lo que «la Señora» les había anunciado. Bajo un bellissimo sol primaveral, un millón de peregrinos asistieron a la emocionante ceremonia.

# **LAS TRES PARTES DEL «SECRETO» DE FÁTIMA**

LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE FUERON REDACTADAS POR  
LUCÍA EL 31 DE AGOSTO DE 1941

## *Primera parte*

«Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

» Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

» Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

— Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz.»

## *Segunda parte*

«La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

» Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo

Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.»

### TERCERA PARTE DEL SECRETO DE FATIMA

( *Se mantuvo en secreto hasta el 26 de junio del 2000* )

«Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!

» Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: 'algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él' a un Obispo vestido de Blanco 'hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre'. También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.»

---

### COMUNICADO DE SU EMINENCIA EL CARD. ANGELO SODANO SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

*El 13 de Mayo del 2000, al final y de la solemne Concelebración Eucarística presidida por Juan Pablo II en Fátima, en la beatificación de los videntes Francisco y Jacinta, el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, pronunció en portugués las palabras que aquí reproducimos. En nombre del Santo Padre reveló parte del secreto relacionado con su*

*pontificado y afirmó, con la aprobación de Sor Lucía, allí presente, que Juan Pablo II es el Papa a que hace referencia el secreto.*

Hermanos y hermanas en el Señor:

Al concluir esta solemne celebración, siento el deber de presentar a nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II la felicitación más cordial, en nombre de todos los presentes, por su próximo 80° cumpleaños, agradeciéndole su valioso ministerio pastoral en favor de toda la Santa Iglesia de Dios.

En la solemne circunstancia de su venida a Fátima, el Sumo Pontífice me ha encargado daros un anuncio. Como es sabido, el objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos “pastorinhos”. Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada “tercera parte” del secreto de Fátima.

Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave de lectura del texto ha de ser de *carácter simbólico*.

La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable *Via Crucis* dirigido por los Papas del Siglo XX.

Según la interpretación de los *pastorinhos*, interpretación confirmada recientemente por Sor Lucia, el “Obispo vestido de blanco” que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido “una mano materna quien guió la trayectoria de la bala”, permitiendo al “Papa agonizante” que se detuviera “en el umbral de la muerte” (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, en: *Insegnamenti*, vol. XVII1, 1994, p. 1061). Con ocasión de una visita a Roma del entonces Obispo de Leiria-Fátima, el Papa decidió entregarle la bala, que quedó en el *jeep* después del atentado, para que se custodiase en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima.

Los sucesivos acontecimientos del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos Países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el Sumo Pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo XX, conserva todavía hoy una estimulante actualidad. “La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo... La invitación insistente de María santísima a la penitencia es la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón” (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 1997*, n. 1, en: *Insegnamenti*, vol. XIX2, 1996, p. 561).

Para permitir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el Papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del “secreto”, después de haber preparado un oportuno comentario.

Hermanos y hermanas, agradecemos a la Virgen de Fátima su protección. A su materna intercesión confiamos la Iglesia del Tercer Milenio.

*Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genetrix! Intercede pro Ecclesia. Intercede pro Papa nostro Ioanne Paulo II. Amen.*

Fátima, 13 de mayo de 2000.



## COMENTARIO TEOLÓGICO SOBRE LA TERCERA PARTE DEL SECRETO DE FATIMA del Cardenal Ratzinger (resumido)

Quien lee con atención el texto del llamado tercer “secreto” de Fátima, que tras largo tiempo, por voluntad del Santo Padre, viene publicado aquí en su integridad, tal vez quedará desilusionado o asombrado después de todas las especulaciones que se han hecho. No se revela ningún gran misterio; no se ha corrido el velo del futuro. Vemos a la Iglesia de los mártires del siglo apenas transcurrido representada mediante una escena descrita con un lenguaje simbólico difícil de descifrar.

La primera y segunda parte del secreto de Fátima han sido ya discutidas tan ampliamente por la literatura especializada que ya no hay que ilustrarlas más. Quisiera sólo llamar la atención brevemente sobre el punto más significativo. Los niños han experimentado durante un instante terrible una visión del infierno. Han visto la caída de las “almas de los pobres pecadores”. Y se les dice por qué se les ha hecho pasar por ese momento: para “salvarlas”, para mostrar un camino de salvación. Viene así a la mente la frase de la Primera Carta de Pedro: “meta de vuestra fe es la salvación de las almas” (1,9). Para este objetivo se indica como camino -de un modo sorprendente para personas provenientes del ámbito cultural anglosajón y alemán- la devoción al Corazón Inmaculado de María. Para entender esto puede ser suficiente aquí una breve indicación. “Corazón” significa en el lenguaje de la Biblia el centro de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El «corazón inmaculado» es, según *Mt* 5,8, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, “ve a Dios”. La “devoción” al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el “*fia*” —hágase tu voluntad— se convierte en el centro animador de toda la existencia. Si alguno objetara que no debemos interponer un ser humano entre nosotros y Cristo, se le debería recordar que Pablo no tiene reparo en decir a sus comunidades: imitadme (*1 Co* 4, 16; *Flp* 3,17; *1 Ts* 1,6; *2 Ts* 3,7.9). En el Apóstol pueden constatar concretamente lo que significa seguir a Cristo. ¿De quién podremos nosotros aprender mejor en cualquier tiempo si no de la Madre del Señor?

Llegamos así, finalmente, a la tercera parte del “secreto” de Fátima ...

Como palabra clave de la primera y de la segunda parte del “secreto” hemos descubierto la de “salvar las almas”, así como la palabra clave de este “secreto” es el triple grito: “¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!”.

Viene a la mente el comienzo del Evangelio: “*paenitemini et credite evangelio*” (Mc 1,15). Comprender los signos de los tiempos significa comprender la urgencia de la penitencia, de la conversión y de la fe. Esta es la respuesta adecuada al momento histórico, que se caracteriza por grandes peligros y que serán descritos en las imágenes sucesivas. Me permito insertar aquí un recuerdo personal: en una conversación conmigo Sor Lucia me dijo que le resultaba cada vez más claro que el objetivo de todas las apariciones era el de hacer crecer siempre más en la fe, en la esperanza y en la caridad. Todo el resto era sólo para conducir a esto.

Examinemos ahora más de cerca cada imagen. El ángel con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La perspectiva de que el mundo podría ser reducido a cenizas en un mar de llamas, hoy no es considerada absolutamente pura fantasía: el hombre mismo ha preparado con sus inventos la espada de fuego. La visión muestra después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia. De ese modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que los niños vieron, no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. Toda la visión tiene lugar en realidad sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. El sentido de la visión no es el de mostrar una película sobre el futuro ya fijado de forma irremediable. Su sentido es exactamente el contrario, el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien. Por eso están totalmente fuera de lugar las explicaciones fatalísticas del “secreto” que, por ejemplo, dicen que el atentador del 13 de mayo de 1981 habría sido en definitiva un instrumento del plan divino guiado por la Providencia y que, por tanto, no habría actuado libremente, así como otras ideas semejantes que circulan. La visión habla más bien de los peligros y del camino para salvarse de los mismos.

Las siguientes frases del texto muestran una vez más muy claramente el carácter simbólico de la visión: Dios permanece el inconmensurable y la luz que supera todas nuestras visiones. Las personas humanas aparecen como en un espejo. [...] El futuro se muestra sólo “como en un espejo de manera confusa” (cf. 1 Co 13,12). Tomemos ahora en consideración cada una de las imágenes que siguen en el texto del “secreto”. El lugar de la acción aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una grande ciudad medio en ruinas y, finalmente, una gran cruz de troncos rústicos. Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las cuales el hombre destruye la obra



de su propio trabajo. La ciudad puede ser el lugar de comunión y de progreso, pero también el lugar del peligro y de la amenaza más extrema. Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma.

Aparecen después aquí personas humanas: el Obispo vestido de blanco (“hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre”), otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un *viacrucis*, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. Se puede ver representada en esta imagen la historia de todo un siglo. Del mismo modo que los lugares de la tierra están sintéticamente representados en las dos imágenes de la montaña y de la ciudad y están orientados hacia la cruz, también los tiempos son presentados de forma compacta. En la visión podemos reconocer el siglo pasado como siglo de los mártires, como siglo de los sufrimientos y de las persecuciones contra la Iglesia, como el siglo de las guerras mundiales y de muchas guerras locales que han llenado toda su segunda mitad y han hecho experimentar nuevas formas de crueldad. En el “espejo” de esta visión vemos pasar a los testigos de la fe de decenios. A este respecto, parece oportuno mencionar una frase de la carta que Sor Lucia escribió al Santo Padre el 12 de mayo de 1982: “la tercera parte del “secreto” se refiere a las palabras de Nuestra Señora: “Si no (Rusia) diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán destruidas””.

En el *viacrucis* de este siglo, la figura del Papa tiene un papel especial. En su fatigoso subir a la montaña podemos encontrar indicados con seguridad juntos diversos Papas, que empezando por Pío X hasta el Papa actual han compartido los sufrimientos de este siglo y se han esforzado por avanzar entre ellas por el camino que lleva a la cruz. En la visión también el Papa es matado en el camino de los mártires. ¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del “secreto”, reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado, con las siguientes palabras: “...fue una mano materna a guiar la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se paró en el umbral de la muerte” (13 de mayo de 1994). Que una “mano materna” haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que

pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones.

La conclusión del “secreto” recuerda imágenes que Lucía puede haber visto en libros de piedad y cuyo contenido deriva de antiguas intuiciones de fe. Es una visión consoladora, que quiere hacer maleable por el poder salvador de Dios una historia de sangre y lágrimas. Los ángeles recogen bajo los brazos de la cruz la sangre de los mártires y riegan con ella las almas que se acercan a Dios. La sangre de Cristo y la sangre de los mártires están aquí consideradas juntas: la sangre de los mártires fluye de los brazos de la cruz. Su martirio se lleva a cabo de manera solidaria con la pasión de Cristo y se convierte en una sola cosa con ella. Ellos completan en favor del Cuerpo de Cristo lo que aún falta a sus sufrimientos (cf. *Col* 1,24). Su vida se ha convertido en Eucaristía, inserta en el misterio del grano de trigo que muere y se hace fecundo. La sangre de los mártires es semilla de cristianos, ha dicho Tertuliano. Así como de la muerte de Cristo, de su costado abierto, ha nacido la Iglesia, así la muerte de los testigos es fecunda para la vida futura de la Iglesia. La visión de la tercera parte del “secreto”, tan angustiosa en su comienzo, se concluye pues con una imagen de esperanza: ningún sufrimiento es vano y, precisamente, una Iglesia sufriente, una Iglesia de mártires, se convierte en señal orientadora para la búsqueda de Dios por parte del hombre. En las manos amorosas de Dios no han sido acogidos únicamente los que sufren como Lázaro, que encontró el gran consuelo y representa misteriosamente a Cristo que quiso ser para nosotros el pobre Lázaro; hay algo más, del sufrimiento de los testigos deriva una fuerza de purificación y de renovación, porque es actualización del sufrimiento mismo de Cristo y transmite en el presente su eficacia salvífica.

Hemos llegado así a una última pregunta: ¿Qué significa en su conjunto (en sus tres partes) el “secreto” de Fátima? ¿Qué nos dice a nosotros? Ante todo, debemos afirmar con el Cardenal Sodano: “...los acontecimientos a los que se refiere la tercera parte del “secreto” de Fátima, parecen pertenecer ya al pasado”. En la medida en que se refiere a acontecimientos concretos, ya pertenecen al pasado. Quien había esperado en impresionantes revelaciones apocalípticas sobre el fin del mundo o sobre el curso futuro de la historia debe quedar desilusionado. Fátima no nos ofrece este tipo de satisfacción de nuestra curiosidad, del mismo modo que la fe cristiana por lo demás no quiere y no puede ser un mero alimento para nuestra curiosidad. Lo que queda de válido lo hemos visto de inmediato al inicio de nuestras reflexiones sobre el texto del “secreto”: la exhortación a la oración como camino para la “salvación de las almas” y, en el mismo sentido, la llamada a la penitencia y a la conversión.

Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del “secreto”, que con razón se ha hecho famosa: “mi Corazón Inmaculado triunfará”. ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este “sí” Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios. Pero desde que Dios mismo tiene un corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: “padeceréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa.

Joseph Card. Ratzinger  
*Prefecto de la Congregación  
para la Doctrina de la Fe*

(Los textos y comentarios completos sobre los secretos de Fátima  
pueden verse en la página web del vaticano)

## Resumen del mensaje de Fátima

**Primera aparición del Ángel:** Orad conmigo: Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo. Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no Te aman.

**Segunda aparición del Ángel:** ¡Rezad!, ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. ¡Ofreced continuamente oraciones y sacrificios al Altísimo! De todo lo que pudierais ofreced un sacrificio como un acto de reparación por los cuales El es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra patria la paz. [...] Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe.

**Tercera aparición del Ángel:** «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: yo os adoro profundamente y te ofrezco el preciosísimo Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación por los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sagrado Corazón y del Corazón Inmaculado de María te pido la conversión de los pobres pecadores.

Tomad el Cuerpo y bebed la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

### LAS APARICIONES DE NUESTRA SEÑORA

**13 de mayo:** ¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros como reparación de los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores? Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os fortalecerá.

Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.

**13 de junio:** Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abracezco prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí a adornar su Trono.

**13 de julio:** Sacrificios por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: «Oh Jesús, es por tu amor, por la

conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

Habéis visto el infierno, donde van a las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón.

Cuando recéis el Rosario, decid después de cada misterio: «Jesús mío perdona nuestros pecados; líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.

**19 de agosto:** Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, porque muchas almas van al infierno por no tener quien se sacrifique y rece por ellas.

**13 de Septiembre:** Dios está contento con vuestros sacrificios...

**13 de Octubre:** Es preciso que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados. No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido!

#### DESPUÉS DE LAS APARICIONES

**Francisco:** Las palabras del Ángel en su tercera aparición: «Consolad a vuestro Dios, hicieron profunda impresión en él. Trataba continuamente de consolar a Nuestro Señor y a la Virgen. Ofrecía por esta intención todas sus oraciones y sacrificios.

**Jacinta:** Vivía apasionada por el afán de convertir pecadores a fin de arrebatarlos del suplicio del infierno, cuya pavorosa visión tanto le impresionó.

**Lucía:** En 1925 la Virgen se aparece a Lucía y le dice: «Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan sin cesar con blasfemias e ingratitudes. Tu, al menos, procura consolarme y di que a todos los que, durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen el Rosario y me hagan compañía durante 15 minutos meditando en los misterios del rosario con el fin de desagaviarme les prometo asistir en la hora de la muerte con las gracias necesarias para su salvación.»

En 1929 la Virgen pide a Lucía la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón, prometiendo que de este modo se prevenía la difusión de sus errores y se adelantaba su salvación.

